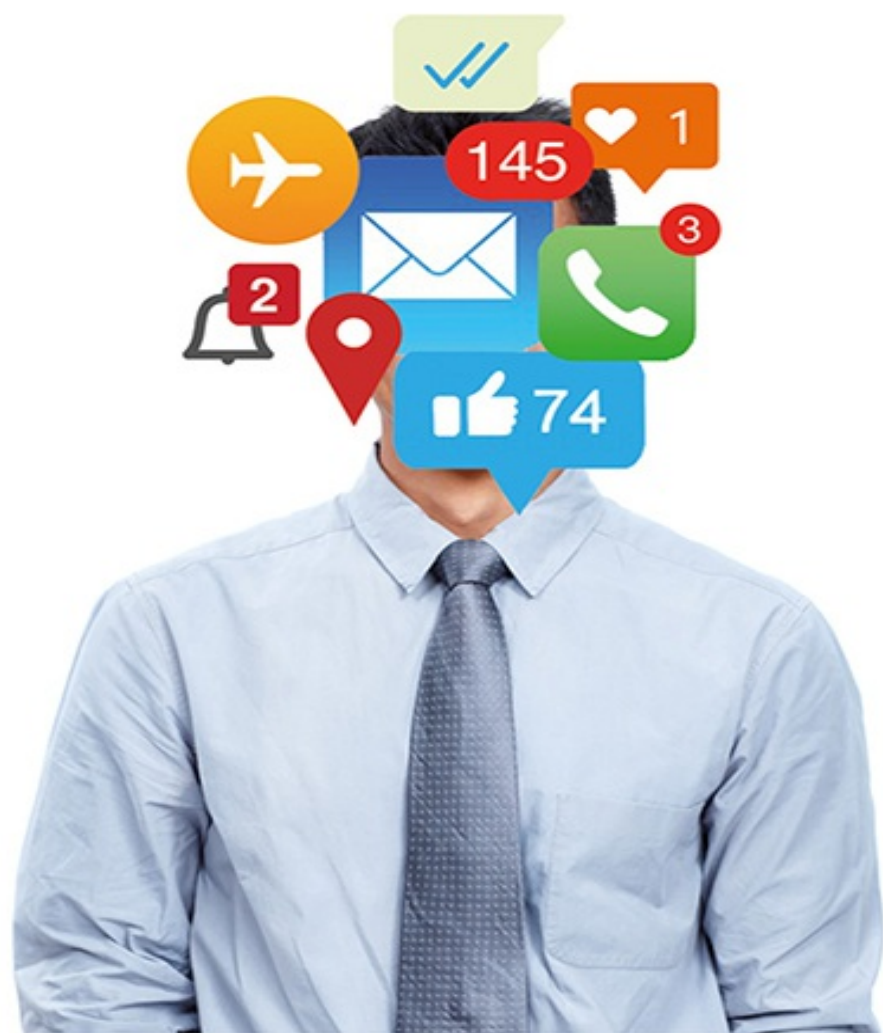


Enric Puig Punyent

La gran adicción

Cómo sobrevivir sin internet
y no aislarse del mundo



arpa

Enric Puig Punyet

LA GRAN ADICCIÓN

Cómo sobrevivir sin internet y no aislarse del mundo

arpa editores

© Enric Puig Punyet, 2016
© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.

Arpa y Alfil Editores, S. L.
Deu i Mata, 127, 1er – 08029 Barcelona
www.arpaeditores.com

ISBN: 978-84-16601-12-7

Diseño de cubierta: Enric Jardí
Ilustración de cubierta: © R. Roth. Stock Photo

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

A Jana

Índice

[Introducción](#)

[Philippe y la búsqueda de empleo](#)

[Cristina y las relaciones amorosas](#)

[Davide y la adicción](#)

[Jon y los videojuegos](#)

[Nicolás y la música](#)

[Kaya y la fiesta](#)

[Wenda, Jérôme y el futuro](#)

[Hadrien, Emma y el campo](#)

[Enric y la muerte del autor](#)

[Adán, Eva y el mundo 3.0](#)

[FAQ](#)

«Sabemos que por cada persona que tiene acceso a internet se crea un nuevo puesto de trabajo y una persona sale de la pobreza. Por lo tanto, en teoría, llevar y conectar a todo el mundo a internet es una gran prioridad nacional, e incluso global.»

MARK ZUCKERBERG

«El objetivo de Google era organizar la información mundial, hacerla accesible y útil a todo el mundo. No era solamente un buscador. Ahora nos veis hacer otras muchas cosas.»

LARRY PAGE

«Internet facilita la información adecuada, en el momento adecuado, para el propósito adecuado.»

BILL GATES

«En el futuro, la gente destinará menos tiempo a intentar que la tecnología funcione, porque será eficiente. Simplemente estará ahí. La web lo será todo, y a la vez no será nada. Será como la electricidad. Si alcanzamos esto, creo que podremos arreglar todos los problemas del mundo.»

ERIC SCHMIDT

«Internet debe ser un medio de comunicación entre los pueblos que contribuya a la paz mundial. El principal objetivo de la alta tecnología es mejorar el nivel de vida de las personas.»

LARRY ELLISON

«La tecnología nos está enseñando a ser humanos de nuevo. Ya es visible la

evolución de las redes sociales en un mecanismo sólido para la transformación social.»

SIMON MAINWARING

«Internet es positivo porque nos une, nos conecta. Incluso a las personas mayores. El estar conectado nos prolonga la vida y no solamente añade años a la vida, sino vida a los años.»

LUIS ROJAS MARCOS

«Dentro de cada uno de nosotros se encuentra un anhelo profundo, innato y casi inefable de encontrar nuestra voz en la vida. La explosión revolucionaria y exponencial de internet es una de las manifestaciones modernas más claras de esta verdad. Puede que internet sea el símbolo perfecto del nuevo mundo, de la economía de la información, de los trabajadores del conocimiento y de los drásticos cambios que se han producido.»

STEPHEN COVEY

«El móvil permite sobre todo recibir, pero también emitir de una manera que te lleva a un entorno nuevo que es la toma de decisiones en el momento, y esto va a cambiar el mundo: tendrás el poder estés donde estés.»

CARLOS BARRABÉS

«Tratamos de llegar a las personas que se encuentran lejos mediante los medios digitales, la red y los mensajes cortos.»

PAPA FRANCISCO

INTRODUCCIÓN

Partimos de una duda simple, sin rodeos. ¿Es posible, hoy en día, vivir sin internet?

La pregunta, de entrada, puede parecer banal. Resulta evidente que sí: podemos vivir sin internet. De hecho, lo hemos hecho durante mucho tiempo. Pero cabe aclarar que a lo que me refiero en realidad es a si nos es posible vivir sin internet sin renunciar por ello a nuestra actividad habitual o a los vínculos sociales que hemos ido construyendo desde que nos acostumbramos a esta tecnología. Es decir, se trata de saber si es posible la desconexión sin poner en riesgo nuestra capacidad de trabajar, de relacionarnos con los demás, de conocer lo que ocurre en nuestra ciudad o de realizar un mero trámite.

La primera imagen que nos viene a la mente cuando pensamos en alguien que ha abandonado internet es la de una persona que, saturada por la sobreinformación de las ciudades y de la red, se ha retirado a un pequeño pueblo o al campo. Podríamos convenir que ahí esta clase de mediaciones resultan menos necesarias.

Para entendernos, no necesitamos Facebook para saber lo que piensan nuestros vecinos si los vemos cada día y conversamos con ellos, por ejemplo. Pero estos no son los casos que me interesan aquí. Sí me interesa, sin embargo, el urbanita, la persona que vive en la ciudad, que por sus circunstancias cotidianas ha pasado a depender de las nuevas tecnologías para

lograr un correcto funcionamiento de su trabajo, de sus relaciones y de su vida en general. Me interesa saber si ese sujeto, de la noche a la mañana, sería capaz de desconectarse de internet.

La pregunta que he planteado al principio puede parecer banal también por otra razón. La mayoría de la gente encuentra ridícula la mera idea de querer abandonar la red. Por supuesto, si muchos se inclinan a creer que tal cosa no tiene sentido es porque internet ha supuesto un gran avance, mejorando o resolviendo muchos aspectos de nuestro día a día: nos permite comunicarnos con mucha más rapidez, mantenernos en contacto con la gente que tenemos lejos y estar al corriente de lo que sucede en todas partes. Nos permite compartir información de manera inmediata y localizar rápidamente el lugar al que nos dirigimos. Nos permite, en suma, estar conectados con todo lo que acontece en el mundo, y de una forma mucho más veloz y económica.

Todo esto lo sabemos de sobra. Los discursos que nos dicen que internet es una maravilla, que es la solución última a todos nuestros problemas, son omnipresentes. Están por todas partes, se cuelan por vía intravenosa a través de gurús millonarios vestidos de calle, y luego a través de sus seguidores. En el pórtico de este libro se recogen las citas más significativas de algunos de ellos: empresarios, tecnólogos, políticos, periodistas, psicólogos, y hasta el mismísimo papa de Roma. Todos unidos forman un coro que nos recuerda lo fabulosa que es la red.

Sin embargo, internet tiene también su pequeño catálogo de inconvenientes. No hay que olvidarlo. De vez en cuando habría que hablar de ellos, como se habla de sus virtudes. Quizá así podremos hallar cierto estado de equilibrio y poner las cosas en su sitio. ¿Quién no ha sentido alguna vez, saturado tras pasar horas y horas ante una pantalla, enlazando impulsivamente una página tras otra, el impulso de apagar el ordenador y tirarlo por la ventana? Por supuesto, hacerlo o no es una decisión muy

personal, y cada uno coloca en su propia balanza las ventajas y los inconvenientes que le ofrece internet. Ahora bien, si los inconvenientes ganaran la batalla, si tras meditarlo mucho quisiéramos apagar la señal del wi-fi y olvidarnos de paso de nuestros teléfonos inteligentes, ¿podríamos hacerlo realmente sin consecuencias perniciosas? ¿O quedaríamos vencidos de inmediato por las repercusiones de la desconexión? Esta es la pregunta que aquí planteo, en esencia: cómo sobrevivir sin internet y no aislarse del mundo.

Para tratar de responderla podría haber optado por la teoría o por la conjetura. Podría haber optado por imaginar los problemas que la desconexión puede representar y por reflexionar acerca de posibles soluciones que pudieran plantearse en el mundo real, más allá de estas páginas. Pero se me podría tachar, con razón, de especulativo, utópico e irreal, porque no podría demostrar la eficacia concreta de mis propuestas. Por este motivo, he optado por seguir el camino inverso. Desde que sentí la necesidad urgente de indagar acerca de las repercusiones de la desconexión, me he dedicado a buscar regularmente a personas que han logrado vivir sin internet y, a pesar de ello, han seguido con su vida con normalidad.

Esta investigación ha sido una tarea ardua porque, obviamente, esta gente no es fácil de localizar. Los escritores somos los primeros que nos hemos habituado a encender nuestros ordenadores y hallar rápidamente la información a través de la red. Centrar el trabajo de campo en personas que han pasado a ser exconectadas y que, como consecuencia, han pasado a ser invisibles en Google, ha exigido adoptar otro método de trabajo. Por este motivo, el presente libro es fruto de una exploración y un viaje personal que se ha prolongado a lo largo de muchos meses. Y ha sido posible únicamente gracias a la ayuda de mucha gente a mi alrededor que, buscando en sus propios círculos y tirando de muchos hilos, han propiciado que pudiera

encontrarme con algunas de estas personas exconectadas.

Como ya he escrito más arriba, este libro parte de la pregunta de si hoy es posible vivir sin internet sin perecer en el intento, es decir, sin tener que aparcarnos del mundo o sufrir repercusiones o efectos colaterales indeseados. Por ello, y a pesar de haberme llevado la grata sorpresa de encontrarme, a lo largo de este recorrido, con personas desconectadas de toda índole, he optado por compilar los testimonios de un tipo de exconectado muy concreto. Todos ellos comparten dos características determinantes. La primera es que durante los últimos quince años utilizaron diariamente internet, de tal forma que sus vidas profesionales y personales pasaron a depender mucho de esta tecnología. Todos ellos son lo que se denomina habitualmente nativos digitales, es decir, personas cuyo crecimiento personal y profesional ha ido acompañado del uso habitual de ciertas herramientas digitales.

La segunda característica es que, a pesar de haberse visto abocados de forma más o menos voluntaria a la desconexión, ésta no ha significado una pérdida sustancial, ni ha acarreado problemas significativos o un cambio de vida más allá del deseado. Al contrario, todas las experiencias recogidas en este libro son de personas que han logrado alcanzar sus objetivos vitales con éxito, tanto en la vertiente personal como en la profesional. Además, la mayoría vive en ciudades grandes o medianas, donde sin duda parece mucho más difícil vencer al influjo omnipresente de internet. Las ciudades son todas de distintos países de Europa, que es donde he fijado el territorio de mi investigación.

Por motivos que creo que ya han quedado claros, he optado por descartar testimonios de los llamados neorrurales, personas que han optado por retirarse al campo por motivos bucólicos y contraculturales, así como los testimonios de personas de cierta edad, las cuales crecieron sin internet y dispusieron de mucho tiempo para aprender a gestionar sus vidas sin

necesidad de esta tecnología. La primera omisión pretende evitarle al lector la tentación de pensar que la huida de internet responde necesariamente a motivaciones bucólicas o nostálgicas. Las personas de las que hablamos, que inalterablemente han optado por permanecer en sus entornos urbanos, no se han desconectado por romanticismo, sino por cuestiones que tienen mucho que ver con la salud mental y la calidad de vida, dos aspectos que sintieron amenazados.

La segunda omisión debería alejar al lector de otra tentación, la de creer que la desconexión es fruto del desconocimiento o de una mala gestión de las nuevas tecnologías. Al contrario, todos los testimonios recogidos en estas páginas han crecido con internet. Como ya he mencionado, son nativos digitales. Y esto significa que han tejido sus redes personales y profesionales con la ayuda de las nuevas tecnologías y, muy especialmente, de internet. En muchos casos, eran usuarios de muchas y diversas plataformas y las utilizaban con desenvoltura. Cuando optaron por la desconexión, por lo tanto, sabían exactamente qué era lo que estaban haciendo y por qué. Y, asumiendo el reto, desconectaron el wi-fi y vendieron o reciclaron sus móviles con la frente muy alta y con la vista puesta en el futuro. Nunca en busca de un pasado nostálgico que jamás conocieron.

Falta un último apunte, y con él podemos empezar. Esta es una advertencia para los navegantes escépticos que acumularán interrogantes, dudas y críticas a medida que vayan pasando estas páginas. Gritarán al cielo, con cierta razón, que es una simplificación y una exageración tachar al santo internet de pernicioso. También son simplificaciones y exageraciones los discursos salvíficos que, como los que encierran las citas que abren este libro, prometen que internet será la solución a todos nuestros males. Pero aquí no se trata de crear dogmas ni de dejar dudas sin resolver. Por ello, remito a este lector escéptico a las últimas páginas, en donde se recogen algunas de las FAQ que

tanto gustan en internet: las preguntas frecuentes que se derivan de la lectura de este libro.

PHILIPPE Y LA BÚSQUEDA DE EMPLEO

Philippe ronda los cuarenta años y es comercial. Durante mucho tiempo trabajó para una distribuidora francesa de productos informáticos, vendiendo paquetes de software. Pero hace cosa de tres años, esta empresa, con la que llevaba una década trabajando, debió reestructurarse y asumir que los programas informáticos ya no se vendían como lo habían hecho antes de la expansión de internet en los ámbitos comerciales. Los propietarios de esta empresa mediana, todavía estrictamente de capital francés, estaban ya en su cincuentena y eran, como suele decirse, de la vieja escuela. Cuando las ventas cayeron en picado entendieron la conveniencia de asociarse con un programador joven y cambiar el esquema de negocio, que debía enfocarse más a la creación de pequeñas aplicaciones de bolsillo que pudieran venderse a través de plataformas en línea. Gracias a este cambio, llevado a cabo todavía a tiempo, lograron salvar la empresa. Sin embargo, el proceso de transformación, que fue lento y doloroso, comportó entre muchas otras consecuencias una reestructuración de la plantilla, y el personal que sufrió las consecuencias en primer lugar fue el que estaba al frente de las ventas.

Así fue como Philippe, tras muchos años en el sector informático, se quedó sin empleo y comprendió la necesidad urgente de cambiar de campo. No le sería muy difícil. Philippe es un buen comercial. Lo detecté de inmediato en nuestro primer encuentro, en un bar cercano a la estación Part-Dieu de la ciudad francesa de Lyon, por su porte, su sonrisa y su convencimiento a la

hora de estrecharme la mano. Cuando nos conocimos hacía ya un año y medio que trabajaba, también de comercial, en una empresa especializada en la construcción de mobiliario urbano. Había tenido que mudarse con su familia de Marsella a Lyon, pero eso no le supuso un gran problema logístico, puesto que sus hijos eran todavía pequeños y su esposa había decidido, desde que fue madre por primera vez, dedicarse a la casa y a los niños.

Por supuesto, el hecho de que le despidieran de una empresa especializada en software y, todavía más, el de haber vivido en primera persona las peligrosas repercusiones de la deslocalización que comporta internet para los entornos comerciales, tuvieron mucho que ver con la aversión que Philippe fue gestando poco a poco hacia las nuevas tecnologías. Tal como me explicó durante nuestra entrevista, todo empezó a materializarse durante los meses en que estuvo buscando su nuevo empleo.

Con un desconocimiento casi absoluto acerca del mundo del paro, lo primero que hizo, sin pensarlo mucho, fue consultar cuáles eran las ofertas de trabajo a las que podía aspirar en internet. Se centró durante algunos días en la plataforma Monster, un portal de búsqueda de empleo muy popular en Francia y en otros lugares del mundo. A partir de los requisitos que la plataforma solicitaba, fue dando forma a su currículum y empezó a enviarlo masivamente a todas las empresas que solicitaban un perfil como el suyo.

Pasaron unas semanas y no ocurrió nada. Ni un solo correo electrónico citándole para una entrevista, ni un solo mensaje en la plataforma, más allá de algunos avisos automáticos, vacíos y genéricos en los que le agradecían desganadamente haberse interesado por la oferta y por la empresa. Empezó entonces a obsesionarse poco a poco con la plataforma en cuestión, tratando de comprender por qué, a pesar de su amplia experiencia como comercial, no recibía ninguna respuesta. Revisó una y otra vez las fichas de los empleos a los que se había inscrito, fijándose en cada uno de los nimios requisitos que

quizá no cumplía al cien por cien. O quizá sí los cumplía, pero, claro, al final todo esto depende del carácter subjetivo del tipo que se sienta ante la pantalla y decide, de entre los cientos de currículos que lee a medias, quién pasa la criba y quién no. Philippe también comparaba números, los de todos aquellos aspirantes que se hallaban en su misma situación, aspirando al mismo empleo. La crisis económica había hecho estragos y a veces se contaban por millares.

Al mismo tiempo, empezó a obsesionarse con el resto de plataformas que podían servirle para encontrar trabajo y que todavía no controlaba. En seguida, por una recomendación del propio Monster, se topó con LinkedIn, y ese fue el detonante que le llevaría en unas semanas a optar por la desconexión. En un primer momento, descubrir LinkedIn le pareció la solución a todos sus problemas. Cayó en la cuenta de que probablemente, de entre todos los aspirantes con los que competía, él debía de ser uno de los pocos que no contaba todavía con un perfil ahí. Pensó también que probablemente, tal como habían avanzado los tiempos, esa herramienta habría pasado a sustituir al currículo tradicional. Con razón no había recibido ninguna respuesta.

Lo que más urgía, evidentemente, era construir un buen perfil en esta recién descubierta plataforma, es decir, traducir su currículo a los protocolos que le marcaba la gente de LinkedIn. No fue una tarea fácil, porque Philippe no tenía un único currículo, sino tres o cuatro variantes que utilizaba en función del tipo de oferta y de sus requisitos. LinkedIn, por el contrario, le exigía unificarlo todo en un único documento que le describiera como un profesional de una única faceta. Y le exigía otra cosa, algo que de entrada le pareció todavía más brusco, más nauseabundo: tratar de definir con exactitud quién era él profesionalmente, definir a la perfección cuáles eran las etiquetas que le hacían vendible como mercancía.

Todo ello le llevó más o menos una semana, y luego dedicó otra semana más a conectar su perfil de LinkedIn con sus cuentas de Facebook y de Twitter. Se dedicó, como se dice habitualmente, a hacer crecer su perfil. Envío peticiones de amistad a sus conocidos. Solicitó masivamente referencias a antiguos colegas del trabajo, a los jefes que le habían despedido contra su voluntad, a los pocos clientes que no habían perecido a lo largo de los años. Algunos habían cambiado sus empleos y, con ellos, sus direcciones profesionales de correo electrónico, lo que hacía muy complicado contactar con ellos. Unos estaban en Facebook, otros eran accesibles a través de los servicios de Google y de otros tenía únicamente el teléfono. Fueron días largos y tortuosos en los que debió agrupar toda esta información para que un buen número de colegas y conocidos pudieran adornar su perfil y arropar sus candidaturas.

Y entonces, justo entonces fue cuando Philippe empezó a sentir verdadero vértigo. De pronto surgió una pregunta en su cabeza. Había pasado los últimos días construyendo su perfil y, sobre todo, rellenándolo con los contactos que tenía desparramados en el ordenador, en el teléfono e incluso en una olvidada agenda en papel de los viejos tiempos. Pero no todos habían contestado. ¿Por qué?

En realidad, de las casi quinientas personas a quien había enviado una petición de amistad, sólo unas cien habían dado señales de vida. Y de todas las recomendaciones que Philippe había requerido, muy pocas obtuvieron respuesta, y algunas de las que faltaban las consideraba cruciales. La pregunta fue entonces cuánto debía esperar antes de ponerse a responder de nuevo a ofertas de empleo. Porque lanzarse inmediatamente a enviar currículos significaba lanzarse de nuevo a un mundo competitivo sin poseer las credenciales oportunas. Pero, por otro lado, tampoco podía esperar demasiado. Necesitaba un trabajo, porque cada vez les costaba más, a él y a

su familia, llegar a fin de mes.

Optó entonces por una solución a medio camino. Evaluaría bien las ofertas de empleo y sus plazas, y decidiría sobre la marcha en cuáles se zambullía sin pensarlo, con un perfil a medio hacer, y para cuáles prefería esperar unos días más, con la confianza de poder llegar a ser un candidato más atractivo antes de que expirara el plazo de presentación. Philippe me describió los días que siguieron como brutalmente alienantes. Al borde de la locura, él mismo se convirtió en un mecanismo giratorio, en el engranaje de una gran máquina que ya no controlaba ni comprendía. Su estado pasó a ser de constante expectación, a la espera de respuestas de las ofertas a las que se había inscrito y de que dieran sus frutos las solicitudes y las recomendaciones de LinkedIn, los saludos y recordatorios que había enviado en Facebook, las notas que había mandado por Twitter, los mensajes de texto y WhatsApp que había escrito desde el teléfono y los correos electrónicos que con gran afán había esparcido entre sus contactos.

A Philippe se le hizo patente aquello que, durante muchos siglos, tanto preocupó al cristianismo: lo que denominaron parusía. La parusía significaba la segunda llegada de Cristo, y una de sus características más llamativas era que podía darse en cualquier momento. Cristo podía llegar la semana próxima, en doscientos años o esa misma tarde. Por este motivo, los fieles debían estar siempre expectantes, obrando bien y redimidos, porque en el momento de la llegada más les valía estar libres de pecado.

A Philippe le ocurrió más o menos lo mismo. En cualquier momento de la semana, a cualquier hora del día, podía llegarle alguna de las respuestas que tan celosamente aguardaba en varios sitios web y en su teléfono móvil. Podía llegarle la anunciación de su segundo empleo. Y esta sensación, este acecho de algo que aguarda a la vuelta de la esquina, le llevó a un estado permanente de vigilia. A medida que avanzaban las semanas empezó a dormir cada vez

menos y, salvo los raros momentos que compartía con su familia, principalmente durante las comidas, el resto del tiempo lo pasaba confinado en su despacho. Con la puerta cerrada, el ordenador en marcha y el teléfono siempre al alcance de la mano, Philippe sentía serias dificultades por separar el dedo del botón del ratón. Y a cada minuto, con varias ventanas abiertas en su ordenador, daba la orden de recibir en el gestor de correo electrónico y en las múltiples plataformas que cohabitaban en el navegador. En la mayoría de casos no recibía nada, en algunas ocasiones un correo basura o un mensaje sin importancia, y muy de vez en cuando una respuesta de las que aguardaba.

La obsesión y el encierro se hicieron tan patentes que su esposa empezó a inquietarse y trató de hablarle con sutileza de todo lo que veía que estaba ocurriendo. Pero a lo largo del proceso, Philippe había pasado a estar muy irritable y solía decirle, de malas maneras, que no lo comprendía, que el mundo se había vuelto muy competitivo y que él no podía permitirse el lujo de descansar o de relajarse. Ante el constante rechazo, su esposa, que se había estado dedicando principalmente a los niños, empezó a preocuparse seriamente por su marido, al que trataba de cuidar con delicadeza, manteniéndose en la sombra, fuera de los dominios obsesivos de Philippe, que habían pasado a ser en esencia su ordenador y su teléfono móvil. Consciente de la gravedad de la situación, y en un heroico intento de salvar su matrimonio, la esposa trató durante días de hacerle volver a sentir la calidez del hogar y las ventajas de compartir paredes con sus seres queridos. Se empleó en la cocina como nunca antes, preparaba platos exquisitos que Philippe prácticamente no apreciaba. Se colaba sigilosamente en su despacho y le llevaba bebidas calientes que él nunca agradecía. Y luego, en la intimidad del dormitorio, ofrecía atenta y caritativamente su hombro y su regazo, que Philippe siempre rechazaba.

Para Philippe, hacía días que el universo había pasado a ser

exclusivamente tecnológico, y el mundo lo veía siempre bajo el prisma de la traducción digital. Su dedo repetía de forma mecánica la continua pulsación del botón del ratón del ordenador, hasta el punto en que ya no lo sentía ni suyo. Al contrario, sentía que el dedo se había convertido en una especie de prótesis a las órdenes de un monstruo o un sistema superior, el Monster del sistema laboral informatizado en el que el empleo y las motivaciones para encontrarlo perdían cualquier sentido.

Entonces, un día, en medio de aquellas pulsaciones mecánicas al botón, recibió un correo electrónico. Como siempre que ocurría, se sintió tembloroso y se le aceleró el corazón ante la llegada de un mensaje del mundo exterior. Podía significar la notificación de que cambiaría su suerte, de que podría al fin reanudar su vida mediante alguien que le ofrecía por fin un empleo. Pero no fue nada de todo esto. Era un mensaje de su esposa. Y contenía sólo dos palabras: te quiero.

Philippe me contó cuán revelador fue este sencillo mensaje para él. Le bastaron únicamente esas dos palabras para darse cuenta de que esa había sido la única expresión absolutamente real que había compartido con su esposa en las últimas semanas, y era un síntoma preocupante que hubiera tenido que materializarse a través del ordenador. Entonces se derrumbó. Apartó con ganas, por primera vez en mucho tiempo, la mano del ratón y se echó a llorar. Y lloró durante un buen rato, hasta que entró en las preferencias de su ordenador y de su teléfono móvil y bloqueó la conexión a internet. Y no la volvió a activar. Bajó al comedor, donde su esposa estaba jugando con sus hijos, la miró a los ojos y la abrazó. Yo también te quiero, le dijo.

A la mañana siguiente, Philippe se despertó con nuevos ánimos. Había tomado una decisión. Lo que tiempo atrás había sospechado acerca de la toxicidad de internet se había transformado en una convicción. Había llegado a un punto de no retorno en el que, a pesar de conocer con creces las ventajas

de internet, estaba convencido de no poder paliar los inconvenientes. Por esta razón había tomado la firme decisión de no volver a depender nunca más de esta tecnología. Sabía que iba a ser duro, pero sabía también que el resto de su vida era demasiado importante como para ponerlo todo en juego, y que sería esta propia vida, vivida más intensamente, la que le proporcionaría las recompensas para seguir adelante.

En seguida intuyó que durante las próximas semanas sus labores diarias deberían transformarse radicalmente. Por supuesto, seguiría con la urgencia de hallar un empleo, pero inventaría nuevos métodos para lograrlo. Total, ya le había quedado bastante claro que hacerlo a través de internet no le había dado grandes resultados. Pero, además, tenía un segundo estímulo añadido para esos días que seguían, y era el de tener que pensar concienzudamente cómo sobrevivir al mundo actual sin internet. De entrada, le asaltaban algunas dudas. Una, cómo hacer entender a sus amigos, familiares y conocidos que ya sólo podrían ponerse en contacto con él mediante el teléfono y el correo. Tampoco es que la vida social de Philippe fuera muy excitante, a decir verdad. Desde que había decidido ser padre, había volcado su vida en sus hijos, y su tiempo libre lo dedicaba casi exclusivamente a su familia. Aun así, algo tenía que hacer para mantener el contacto con esos amigos y conocidos que quedaban desparramados por ahí.

La segunda duda fue cómo iba a mantenerse informado de lo que sucedía en el mundo y de lo que le ocurría a la gente que conocía o que había conocido años atrás. Lo primero parecía fácil. Sólo bastaba con mirar la televisión y volverse a habituar a leer el periódico en los bares, o a comprarlo de vez en cuando. Lo segundo, sin embargo, parecía más complicado. Se había acostumbrado bastante a las redes sociales y le gustaba estar al corriente de lo que hacía su gente, echar un vistazo a sus fotos y poderlas comentar y compartir.

Finalmente, la última duda, y quizá la más problemática en el contexto preciso en el que se encontraba, era cómo trasladar la decisión de la desconexión al terreno laboral. Philippe estaba convencido de que tarde o temprano acabaría encontrando un empleo, pero también sabía que nunca le contratarían si les hablaba de su recién estrenada convicción de que se es más feliz sin internet.

Con todas estas dudas en la cabeza, lo primero que hizo fue coger el teléfono inalámbrico de su casa, el fijo, bajar al comedor con la agenda de su móvil y aquella otra de papel que había sobrevivido al paso del tiempo. Llamó a sus padres para comunicarles su decisión. Luego siguió con el resto de su familia, con sus amigos de Marsella y con otros que se habían marchado a París o a otros lugares de Francia o del extranjero. A muchos de ellos hacía ya años que no les oía la voz, y le pareció reconfortante volver a hacerlo después de tanto tiempo.

La primera reacción, muy mayoritaria, fue la de decirle que todo aquello era una completa locura, que no tenía ningún sentido. Luego Philippe les explicaba todo lo ocurrido, y trataba de hacerles más comprensible y próxima su decisión. Algunos acababan por entenderle, más o menos, o no les importaba tanto el asunto como para darle muchas vueltas y preferían callar. Pero otros no. Otros insistían en su defensa dogmática de internet como baluarte del mundo contemporáneo.

Philippe todavía se ríe cuando lo cuenta. Suele decir que hay quien sigue estando plenamente convencido de que un día perdió la cabeza. Me contó, medio irónico, que llegó a pensar que algún día llamarían a su puerta dos gorilas con una camisa de fuerza, alertados por alguien de que debían encerrarlo cuanto antes en un manicomio.

Lo más paradójico del caso es que, desde el momento en que Philippe tomó su drástica decisión, sólo tardó aproximadamente una semana más en

encontrar empleo. Vestido impecablemente con su mejor traje, con una sonrisa fruto de la determinación a contracorriente que había tomado, se dedicó a llevar a cabo una estrategia que había trazado meticulosamente. Seleccionó diez sectores empresariales distintos en los que pensó que su trabajo como comercial podía seguir teniendo futuro, y de cada uno de los sectores localizó una empresa concreta, mediana pero en todos los casos con un buen volumen de ventas. Redactó e imprimió diez currículos distintos, adaptados a cada uno de los sectores, en los que enfatizaba las aptitudes y logros que creía que serían más apreciados en cada caso. Y con ellos se dispuso a visitar a los respectivos responsables de recursos humanos. Ya no tenía que definirse bajo un perfil único y concreto.

Al presentarse en persona, algo más bien insólito en los tiempos que corren, en diversas ocasiones se encontró con que tuvo que regresar otro día tras haber concertado una cita, pero en todos los casos fue atendido con una gran y extraña cordialidad. Lo más fascinante, según me explicó, es que Philippe se presentaba a todas esas empresas sin saber siquiera si requerían o no personal. En realidad, en las diez compañías que seleccionó inicialmente lo tenían todo cubierto. Pero se dio cuenta de que la presencia física de su persona, el contacto humano, pasaba por encima de la lógica de la competencia. Se dio cuenta de que la competitividad es una actitud mucho más difícil de mantener cuando uno no puede refugiarse en la distancia y la frialdad de una pantalla y debe enfrentarse a una mirada, al calor humano.

Lo que ocurría entonces es que, antes de despedirse amablemente porque en tal empresa no requerían sus servicios, Philippe les explicaba la situación y su motivación, y les preguntaba cordialmente si sabían de otra compañía en el mismo sector donde quizá pudieran estar en proceso de selección de personal. Salvo contadísimas excepciones, casos en los que llegaron a sugerirle que su actitud era descarada y poco profesional, todo el mundo le

prestó ayuda. Unos y otros le dieron al menos un nombre, un contacto directo por el que preguntar.

Cuando Philippe se dio cuenta del poder del trato directo y entró en la rueda de poder visitar a profesionales de parte de algún colega de una empresa afín, vio que su meta estaba cerca. Esto contribuyó todavía más a abrirle puertas y a crear cierta empatía con quien se entrevistaba. El proceso se estaba acelerando y, al cabo de unos pocos días, Philippe tuvo por fin un encuentro con la persona que le contrataría.

Durante la entrevista, esa persona le hizo la pregunta que tanto temía. Le preguntó acerca de su competencia con los ordenadores y, en particular, con internet. Y Philippe mintió. Habló de sus conocimientos y su experiencia con la informática como si nada hubiera ocurrido en los últimos días. Sabía que en una semana, cuando empezara en su nuevo puesto, debería hacer una concesión, romper con su recién estrenada decisión y volver a conectarse a internet.

Cuando volvió a trabajar, retomó la vorágine de la red. Volvieron los correos electrónicos y los mensajes de WhatsApp. Volvieron sus perfiles de Facebook, de Twitter y también de LinkedIn, donde por cierto ya había recibido algunas de las respuestas que tanto había estado esperando días atrás. Básicamente, pasó a trabajar de la misma forma que lo había hecho en su empresa anterior, olvidando casi por completo ese paréntesis, esos pocos días de desconexión de todo el meollo de internet. Le extrañó la velocidad con la que fue capaz de reconectarse, como si nada hubiera ocurrido, pero más allá de ese ligero rastro de extrañeza, siguió con su vida y su trabajo, ya conectado con el resto del mundo.

Tal como he mencionado al principio de esta historia, Philippe y su familia residían en Marsella, mientras que el empleo que le habían ofrecido estaba en Lyon. Esto supuso una pequeña reorganización logística familiar, aunque no

muy aparatosa. En definitiva, lo que ocurrió es que Philippe se alojó durante un par de semanas en un pequeño hotel cerca de su trabajo mientras su esposa y él mismo, en sus ratos libres y por internet, se encargaban de buscar un piso en el que vivir en Lyon.

Lo cierto es que Philippe tenía dudas acerca de la reconexión. A pesar de que su trabajo lo exigía, de que de pronto se le añadía la urgencia de encontrar un piso para su familia y de que con internet todo parecía más fácil, seguía vigente la sospecha de que en cierto sentido todo aquello constituía un paso atrás.

El hecho de pasar unos días solo en Lyon le pareció, en el primer y extraño momento de su partida en coche, una buena idea. Le hacía ilusión poder estar unos días tranquilo para asimilar su nuevo trabajo y su nueva ciudad, y había trazado todo un plan a seguir durante su estancia en solitario. Quería explorar Lyon, visitar el centro. Siempre le había interesado mucho la historia y quería comprender a fondo la ciudad en la que le tocaría vivir. También se había llevado consigo un par de novelas que hacía tiempo que quería leer, una de Patrick Modiano y otra de Philippe Claudel.

Pocos días después de su llegada, se dio cuenta de que todos sus propósitos se estaban quedando en nada, algo que rápidamente achacó a la reconexión. No había pisado ningún enclave de los que quería visitar en la ciudad, no había recorrido ninguna página de los libros que quería leer.

Cuando volvía del trabajo, se encerraba en el hotel y se ponía a charlar por Skype con su esposa, y luego a buscar piso por internet. Pero pronto vio que ambas cosas no eran más que excusas. La esposa y el piso no eran más que puertas de entrada a la vorágine insensata, otra vez, del tiempo quemado en internet. Porque sí, eso hacía, hablaba con su esposa y buscaba piso en Lyon, pero inmediatamente todo quedaba confundido con las horas que pasaba en Facebook, con los enlaces que seguía de una página a otra, leyendo noticias y

pseudonoticias que en el fondo no le quitaban el sueño y que luego ni siquiera recordaba. Y a todo ello debían añadirse los mensajes en Twitter y WhatsApp, que llegaban continuamente y no se negaba a responder. Cuando se le hizo patente su comportamiento, que tanto le recordó al que había tratado de evitar unos días atrás, Philippe desconectó internet por segunda vez en lo que llevaba de mes. Se lanzó a la calle con el libro de Modiano y se fue a dar vueltas por el centro, se sentó en una terraza y se puso a leer. Por el camino se topó con un par de agencias inmobiliarias a las que entró sin pensarlo y, utilizando las mismas artimañas familiares que había usado durante su búsqueda de empleo, en poco tiempo había alquilado un piso relativamente cerca de su trabajo.

Al día siguiente se presentó en su nueva empresa con una idea clara en mente. Si la desconexión le funcionaba fuera del trabajo, en su día a día, ¿por qué no debería funcionarle dentro? Tal cual entró por la puerta, se dirigió al responsable del área de ventas y le expuso su idea. Pero no cuajó. Su superior, a pesar de escucharle con atención y curiosidad, a pesar incluso de que parecía comprender algunos de los argumentos que le exponía Philippe, se negó rotundamente a aceptar tal majadería en su departamento. Ni hablar. Estaba seguro de que no iba a funcionar.

Entonces Philippe, en ese punto de la conversación y ajeno a las repercusiones de lo que estaba a punto de hacer, cerró de un golpe la puerta del despacho del responsable de ventas y se sentó a su lado, mirándolo fijamente a los ojos. Le llamó por su nombre de pila y le contó por qué toda esa supuesta majadería había pasado a ser tan importante para él. Le contó su descubrimiento de LinkedIn. Le contó el encierro en su despacho, el delicado correo electrónico que había recibido y la forma en que había conseguido finalmente el empleo tras la desconexión. Trató de transmitirle la sensación que le había proporcionado redescubrir la importancia del trato humano, sin

intermediarios. Le habló de la concesión que había hecho consigo mismo en el momento de aceptar el empleo, de la reconexión y de las consecuencias que había sufrido desde entonces. Le habló del hotel, del piso y de su esposa.

Y entonces le hizo una propuesta, un experimento que podría haberle costado su nuevo empleo. Había elaborado un balance y un informe con los resultados de la última semana, en donde se reflejaban el volumen de ventas y todos los tratos que había logrado desde que ingresó en la empresa. Y le pidió a su superior una prueba, durante una semana, haciendo exactamente lo mismo pero sin internet. Si los resultados bajaban, estaba dispuesto a no cobrar esa semana y a olvidarse de todo el asunto, a pesar de que, en su situación, ambas cosas supondrían una catástrofe. Debía pagar la entrada del piso y hacerse cargo de la mudanza.

El responsable del área de ventas sonrió burlescamente. Le dijo que estaba chalado y que lo que le proponía era una completa estupidez, pero que, en esos tiempos de desidia, le costaba muchísimo decir que no a una persona que le venía con tanta confianza e ilusión en el rostro. Le dijo que de acuerdo, que hiciera la prueba durante una semana y que luego evaluarían los resultados, que por otro lado ya sabía cuáles serían. Una vez más, Philippe había sido convincente.

A lo largo de lo que quedaba de semana, Philippe se dedicó a aplicar lo que ya había aprendido durante esos días en los que estuvo buscando empleo en su nueva condición de exconectado. Empezó por los clientes que ya tenía localizados, los llamó y concertó reuniones con ellos, tras las que volvía a llamarlos ya con más aire de familiaridad. Aquello que habría podido percibirse como una señal de excentricidad, como las formas extrañas de un tipo raro que evitaba a toda costa todo lo relacionado con internet y que se desplazaba para entregar en mano los últimos catálogos o proyectar novedades en la pared, Philippe empezó a jugarlo a su favor en cada ocasión.

Solía decir que de haberles enviado la información adjunta por correo electrónico no habría podido saber de verdad qué tal estaban, cómo les iba la vida. Por supuesto, había algo de estrategia de marketing en todo ello, pero también algo profundamente real. Y es que, con sus continuas visitas, Philippe logró tener con sus clientes un contacto y un interés mutuo mucho más próximo y directo.

Cuando hubo transcurrido una semana entera desde su convincente charla con el responsable de área y llegó el momento de hacer la evaluación comparativa de los resultados, hasta el propio Philippe se sorprendió. Con el cese del uso de internet las ventas se habían multiplicado, lo que ponía completamente en entredicho la supuesta efectividad de esa tecnología para la productividad empresarial. Philippe atribuye lo que ocurrió a la diferencia. Cuando todos utilizan los mismos métodos, quien se atreve a ser diferente destaca por su riesgo y por su humanidad.

En cualquier caso, la propuesta de Philippe ha pasado a ser marca del departamento de ventas de la empresa para la que trabaja. No es que sus compañeros hayan optado por la desconexión, por supuesto, pero pasada la extrañeza inicial sí tratan de aplicar a diario el contacto directo con el cliente tanto como les es posible. Al otro lado del experimento, Philippe ha logrado lo que tanto deseaba, que no es ni más ni menos que poder seguir trabajando a sus anchas sin poner en riesgo lo que un día llegó a considerar un requisito para su calidad de vida, la desconexión de internet.

Philippe tiene cuarenta y un años, vive en Lyon y lleva dos años desconectado.

CRISTINA Y LAS RELACIONES AMOROSAS

Me cité con Cristina en una terraza del barrio de Gracia, en Barcelona. A pesar de tener varios amigos en común, no nos conocíamos ni nos habíamos cruzado nunca antes. Cuando la llamé por teléfono, tras saber que hacía algún tiempo que era una exconectada, simplemente le comenté de pasada que debíamos vernos porque quería hacerle unas preguntas. Ya cara a cara, empecé explicándole el porqué de mi entrevista, cuáles eran mis propósitos y qué era lo que esperaba de ella.

Nada más saber por qué la había llamado me dijo que en el pasado ella misma había sido una chica Tinder. Más que el contenido de sus palabras, me llamó la atención la forma en que revistió el mensaje. Lo dijo de entrada, como una declaración de principios que ofrecía toda la información acerca de la chica que es o que algún día fue. Una chica Tinder, como quien dice una chica Bond o una chica Almodóvar. La diferencia reside tan sólo en que ser una chica Tinder no te supone ninguna recompensa, me dijo, recalcando que esa era la única peculiaridad. Mucha gente podría imaginar que otra diferencia es que ser chica Tinder lo eliges tú misma, mientras que a las chicas Bond y Almodóvar las eligen. Pero ella me dejó claro que no es así. Te ves abocada a ser chica Tinder cuando empiezas a sospechar que ya casi no hay otra forma posible de conocer gente. Lo ves en tus círculos de amigos, lo ves en las terrazas de los bares.

Entonces me pidió que me volviera y observara a una chica rubia, muy joven y muy extranjera, que estaba sentada sola detrás nuestro. Sólo apartaba los ojos del móvil de vez en cuando para lanzar miradas furtivas a la gente de su alrededor. En alguna ocasión, se quedaba fija mirando a alguien, pero luego, inmediatamente volvía a bajar la cabeza para centrarse de nuevo en la pantalla. Esta chica está en Tinder –me aclaró Cristina–. Y ha restringido el radio de búsqueda al mínimo para curiosear y ver si detecta a alguna de las personas que le aparecen en esta misma terraza o cerca de aquí. Si alguna le gusta, lanzará un corazoncito virtual.

Tinder es una herramienta digital para ligar que emprendió el vuelo hace aproximadamente tres años. Se posicionó de inmediato como una de las aplicaciones de citas más exitosas del mundo. Su funcionamiento es sencillo. El usuario marca un radio de búsqueda, que puede alcanzar incluso varios kilómetros, y el sistema le muestra los usuarios que están utilizando la plataforma en ese mismo radio. Los usuarios aparecen en una pequeña ficha, una suerte de cromo como los que intercambiaban los niños en las escuelas, vociferando *tengui* o *falti* en función de si lo tenían o si, por el contrario, les faltaba y lo ansiaban para completar su colección.

En este caso, además de mostrar una foto y el nombre del usuario, los cromos de Tinder disponen en su parte inferior de un pequeño corazón verde y de una cruz roja que el usuario debe marcar en función de si le gusta o no la foto que ve. *Tengui* o *falti*. Es como entrar en un supermercado y tener que elegir entre las muchas marcas de conservas de tomate, cuyo contenido es prácticamente el mismo pero que uno debe seleccionar en función del diseño de la etiqueta, de su potencia publicitaria y de sus métodos de venta. La diferencia es que, en el caso de Tinder, el bote de tomate también elige, es decir, que únicamente puedo acceder a hablar con el usuario deseado si éste último también ha expresado su deseo de hablar conmigo y se produce un

cruce. Sólo en este caso los usuarios pueden ponerse en contacto y proponer un encuentro para obtener simplemente sexo fugaz o entablar una relación más o menos duradera.

Así pues, lo que estaba haciendo la chica de la mesa de atrás era comprobar, una vez reducido al mínimo el radio de búsqueda, si en esa terraza había otro usuario de Tinder, es decir, alguna persona que quisiera como ella conocer a alguien para entablar una relación afectiva o sexual, o afectiva y sexual. En el pasado, Cristina había hecho lo mismo en algunas ocasiones. Claro, era una chica Tinder, y las chicas Tinder, como el resto de los mortales, a veces se aburren en las terrazas y sienten curiosidad respecto a quién ocupa la mesa de al lado. Pero, como todo el mundo, también sienten vergüenza de levantarse y lanzarse sin más a hablar con un extraño. Por esto existe Tinder.

Durante la conversación, Cristina quiso explicarme cómo había dejado las plataformas de citas y cómo ese fue el detonante para dejar todo lo demás. Pero antes debía contarme cómo se había convertido en chica Tinder. Su forma de hacerlo fue aplastante por su sencillez y eficacia. Me pidió que estuviéramos en silencio durante un par de minutos y que, durante ese tiempo, tratara de ponerme en la piel de un chico soltero que desea conocer a una chica. Me pidió que me fijara en las señales clásicas de cortejo, en las miradas furtivas, en los movimientos, en los guiños. Entonces, durante esos dos eternos minutos, me dediqué a recorrer con la mirada a todas las personas que ocupaban las mesas de la terraza, bastante grande por cierto.

Durante ese tiempo, ya no es sólo que no detectara ninguna mirada curiosa o sugerente, sino que no detecté tan siquiera una mirada normal. Nadie despegó ni un solo instante la mirada de su teléfono para mirar a su alrededor. Estoy convencido de que muchos de ellos eran solteros y podían estar interesados en conocer a alguien. Y en realidad también estoy seguro de que

muchos de ellos estaban usando Tinder en aquel mismo momento, en la pequeña realidad de sus móviles. Quizá yo fuera la pareja sentimental o sexual que habrían deseado. Pero carecía de la oportunidad, a pesar de estar en la mesa de al lado, a pesar de entrar en su radio de acción. Y todo por no tener Tinder.

Entonces me dijo Cristina que me imaginara esa situación continuamente, no sólo en las terrazas de los bares, sino también en pubs, clubes y toda clase de lugares públicos que tradicionalmente han servido de puntos de encuentro. Me sugirió que le añadiera, además, la presión social de todos los amigos que incesablemente conocen a personas más o menos interesantes a través de Tinder, así como otra presión, la de la soledad, y que entonces tendría todos los ingredientes para comprender por qué también se había convertido ella, poco más de un año atrás, en una chica Tinder.

Cuando Cristina empezó sus andanzas por los mundos de Tinder se sintió abrumada por la cantidad de solteros atractivos que compartían su búsqueda de pareja en esa ciudad. Pero sintió también un primer impulso negativo por la superficialidad de todo aquello. Ciertamente, había algo de superficial en consultar cientos de fotos al azar, una tras otra, y determinar al momento cuáles entraban en la selección y cuáles no. Pero al final, pensándolo mejor o librándose de prejuicios, llegó a la conclusión de que aquello no era tan distinto de lo que ocurría habitualmente en el mundo real. En última instancia, lo que determina en un bar o una discoteca el interés o el rechazo que uno siente por una pareja potencial son sólo aspectos, si no estrictamente visuales, sí por lo menos completamente físicos.

Además, hacía casi dos años que Cristina no tenía a nadie a su lado, tras la ruptura con su pareja de casi una década, y sentía que la soledad empezaba a hacer estragos en su personalidad. Quería tener pareja, y rápido. En gran parte por las presiones sociales de unos y otros, claro está. Pero aun así,

quería una pareja.

Tras dos años de soltería, Cristina no se sentía muy segura con su imagen. A pesar de ser una chica agraciada en muchos aspectos, no cumple con los estándares de belleza a los que nos tienen acostumbrados las revistas y las marquesinas. De pronto consideró muy importante la foto con la que se presentaría a los demás en el mundo virtual de los solteros. En definitiva, era la única tarjeta de presentación con la que la evaluarían. Entonces, con la cabeza llena de dudas y la inseguridad de quien todavía desconoce la herramienta recién descubierta, creó un usuario falso en la aplicación y bajo la máscara de un hombre inventado, para así poder tener acceso a fichas de mujeres y poder examinar qué clase de fotografías tenían en sus perfiles. Su intención era ver y comparar cientos de fotos de chicas solteras como ella, para tratar de adivinar qué propuestas podían ser acertadas y cuáles no.

Durante su análisis le llamó la atención que se repitieran ciertas tipologías de imágenes. Cristina había estudiado historia del arte y no podía evitar hacer una lectura atenta de las fotografías, escudriñando los caracteres y las personalidades que se ocultaban tras cientos de gestos y escenarios. Por ejemplo, se encontró con decenas de retratos que situaban a sus usuarios en entornos campestres, lo que parecía indicar cierta apertura y libertad de mente, o incluso cierto hippismo. También halló chicas que se mostraban a sí mismas practicando algún deporte o en situaciones de riesgo, lo que parecía sugerir cierto espíritu aventurero. Cristina me habló también de otra imagen sorprendentemente predominante: la de la protagonista ante algún elemento que Freud habría visto fálico, ya fuera el típico faro en una costa rocosa, la torre Eiffel o la de Pisa, que con mucha probabilidad indicaba de forma casi subliminal la predisposición que tenía la chica a encuentros sexuales. Las fotos con mascotas suscitaban un sentimiento de vida familiar. Las fotos de fiestas mostraban un ambiente distendido.

Cristina, tras este análisis exhaustivo y minucioso, se inclinó por mostrarse a sí misma en una actitud desenfadada, sola y en la playa. Completamente vestida, y no en bañador o bikini. De esta forma, creyó dar sutiles muestras de su soledad y de su deseo de hallar una pareja estable, y al no mostrar su cuerpo semidesnudo creía no dar pie a usuarios que pudieran estar ahí únicamente en busca de sexo rápido.

Entonces, ahora sí, dio de baja su usuario masculino falso, entró de nuevo en Tinder con su verdadero perfil, definió un radio moderado y se lanzó a aprobar y suspender los distintos perfiles que, uno a uno, iban apareciendo en la pantalla de su móvil. Al principio empezó siendo bastante generosa, y le daba al corazoncito más o menos a uno de cada treinta o cuarenta, mientras que al resto los descartaba. Se sobreentiende, por como actúan los hombres y las mujeres, que estaba siendo mucho más selectiva que la mayoría de los usuarios masculinos, que probablemente aceptaban a su potencial pareja con mayor facilidad. Probablemente por este motivo recibió la aprobación de casi todos los perfiles que aceptó. Es decir, se iban produciendo cruces. Esto le permitió hablar casi inmediatamente con los chicos que le habían despertado algún tipo de interés.

Con tantas conversaciones simultáneas sobre el tapete, Cristina empezó a pensar como suele pensar quien tiene que lidiar con un número de individuos humanamente inalcanzable. Todos requerimos cierto tiempo para interiorizar a las personas que conocemos. Cuando no es así, porque de pronto debemos dirigirnos a un público potencialmente interesado en lo que tenemos que decir, es inevitable adoptar el sistema que utilizan los publicistas y los especialistas en marketing. Es decir, categorizar.

Así, Cristina empezó a establecer categorías y a poner etiquetas con las que identificar y clasificar a las decenas de personas que cada día se le presentaban con un mensaje por primera vez. Estaban los desesperados, los

plastas, los babosos y los traumatizados. Aquellos que no podían clasificarse dentro de ninguno de estos grupos se convertían en los que quizá podían llegar a tener cierto interés. Con estos últimos, Cristina se cruzó mensajes durante varias semanas. Ella seguía todavía con ciertas dudas sobre estos nuevos métodos de flirteo y, por mucho que deseara conocer a alguien en persona, se resistía a lanzarse rápidamente a tener una cita con el primero que pasaba por ahí. Además, el tiempo le daba la perspectiva suficiente como para acabar colocando a algunos de esos inclasificables en cualquiera de los grupos anteriores.

Al cabo de poco más de un mes, dio finalmente el paso y se atrevió a encontrarse cara a cara con uno de esos que sólo había conocido mediante foto y el cruce de cuatro palabras. La primera cita fue desconcertante. Tuvo lugar en un bar no muy cerca de su casa. Le dio la impresión de llegar la primera, porque cuando entró no vio a nadie que pudiera coincidir vagamente con las fotografías de las que disponía, y le asaltaron las dudas. Se acordó de un libro de Sartre que había leído años atrás, en el que un personaje se cita con otro en un bar y, al no aparecer, le aborda la presencia de la nada. Entonces, para vencer esa nada, cogió el teléfono y abrió la aplicación. Se conectó a Tinder por si él le hubiera enviado algún mensaje, quizá por un contratiempo, quizá por un cambio de planes o por las dudas que, como a ella misma en ese instante, le pudieran haber asaltado en el último momento.

En su acción, se sintió observada. En un momento pudo verse a sí misma desde fuera, desde la posición de alguien en otra mesa, y se sintió actuando como actuaba esa chica extranjera a la que me había señalado durante nuestro encuentro en la terraza, cotejando continuamente la realidad a través del mundo digital de su teléfono. Así pasaron unos minutos hasta que la nada se rompió y apareció por la puerta un chico que más o menos coincidía con la imagen que había retenido en su cabeza. Sí, probablemente era él. ¿Eres tú?,

le preguntó. Sí, soy yo.

La conversación con aquel chico no conllevó muchas sorpresas, ni positivas ni negativas. Le pareció una continuación natural de los mensajes que habían estado lanzándose de un lado al otro durante las últimas semanas. Sí había, sin embargo, algo chocante, algo distinto en la forma que ambos tenían de actuar. En todas las situaciones similares que había vivido en el pasado, antes de convertirse en chica Tinder, el encuentro propiamente, la cita, conllevaba siempre cierta carga de tensión sexual. En esos casos, estaba claro que ambas partes se sentían atraídas antes de abrir siquiera la boca, y que luego el cruce de palabras estaba plenamente determinado por aquel grado de atracción mutua. Por eso todas las conversaciones, en esas situaciones, parecen sumamente sugestivas. De alguna forma, la parte del cerebro encargada de detectar que quizá las palabras no son en absoluto interesantes se halla silenciada, bloqueada por la atracción que presiona por detrás.

Sin embargo, en una cita Tinder todo esto es muy distinto. En el fondo, las dos personas que quedan en un bar se han conocido previamente mediante mensajes, y en buena medida su grado de atracción ya ha sido determinado por la pericia lingüística que hayan desplegado en sus conversaciones previas. Conversaciones previas que carecen de miradas, de gestos, de olores, de sutiles contactos físicos. La base, pues, sobre la que se construye todo lo demás no son más que ciertas palabras, ciertas descripciones de uno mismo que conforman una realidad más fundamentada en cómo se ve uno a sí mismo que en cómo ve uno al otro.

En esa cita, Cristina tenía o creía tener muchos datos acerca de su potencial pareja. Pero en el fondo, esos datos no los había descubierto por sí misma, sino que se los había proporcionado el chico a través de un aluvión de mensajes. No había nada de ese conocimiento subconsciente, tan verdadero,

que la gente adquiere a través de los gestos y las miradas, que pueden fijarse o desviarse, a través del tono de voz, que puede ser tembloroso o seguro, a través del lenguaje corporal, que puede ser cauteloso o desafiante. Todo ello, lo tangible y lo intangible, desaparecía, y ambos pasaban a ser tan sólo una especie de extensiones de la propia máquina, del propio pensamiento digital. En tal situación, de lo que se trataba al final era de saber hasta qué punto el contacto que habían tenido a través del lenguaje, con el que es fácil autoengañarse y engañar al otro, se asemejaba a la realidad. Y también se trataba de saber hasta qué punto toda esa construcción podía superar barreras y generar finalmente una atracción física. Todo ocurría en el sentido inverso al que Cristina había conocido hasta entonces.

Lo que sucedió fue que el primer contacto directo con el chico Tinder dejó a Cristina más bien fría. Cuando pasó a conocer de verdad a la persona completa, ya no sólo su lenguaje sino también su cuerpo, sintió que aquél no era un hombre para ella. No sabía explicar muy bien por qué. Simplemente, así, de entrada, no se sentía atraída por él. O, como suele decirse, no había química. Sin embargo, por mera diplomacia aguantó el chaparrón, las palabras y palabras que él le dirigía para explicar quién era y qué hacía, de dónde venía y dónde quería ir. Todas aquellas explicaciones eran construcciones que Cristina ya conocía, que ya había leído en su teléfono, pero que parecía que entonces debían repetirse para trazar un puente entre la virtualidad y la realidad. Todas ellas eran, además, construcciones que a Cristina ya no le importaban un carajo.

Cuando terminó todo aquello, él quiso acompañarla en el camino hasta su casa. Insistió en escoltarla hasta su portal y, una vez ahí, hizo un movimiento torpe y se lanzó rápidamente a sus labios para besarla. Cristina se apartó de golpe y le dijo que no era por él, sino por Tinder. Que todo aquello le resultaba todavía demasiado raro. Mintió. Sí era por él. Sin embargo, también

es cierto que empezó a sentir dudas más profundas respecto a esa plataforma.

A pesar de las dudas que iban creciendo, Cristina siguió conectada a Tinder y siguió quedando con aquellos chicos que al cabo de algunos mensajes seguían pareciéndole sugerentes. En algunos casos fue incluso peor que aquella primera experiencia; en otros fue mejor. Llegó incluso a quedar con uno de ellos bastantes veces, hasta que la cosa se enfrió, y esporádicamente tuvo relaciones sexuales con algún que otro perfil. Aun así, por lo general resultaba cada vez más habitual que sus citas acabaran siendo tristemente clasificadas dentro de los grupos de los no deseados, en todas sus modalidades. Por este motivo, poco a poco fue espaciando cada vez más el tiempo entre el momento en que empezaba a intercambiar las primeras palabras con alguien y el momento en que finalmente accedía a quedar con él.

Cristina era usuaria habitual de distintas redes sociales desde hacía ya tiempo. Con un historial que provenía de los tiempos de Messenger y MySpace, pasó luego a tener perfiles en Facebook, Instagram, Twitter, YouTube, WhatsApp y un largo etcétera. Sin embargo, el hecho de haber entrecerrado las puertas a los encuentros con todas esas potenciales parejas de Tinder le obligó a tener que estar constantemente en contacto con ellos y, en consecuencia, a olvidarse un poco del resto de redes. A algunos chicos, los que sentía más próximos, les pedía el teléfono y pasaban a hablar a través de WhatsApp, por comodidad. Pero principalmente toda su actividad social pasó a canalizarse a través de Tinder.

Según me explicó, llegó un momento en que al volver del trabajo se encontraba cada día con veinte o treinta conversaciones abiertas. Por supuesto, debía seguirlas todas para no dejar escapar la oportunidad de hallar la pareja perfecta que quizá se escondía tras alguno de aquellos perfiles. Toda esta actividad le llevaba varias horas al día, durante las que debía leer una y otra vez nombres, profesiones, edades, aspiraciones y traumas.

Un día, sentada en su sofá con el teléfono en la mano y la omnipresente pantalla de Tinder iluminándole el rostro, sufrió un momento de crisis, o de lucidez, o de ambas cosas, depende de cómo se mire, y le invadió la extraña sensación de estar perdiendo el tiempo. Cayó en la cuenta de que Tinder compartía una perversa característica con algunos juegos que se habían puesto de moda algunos años atrás, como el fatídico FarmVille al que todos sus contactos de Facebook le invitaron a jugar a través de mensajes que la aplicación lanzaba automáticamente.

FarmVille es un simulador en línea, en el que el usuario controla una granja virtual a tiempo real. Planta cultivos y cría y se ocupa de diversos animales domésticos. Más allá del primer contacto con el juego, llevado por la curiosidad fruto de una eficaz publicidad, no parece que quien juega disfrute extremadamente llevando el control de la granja, sino más bien lo contrario. La experiencia de juego de esta clase de aplicaciones está basada en una agonía divertida, en palabras del director de Zynga, la empresa detrás de FarmVille. Una vez en sus garras, el usuario no se desengancha porque siente la necesidad de terminar el juego, de finalizar un proceso que se encuentra en marcha. La ansiedad que le provoca el no poder hacerlo, el verse a sí mismo abocado a perder el tiempo a diario, es lo que Zynga ha sabido aprovechar. A cambio de dinero o de mensajes publicitarios a los amigos en Facebook, el usuario acelera el tiempo en el que avanza la granja, es decir, avanza en la prosecución del final del juego.

Cristina cayó en la cuenta de que Tinder, en cierta medida, funcionaba de un modo similar. A través de una experiencia análoga de juego, cada clic al corazoncito, cada mensaje formaba parte de esta agonía divertida en la que se espera un feliz final que nunca llega. Decidió entonces dar una última oportunidad a la aplicación y, de paso, a todos los perfiles que habían logrado superar la espera de Cristina sin caer en la lista negra. Abrió su agenda y se

dedicó a citarles uno a uno, ocupando todos los huecos libres de su horario durante las siguientes dos semanas. Hecho esto, desinstaló Tinder de su móvil.

Al cabo de unos días, cuando ya había quedado con todos e incluso se había permitido el lujo, asqueada y decepcionada, de dar un par de plantones, llegó a su casa, se sentó a pensar y se convenció a sí misma de que había estado quemando el tiempo desde el primer momento en que sintió la llamada de Tinder. De por sí, ya es complicado, y mucho, sentirse atraída por una persona, llegar a conocerla y ser ambos capaces de proyectar algo de cara al futuro. Añadirle a todo esto un largo prólogo en el que ambos tratan de impresionar al otro con una estudiada fotografía y una cuidada selección de mensajes en los que cada uno muestra lo que cree o lo que quiere ser y no lo que es en realidad, resultaba completamente innecesario. Era, sin más, una pérdida de tiempo.

De alguna forma, tirando del hilo, Cristina se dio cuenta de que no sólo Tinder, sino las redes sociales en general actúan, en cierta medida, de acuerdo con esa misma lógica. Pensó que desconectarse de Tinder conllevaba, en cierto grado, plantearse algunas preguntas acerca de todas esas redes. Conllevaba la posibilidad de ir un poco más allá. Entonces fue cuando, desde su tableta, el centro de operaciones de toda su actividad social, borró todas las cuentas de las diversas redes que tanto había usado y que, desde su pequeña obsesión con Tinder, había dejado de consultar progresivamente. Si Tinder había logrado sustituirlas a todas sin que las echara en falta, entonces podía prescindir completamente de todas ellas para lograr un objetivo mucho mayor. Recuperar su tiempo.

Cabe decir que Cristina utilizaba internet casi exclusivamente para las redes sociales. Para su trabajo, relacionado con la artesanía, no requería correo electrónico ni nada por el estilo. No era una gran consumidora de

productos culturales en la red, sino más bien aficionada a los centros de arte y a los cines alternativos, a los que asistía asiduamente. Tampoco tenía el hábito de leer periódicos ni revistas digitales. Básicamente, la información sobre el mundo que recibía por la red le llegaba a través de las redes sociales. Prueba de ello es que desde hacía mucho tiempo ya no tenía ordenador. Por ello, el hecho de borrar todos sus perfiles conllevó casi automáticamente el cese de su utilización de internet. A pesar de que siguió utilizando el mismo teléfono para las llamadas y esporádicamente para algún WhatsApp, por Navidad regaló su tableta a una amiga suya.

Una sorpresa paradójica final. En el momento en que nos encontramos en aquella terraza, hacía cuatro meses que Cristina tenía pareja. Les presentó una amiga común de su trabajo y, tras cuatro meses de mucha intensidad, se estaban planteando seriamente irse a vivir juntos.

Cristina tiene veintinueve años, vive en Barcelona y lleva ocho meses desconectada.

DAVIDE Y LA ADICCIÓN

Davide se considera una persona de naturaleza adictiva. Si uno se para a pensarlo bien, la adicción es algo más bien extraño. Sobre todo es extraño porque no deja de ser la cara negativa de otro comportamiento que normalmente consideramos constructivo, que es el hábito. La adicción es un mal hábito. Me explico. Alguien puede adquirir la costumbre de, por ejemplo, salir a correr con regularidad. Este es un tipo de comportamiento que le aportará bienestar, sobre todo por las sustancias que estará segregando al hacerlo. Le aportará bienestar porque obtendrá beneficios que un día, en su valoración conjunta, pasarán a ser más importantes que los inconvenientes derivados de la práctica, es decir, de salir a correr.

Pero el hecho de que estos inconvenientes tengan más o menos peso frente a los beneficios depende en buena medida de la influencia que la sociedad ejerce sobre nuestra forma de pensar. Para darnos cuenta de ello podríamos poner un caso, dar un ejemplo, y pensar hasta qué punto salir a correr era visto como algo claramente negativo para la aristocracia del siglo XVIII, por superar con creces los inconvenientes a los beneficios.

Otra variante de todo esto es la adicción. Cuando alguien adquiere un hábito que pasa a considerar perjudicial, normalmente lo califica como una adicción. Pero sólo lo considerará perjudicial si sus círculos, su entorno social, tienen muy claro que los inconvenientes que provoca la adicción en sí son mayores que los beneficios que comporta. Esto suele ser así: cuando

alguien tiene dinero, puede adquirir el hábito de comprar cosas; cuando alguien no tiene dinero, entonces lo que puede adquirir es una adicción a comprar cosas.

Si incido en este punto es porque el hecho de que Davide tenga o crea tener una naturaleza adictiva puede entenderse de dos formas muy distintas. Una, que tenga una tendencia autodestructiva o masoquista. Otra, que sea un hedonista que desea repetir una y otra vez lo que le produce placer. Comprenderlo bajo este segundo prisma conllevaría explicar sus adicciones como algo más próximo al hábito.

A pesar de que hace años que Davide trabaja como cocinero, desde que dejó la facultad había pasado mucho tiempo trabajando en todo tipo de bares, especialmente de noche. Durante ese tiempo, había estado bebiendo casi a diario, fumando tabaco y hachís y, por la presión y los hábitos de su trabajo, esnifando cocaína con más asiduidad de la que habría deseado. Lo que en principio empezó siendo un hábito lúdico relacionado con un episodio concreto de su vida, poco a poco pasó a ser algo de lo que cada vez le costaba más escapar. Los trabajos cambiaron, sus dinámicas respectivas también, pero los hábitos de consumo se mantuvieron.

Cuando, después de mucho tiempo dando tumbos por varias ciudades europeas, decidió al fin afincarse en Torino y aceptar un puesto fijo de cocinero en un restaurante, esta cuestión empezó a plantearle un grave problema. En especial, porque con la estabilidad geográfica y laboral también se estabilizó el resto de su vida. Compró un apartamento y empezó a pensar en formar una familia con su novia. En ese nuevo escenario, el alcohol y la coca estorbaban, y eso llevó a que empezara a verlos desde una perspectiva distinta.

Preocupado por todo aquello y animado en gran parte por su novia, Davide decidió consultar a un psiquiatra. Su petición era clara. Quería dejarlo todo.

Todo aquello que le había proporcionado placer en el pasado se había vuelto en su contra. Querer dejarlo y no poder, querer interrumpir el consumo y verse de repente doblegado por él, le hacía sentir un deseo todavía mayor de tener un control absoluto sobre su cuerpo y sobre lo que decidía consumir y lo que no.

Este es el primer paso para lograrlo, le dijo el psiquiatra. Y le recomendó que lo dejara todo de golpe, sin pensarlo, porque emborracharse o colocarse con un porro podía llevarle a querer luego una raya de cocaína. Para ayudarlo en el proceso, le recomendó unas pastillas naturales de valeriana, una versión suave del ansiolítico que le recetaría más tarde si esto no bastaba para paliar las crisis graves.

Las siguientes semanas fueron realmente duras, me explicó Davide. A pesar de que todo su tiempo estaba ocupado con su trabajo, su novia, su nueva vida y su nueva ciudad, a pesar de que todo esto ciertamente ayudaba, no podía dejar de pensar en el alcohol, el hachís y la coca. En su entorno laboral, la dificultad residía en la proximidad con el producto. Durante el turno de noche, y a veces también durante el turno de día, en la cocina había siempre una botella de vino abierta. De hecho, normalmente también había otra escondida de whisky. Y los trabajadores se servían de vez en cuando una copita para hacer la noche más llevadera. El problema, claro está, era la tentación, siempre al acecho.

En aquel momento empezó a analizar muy conscientemente los motivos por los que uno adquiere un hábito y, a medida que su repetición acarrea problemas cada vez mayores, se convierte progresivamente en adicción. Básicamente encontró dos, que no es que sean los únicos pero sí probablemente los más cruciales. El primer motivo, la disponibilidad de lo que provoca el hábito o la adicción, evidentemente. Si no hay donde jugar, no hay adicción al juego. El segundo, lo que comúnmente se denomina presión

social. O, mejor dicho, normalidad social, porque los círculos sociales que envuelven a cada uno tampoco es que vayan presionando para que se adquiriera un hábito u otro, pero sí llega un momento en que una clase de conducta determinada se vuelve normal y cualquier integrante de ese grupo pasa a verla con otros ojos. Tras pensarlo mucho, Davide se dio cuenta de algo muy importante. Se dio cuenta de que ser adicto, por ejemplo, a las drogas, implica cierta dominación por parte de un grupo social determinado, en su caso el ambiente que le envolvió en los diversos trabajos nocturnos que había ejercido durante años. Pero, siguiendo con el mismo ejemplo, adquirir el hábito de no drogarse implica también cierta dominación por parte de otro grupo social determinado. En el caso de Davide, la influencia de su novia y del plan familiar que imaginaban construir juntos.

Llegó a la conclusión de que no se trataba de adquirir un hábito u otro, una conducta repetitiva, sino de ser capaz de actuar en cada caso como mejor le convenga a cada uno. Y sin tener que lamentar nada el día o el año siguiente, es decir, no llevado por una necesidad.

Alcanzar este punto, una suerte de madurez de consumo, le llevaría a lo que realmente deseaba, que era la libertad de poder tomar sus propias decisiones en todo momento, sin imposiciones externas. Sin embargo, para lograrlo, antes debía desintoxicar su cuerpo de todas las sustancias a las que, a lo largo de mucho tiempo, lo había estado acostumbrando.

Empezó por dejar el alcohol, el hachís y la cocaína a la vez, tal como le había sugerido el médico. Con ese pensamiento lúcido en mente, ese que había tenido unos momentos atrás, no le costó demasiado resistirse a los cantos de sirena de esas sustancias. A pesar de oír constantemente bebeme, fúmame, esnífame, se mantuvo firme y a las pocas semanas pudo afirmar, como se dice habitualmente, que había quedado limpio. Las sustancias habían dejado de llamarle.

Entonces se le ocurrió un pequeño experimento. Ya que había llegado hasta ahí, ¿por qué no seguir hasta el final del camino? Sabía que podía hacer mucho más para adquirir ese estado de libertad que tanto ansiaba. Analizó qué otras cosas le controlaban, centrandó todavía su atención en las sustancias, y llegó a la conclusión de que el tabaco, seguro, y también el café, quizás. Cambió sus hábitos, empezando de buena mañana por tomar un zumo de naranja que él mismo exprimía en lugar de su café habitual. El zumo no invitaba, como sí hace el café, al cigarrillo, y ese simple indicativo matinal le bastaba para seguir todo el día sin fumar. En cuatro semanas pudo considerar tachadas de su lista dos sustancias más.

Cuando fui a Torino para encontrarme con Davide y me habló de su experiencia, hizo especial hincapié en un día particular de primavera. Era el primer día de junio, la vigilia del día de la República, y además era el día de descanso semanal en el restaurante donde trabajaba. La coincidencia de ambas festividades le ofrecía dos días seguidos de fiesta primaveral. Ese primero de junio, Davide salió a la calle con ganas de celebrar su recién estrenada libertad. Se dedicó a pasear por las orillas del río Po, prestando atención a todos los olores que le llegaban tras cuatro semanas sin tabaco, a todos los sonidos que percibía entonces, con tanta lucidez, tras más de un mes sin alcohol ni hachís. Y pensó que todo aquello estaba muy bien. Que era algo que le gustaba disfrutar.

Pero seguía habiendo también algo muy gratificante en el tabaco, en el alcohol, en el hachís y en la cocaína, y lo echaba de menos. No quería convertirse en una persona cuyos hábitos fueran simplemente las formulaciones negativas de lo que un día habían sido adicciones. No quería pasar a ser un exfumador o un exalcohólico, alguien forzado a tener que negarse el consumo por sus excesos del pasado. Quería consumir todas esas sustancias, porque también tenían, todas ellas, algo de bueno que ofrecerle.

Pero quería hacerlo siempre cuando realmente le apeteciera, con una finalidad concreta y sin ningún tipo de presión.

Decidió entonces pasar esa mañana como una jornada de celebración de los extremos. Durante el día, seguiría con su zumo de naranja y con los nuevos olores y sabores redescubiertos que le ofrecía. Pero cuando llegara la noche pediría un buen café y compraría un paquete de cigarrillos, degustaría unos cuantos whiskies dobles y conseguiría medio gramo de cocaína. Y terminaría la noche fumándose un porro bien cargado. Todo para volver a su nueva normalidad del no consumo al día siguiente. Y no sólo eso, sino también para dar otro paso más.

Así lo hizo. Davide se pasó la noche de ese primero de junio colocándose tanto como pudo, recordando experiencias que, por supuesto, también le proporcionaban placer. Y al día siguiente volvió a sentirse limpio. Se sintió incluso mucho más limpio, porque había conseguido vencer un extremo y otro del hábito. Entonces, con una serenidad que quizá nunca antes había obtenido, se hizo una pregunta muy determinante, consciente de que ya había pasado por encima de todas las sustancias. Ahora, ¿de qué más me puedo limpiar?

Lo cierto es que Davide, fuera de la simpatía para con ciertas sustancias que le provenía del pasado, y a pesar de su profunda creencia de ser una persona con una naturaleza adictiva, tampoco es que fuera alguien con espectaculares conductas obsesivas o repetitivas. No tenía televisor. Nunca en su vida había apostado. Raramente compraba algo no necesitara, que no le fuera imprescindible. No tenía una conducta sexual obsesiva ni que nadie nunca hubiera considerado extraña. Y no había en él ningún otro resquicio de adicción que se le pasara por la cabeza.

Sin embargo, sí había algo que lo cambiaba todo. Y ese elemento tan notable no era otro que internet. Porque, aunque no tuviera televisor, muchas

veces se quedaba embobado mirando vídeos, uno detrás de otro, vídeos que en realidad no quería ver. Porque nunca en su vida había apostado, pero había estado tentado muchas veces de entrar en uno de esos sitios de apuestas que aparecían día sí y día también, como moscas molestas, en el ordenador. Porque las únicas veces que se había lanzado a la vorágine de las compras compulsivas había sido a través de Amazon y similares, que le sugerían comprar un artículo tras otro con recomendaciones que siempre acertaban, más que su propia novia con los regalos de cumpleaños. Porque más de una vez y de dos había quedado preso de fantasías masturbatorias repetitivas, al borde de la obsesión, seducido por un enlace tras otro en portales porno de internet. Y por encima de todo, porque sí había algo que lamentaba al terminar el día: haber pasado demasiadas horas frente al ordenador, en apariencia haciendo de todo pero en el fondo no haciendo absolutamente nada.

Convencido por sus anteriores experiencias de que lo primero que hay que hacer si uno quiere limpiarse es apagar la fuente, alejar las tentaciones, se deshizo de su ordenador y de su teléfono. Recuperó, porque no quería aislarse del mundo, su viejo teléfono Nokia sin acceso a internet y con teclado real, que todavía funcionaba perfectamente. Y escribió un mensaje. Como muchos sabéis, estoy en proceso de limpieza, y ahora le ha tocado a internet. Podéis llamarme por teléfono, decía. Y colgó este breve texto en todas las plataformas de las que era miembro. También creó un grupo de WhatsApp, añadió a todos sus contactos y escribió el mismo mensaje antes de apagar definitivamente el teléfono y cambiarlo por el viejo Nokia. El nombre del grupo era muy acertado. Desconexión. Simplemente.

Davide me explicó que limpiarse de internet fue mucho más fácil que limpiarse de las drogas, pero a la vez mucho más complicado. El mono físico, por supuesto, no existía, pero tuvo que enfrentarse a la dura prueba del vacío.

Cuando llegaba a casa, le parecía que no tenía nada que hacer. Le parecía que no había nada que hacer cuando la saturación del mundo virtual desaparecía. En seguida vio que debería acostumbrarse a otro tiempo, a un nuevo ritmo. Pensó que probablemente acabaría por dedicarle más tiempo, más pensamiento a las cosas, y aquello era positivo. Pero tendría que acostumbrarse.

Todo cambió cuando, al cabo de una semana, el día en que el restaurante donde trabajaba hizo el siguiente descanso semanal, salió a la calle a respirar y a olfatear de nuevo. De pronto, caminaba sin nada en la mano y con la cabeza bien alta. Se sentó en una terraza y simplemente degustó el mundo y el paisaje que tenía delante, sin pantallas, sin distracciones. Al mismo tiempo, empezó a fijarse en el comportamiento de la gente que tenía alrededor y, repentinamente, le pareció algo extraño.

A su izquierda había una pareja sentada en una mesa, ambos con un Spritz de Campari. Durante largo rato no cruzaron las miradas, sino que las mantuvieron fijas, cada uno en su pantalla respectiva. Salir a la calle a consumir, a pagar el triple de lo que costaría la bebida en casa, para encerrarse cada uno en un pequeño mundo virtual. Cosa extraña. Un poco más lejos, delante de un banco, un niño trataba de pronunciar las que quizá eran sus primeras palabras mientras su padre, sentado en frente, estaba enfrascado en la resolución de un puzle en su tableta. Tener un hijo para no jugar con él. Cosa extraña. Por todas partes, el aroma de la pastelería de al lado, los tenues gorjeos de las golondrinas, que acompañaban a un chico que tocaba la guitarra acústica en una esquina. Todo junto, un escenario que pasaba desapercibido para las decenas de personas que, sentadas, permanecían inmóviles y embobadas ante sus pantallas. Esto fue lo que más le llamó la atención a Davide. De pronto, se dio cuenta de la cara de bobo que se le pone a la gente cuando está absorta ante una pantalla táctil, demasiado

cerca, demasiado perdida, tan distinta a la que provoca, por ejemplo, la lectura de un libro. Y eso sí es una cosa extraña.

Davide se sentía liberado. Tenía la impresión de que todo el mundo estaba equivocado, como quien decide habituarse a consumir sustancias y quien decide habituarse a no consumirlas. Él, de pronto, podía decidir, y decidió que el mundo real era mucho más interesante que cualquier variante virtual. Además, sus amigos estaban avisados, y no es que cueste mucho pasar de enviar un mensaje por WhatsApp o por Facebook a coger el teléfono y llamar. Lo cierto es que, en el estado al que había llegado, no le importaba demasiado la gente que considerara que sí era un gran esfuerzo y decidiera por ello cortar la comunicación con él.

Cuando Davide me hubo detallado ya los motivos de su desconexión y el proceso que había seguido hasta llegar a ella, me surgió una duda que empujaba por dentro. Davide, cuya decisión de apagar internet fue una derivación lógica de sus ansias por quedar limpio de toda adicción, había llegado por ello a una cuestión que me pareció crucial si quería reflexionar seriamente acerca de lo que internet le ha ofrecido y le ha robado a la sociedad. Cuando Davide hubo limpiado su cuerpo de las sustancias a las que se había vuelto adicto, experimentó eso que denominó un estado de lucidez. Si ese estado fue lúcido fue porque le hizo comprender que todas aquellas sustancias no sólo podían ser potencialmente perjudiciales para quien las consumía, sino que además eran capaces de proporcionar ciertos beneficios. El secreto estaba pues en saber en qué momentos debían consumirse, y para qué fines. Alcanzar este punto significaba haber adquirido un control absoluto sobre las sustancias, haber logrado una condición de plena libertad.

Teniendo en cuenta este estado, al que había llegado al limpiarse de sus adicciones, la pregunta era entonces si le había ocurrido lo mismo al dejar internet. ¿Había sentido también Davide que internet ofrece muchos

beneficios, pero que el secreto reside en utilizarlo con moderación, en ciertos momentos y para fines concretos? Tal vez, me contestó.

Davide no ponía en duda que, en según qué casos, internet podía llegar a ser muy beneficioso. Especialmente para las empresas. Para ellas supone una disminución del tiempo, y me decía que en esencia esa es la gran revolución de internet. Significa un aumento de productividad. Y esto es algo claramente ventajoso desde el punto de vista empresarial. Sin embargo, tenía sus dudas acerca de los beneficios reales que internet era capaz de ofrecer a las personas.

Hubo un día, no muy lejano –me recordó– en que parecía que los avances tecnológicos se centrarían en ofrecernos un mundo más rico y excitante, lleno de coches voladores, de teletransportaciones y viajes en el tiempo. Pero luego, de pronto, todo cambió, y todos los avances se centraron en producir una realidad alternativa, una realidad que nos aleja del mundo físico y que lo empobrece, convirtiéndolo en algo que parece que cada vez tiene menos que ofrecernos. Pero no es cierto. En absoluto, exclamó convencido. Sus palabras me recordaron a David Graeber, que dice casi lo mismo cuando afirma que hemos abandonado definitivamente las tecnologías poéticas. En las pocas áreas en las que sigue impulsándose la creatividad libre, escribe, como en el desarrollo de programas de código libre por internet, se hace para crear plataformas cada vez más eficaces desde la que rellenar formularios. Y no para apreciar la vida con más intensidad, añadiría Davide.

En su caso, me explicó, no sintió ni una sola vez la necesidad de volver a conectarse. Internet no tenía nada que ofrecerle. Justo al contrario que las sustancias que había dejado. El alcohol le proporciona desinhibición. El hachís le relaja y el café le despierta. La cocaína le estimula y del tabaco le gusta el sabor. Son, de alguna forma, complementos para la vida real. Pero internet no le aporta absolutamente nada, y por este motivo no se ha vuelto a

conectar desde que tomó la decisión de limpiarse. A sus amigos los llama por teléfono, incluso a los que están lejos. Con lo que ha bajado el precio de las llamadas, me dijo, en conjunto le sale a cuenta y así, de pasada, habla con ellos sólo cuando tiene algo interesante que decir o cuando realmente desea escuchar sus voces.

Redescubrió también el placer de consultar mapas y diccionarios, de ir a las bibliotecas a buscar información y a las estaciones a consultar horarios. En ambos sitios obtenía de pronto el placer inesperado del tiempo aparentemente improductivo. A pesar de que destinaba más minutos, incluso horas, a obtener un resultado, no era tiempo perdido. Porque durante el proceso tenía encuentros insospechados con personas desconocidas e interesantes, descubría lugares nuevos, se topaba con informaciones y confidencias inesperadas.

Quiso ponerme un ejemplo que me ayudara a comprender por qué motivo internet no le ofrecía ningún beneficio, por qué motivo no tiene nunca la más mínima necesidad de conectarse. Suele decirse que, entre muchas otras, una de las ventajas que ha proporcionado internet es la de poderse organizar uno mismo los viajes y poder hallar las mejores ofertas. Esto es completamente falso, exclamó Davide indignado. Cuando por primera vez desde la desconexión quiso organizar un viaje con su novia y unos amigos, estuvo tentado de conectarse a internet para comprar los billetes de avión. Quizá para eso sí podía servir.

Pero en lugar de eso, hizo algo que no había hecho nunca antes. Entró en una agencia de viajes, una pequeña agencia a pocas calles de su casa. Entró y le explicó a la chica que le atendió lo que deseaba. Ella comparó vuelos entre toda clase de compañías y le ofreció finalmente los billetes al precio que Davide esperaba pagar. Quizá le costó todo un poco más de lo que habría pagado por internet, o quizá no. Sus convenios tendrían también con las

compañías. Pero en cualquier caso salió de ahí con la satisfacción de haber contribuido a que aquella chica tuviera trabajo. Además, conoció a una persona real e interesante, con una biografía real y una cara real, y pasó un buen rato conversando con ella. Justo lo contrario a la desesperación que probablemente había obtenido tras pasar horas y horas delante de la pantalla de su ordenador.

Y todavía más. Ella sabe que siempre que Davide tenga que hacer un viaje acudirá a su agencia. Sabe también qué le gusta a Davide, qué lugares quiere visitar y qué presupuesto suele tener. Así pues, él obtiene el beneficio de tener a alguien que cuenta con toda esta información, alguien de carne y hueso. Obtiene el beneficio de alguien que le demuestra empatía, no sólo para vender, como se hace en internet, sino para ofrecerle un buen servicio. Obtiene el beneficio de que cuando haya alguna oferta que le pueda interesar, será informado de inmediato. ¿Qué proporciona más ventajas en este caso, tener o no tener internet?, acabó preguntándome.

Davide tiene treinta y tres años, vive en Torino y lleva tres años desconectado.

JON Y LOS VIDEOJUEGOS

Cuando Jon tenía doce años y terminó sexto de primaria, sus padres tuvieron que cambiarle de escuela. El nuevo instituto donde empezó la secundaria, un centro público de Bilbao, en seguida se convirtió en una pesadilla para Jon. No conocía a nadie, y la mayor parte de sus compañeros llevaban juntos entre las mismas paredes desde muy pequeños y tenían ya sus pandillas montadas. A esto se sumó la dificultad de Jon para hacer nuevos amigos. Era un chico más bien tímido, introvertido, y carecía de cualidades especiales que contribuyeran a llamar la atención de los demás. No era un estudiante sobresaliente, no era un alborotador ni un chistoso. Era más bien uno de esos niños que durante sus años de escuela pasan desapercibidos, sin dejar huella.

En conjunto, el cambio le llevó a un tipo de conductas y aficiones que empezaron a preocupar a sus padres. Aunque lo cierto es que eran conductas y aficiones que se remontaban al momento en que Jon había tenido su primer contacto, intenso, con las tecnologías digitales. Cuando un par de años atrás les suplicó a sus padres que por su cumpleaños le regalaran una consola de videojuegos, ellos no supieron muy bien cómo reaccionar. Tanto su padre como su madre se habían criado en un pequeño pueblo cerca de Bilbao, y ambos habían gozado de una infancia muy marcada por la calle, donde se encontraban cada día con sus amigos para jugar y compartir experiencias. De modo que eran más bien reacios a contribuir en actividades que pudieran llevar a que Jon se encerrara en casa más allá de lo necesario. Pero, al mismo

tiempo, tras hablarlo entre ellos y consultar con amigos y familiares que habían pasado antes por esa misma situación, comprendieron que no comprar la consola podría llegar a convertirse en una injusticia contraproducente para un chaval de su edad.

Desde que ellos jugaran por las calles de su pueblo natal, los tiempos habían cambiado, y mucho. En los últimos años, las tecnologías digitales habían impregnado todos los ámbitos de la sociedad, y las escuelas no eran ninguna excepción. Todos los compañeros de Jon vivían rodeados de consolas, ordenadores y teléfonos móviles. Esa era su realidad. Negarle la máquina era condenarlo al ostracismo, sentenciarlo a ser el raro, el distinto al resto de la clase. Por este motivo, y a pesar de sus muchas dudas al respecto, finalmente cedieron y le compraron una PlayStation por su cumpleaños.

Esa fue la puerta de entrada de Jon al mundo de los videojuegos. Desde entonces, solía invitar una y otra vez a amigos a su casa, con los que competía y compartía las jugadas. Y todo el universo creado alrededor de esta nueva tecnología recién descubierta pasó a ser cada día más valioso para él. A medida que su afición crecía y pasaba más y más horas jugando, la mayoría del tiempo a solas aunque también muchas veces rodeado de amigos, sus padres empezaron a alarmarse de verdad y se vieron obligados a compensar de algún modo esa actividad que se convertía poco a poco en una obsesión.

Decidieron entonces marcarle unos horarios y establecer alrededor de esa actividad todo un sistema de castigos y recompensas. Durante la semana, a Jon le estaba permitido jugar solamente dos horas al día, y sólo en el caso de que hubiera cumplido con sus deberes. Cuando llegaba el fin de semana, tenía derecho a jugar seis horas diarias.

Pronto se planteó un nuevo problema: cómo motivar a Jon para que participara en las actividades que le proponían algunos fines de semana. Por ejemplo, la idea de salir de excursión al monte, algo de lo que había

disfrutado mucho cuando era más pequeño, pasó a convertirse entonces en un suplicio silencioso. Pero si lo detestaba no era por la excursión en sí, sino porque salir de casa significaba reducir las seis horas de juego diarias que le estaban permitidas durante el fin de semana. Aunque les pesaba hacerlo, aquellos no eran sus métodos, los padres se vieron forzados a utilizar la excusa del videojuego como mecanismo de castigo, y funcionó. Si el niño no quería ir de excursión o le daba un berrinche por la consola que dejaba en casa, entonces se le reducían automáticamente las horas de juego de la semana siguiente.

Si los padres de Jon se vieron obligados a cambiarle de escuela cuando terminó la primaria fue por un motivo de peso. Por cuestiones laborales, la familia entera tuvo que mudarse de su pueblo natal a la capital. Esto comportó una segunda dificultad para Jon, que se añadía a los problemas que ya tenía en la escuela. Cuando, una vez en Bilbao, llegaba a su casa con ganas de jugar a sus videojuegos favoritos, tenía que hacerlo siempre solo, porque sus amigos ya no estaban cerca. Por lo tanto, ya no se encerraba en su cuarto con compañeros para jugar a la consola, sino que entonces pasó a hacerlo siempre sin compañía.

El hecho es que, claro está, jugar a solas no es tan divertido como jugar con o contra alguien, y no únicamente durante el propio juego sino también después, cuando se comentan las jugadas y se reviven los momentos. Por esto a Jon, durante un breve lapso de tiempo, pasaron a interesarle menos los videojuegos, y eso parecía indicar que quizá en realidad todo se trataba más de lo que compartía con sus compañeros que del juego en sí. Pero esta sensación duró tan sólo unos días. Quedó completamente vencida cuando un día le llamó un amigo de su antigua escuela, el más habitual en los antiguos encierros lúdicos, y le ofreció la respuesta a sus problemas. La solución era internet. A través de la red podría volver a estar jugando con sus compañeros

en línea, como si volviera a tenerlos al lado.

Concretamente, de lo que le habló su amigo es de una plataforma llamada Twitch. Esta plataforma permite que dos personas puedan jugar en línea y a tiempo real desde la distancia. Además, Twitch permite conectar una cámara web para que la experiencia parezca todavía más real. Mientras dura el juego, ambos jugadores pueden comunicarse mediante videollamada, de modo que se ven las caras y pueden comentar los trucos y jugadas como si estuvieran uno en frente del otro.

Twitch es, en definitiva, una red social más, y en cierta forma resultó inevitable que sirviera de pórtico, para Jon y sus compañeros de juego, hacia otras redes sociales. Instagram les permitió colgar imágenes de ellos mismos durante el juego y poder hacer comentarios. YouTube les sirvió para subir los vídeos de sus jugadas maestras y de los trucos que descubrían para poderlos compartir entre todos. Facebook y Skype les permitió seguir en contacto cuando no estaban jugando. Al cumplir los trece años, Jon tenía ya cuentas en todas estas redes sociales, y tenía conexión continua gracias al móvil que sus padres le habían regalado. Lo habían hecho en parte forzados por la presión de Jon y en parte por un sentimiento de culpa del que no lograban deshacerse al ver que al niño le resultaba tan difícil adaptarse a la nueva ciudad y al nuevo colegio.

Al cabo de unos meses, Jon había establecido ya contacto con alguno de sus nuevos compañeros de clase, precisamente gracias a lo que entonces pasó a ser su característica más visible en la escuela. Era un precoz digital, y algunos de sus compañeros no pudieron evitar sentir curiosidad por los múltiples perfiles de Jon, por sus plataformas de juego y por el móvil que no se separaba nunca de su bolsillo. Empezaron entonces, a través de Jon, a entrar progresivamente en el mismo mundo digital. Lo más curioso del caso fue que, entonces ya con internet de por medio, aquello no contribuyó a que

Jon tuviera visitas en casa. A pesar de que estos nuevos amigos vivían como él en Bilbao, pasaron a ser únicamente contactos de Skype y compañeros de Facebook con los que jugaba vía Twitch y con los que luego intercambiaba vídeos por YouTube.

Todo esto tuvo una derivación que acabó comportando repercusiones inesperadas. Jon ya no tenía en su cuarto únicamente una consola con tres o cuatro juegos. A eso debía añadirse el ordenador, con la infinidad de juegos en línea a los que tenía acceso, sumado a todas las redes sociales de las que formaba parte y al teléfono en constante ebullición. Con todos estos medios, que habían pasado a formar parte de su cotidianidad, a Jon no le bastaban las horas que sus padres habían decidido cederle y empezó a gestarse un problema familiar de difícil solución.

La madre y el padre trabajaban todo el día y no tenían manera de controlar los hábitos de un niño que cada día sentía más necesidad de pasar horas y horas encerrado en su cuarto. La ansiedad que le provocaban los momentos de desconexión se mezcló con el inconformismo adolescente que empezaba a hacer estragos, y el control por parte de los padres pasó a ser cada vez más difícil. Jon se negaba a hacer los deberes y mostraba un absoluto desprecio por los planes familiares de fin de semana. Lo único que deseaba hacer, de forma cada vez más obsesiva, era encerrarse en su cuarto con todas las herramientas que la tecnología había puesto a su disposición.

Cuando se dieron cuenta de la magnitud del problema, los padres de Jon quisieron hacer algo para resolverlo. Sabían que había muchos otros padres que estaban en la misma situación, y entendían que todo esto se había vuelto habitual y más o menos normal para las nuevas generaciones. Pero, por la manera que tenían de pensar y de ser, puesto que creían profundamente en el contacto directo con las personas como único modo de formar a un niño correctamente, empezaron a sentir que todo aquello se les estaba escapando

de las manos y que era vital reencauzarlo de alguna forma.

Para tratar de paliar el problema trazaron un plan. Lo que no sabían es que este plan acabaría desembocando en algo mucho más profundo y rotundo de lo que inicialmente se proponían llevar a cabo. Su idea, en realidad, era muy simple y se componía de dos iniciativas muy claras. La primera, dar de baja el servicio de internet tanto en casa como en el contrato de teléfono de su hijo. Ambos estaban de acuerdo en que no les supondría un gran problema limitar el uso de internet a sus respectivos trabajos.

La segunda iniciativa consistió en apuntar a Jon a diversas actividades extraescolares que se realizaban dentro y fuera de la escuela. Así, los lunes y los miércoles ocuparía la tarde en una academia de idiomas; los martes y los jueves jugaría a fútbol con un grupo de niños de su edad, un servicio que ofrecía la nueva escuela; y los viernes y los sábados por la tarde aprendería guitarra en un aula de música que estaba a un par de manzanas de su casa.

Lo que sucedió los días siguientes, los padres de Jon me lo describieron como algo sorprendente que en su momento no habrían podido llegar a prever. Por supuesto, como era de esperar, Jon opuso resistencia al programa al que iba a ser sometido. En especial, lo que le supuso un mayor inconveniente fue el apagón de internet. Y este hecho fue una baza que sus padres supieron aprovechar muy bien a su favor. Internet, de pronto, podría volver a utilizarse como recompensa o, más bien, como trato. El acuerdo al que llegaron con su hijo fue que si él aceptaba gratamente las actividades que le proponían, si sabía aprovecharlas y disfrutarlas, sólo entonces restablecerían al cabo de un mes su conexión a internet. Jon, aunque a regañadientes, aceptó el pacto. Cuando al cabo de un mes, durante el que Jon asistió sin resistirse a las diversas actividades, los padres quisieron cumplir con su parte del trato, sucedió algo sorprendente. Jon les dijo sin pestañear, realmente convencido, que ya no era necesario que volvieran a contratar

internet. Todas aquellas actividades, en las que había participado durante los primeros días sólo por miedo a que la desconexión se perpetuara, acabaron por ejercer una gran influencia en él y en sus aficiones. Pasada una semana, Jon empezó a pasarlo realmente bien con sus pasatiempos extraescolares.

En la academia de inglés había hecho nuevos amigos, con los que hacía juegos en clase dirigidos con dinamismo por la fuerte batuta de su profesora. Cuando jugaba al fútbol corría, se cansaba, se cargaba de adrenalina. Y luego volvía a los vestuarios con su equipo y se sentía realmente arropado por él. Advirtió la potencia del contacto físico y del compañerismo. Sintió que por primera vez formaba parte de algo mucho más poderoso que él mismo, algo que le trascendía pero que a la vez era completamente real, palpable. Por último, con varios compañeros de la escuela de música empezaron a quedar asiduamente con la idea de formar una banda de punk rock. Un amigo le había dejado una guitarra eléctrica y había estado jugando con ella delante de un espejo, imaginándose a sí mismo encima de un escenario acompañado de sus compañeros.

Y por encima de todo esto, descubrió algo que operaba con mucha más fuerza todavía. En la academia de idiomas, en los partidos de fútbol, en las clases de guitarra experimentó algo que no había vivido durante su dilatada experiencia con los videojuegos. Empezó a relacionarse con chicas alrededor de una actividad lúdica. Se reía con ellas, proyectaba ambiciones y sueños comunes con ellas, jugaba y entraba en contacto físico con ellas. Durante aquel mes en que salió de su cuarto y se reconectó con su cuerpo, Jon tuvo un primerizo despertar sexual y comprendió de una manera muy profunda una de las ventajas del mundo real. Una ventaja con la que todo el universo virtual no era capaz de competir. Muy especialmente por este motivo, crucial en su etapa adolescente, fue precoz en comprender lo que había estado perdiéndose en el mundo físico. Y cuando sus padres le anunciaron que podía

volver a conectarse a internet, la propia conexión había perdido ya todo su atractivo.

Al poco tiempo llegaron las vacaciones de Navidad, y con ellas la reunión anual que la escuela organizaba con los padres para comentar temas de interés relativos a la enseñanza de sus hijos. Desde que la escuela había sufrido un cambio de dirección años atrás, el nuevo equipo había mostrado un especial interés en los nuevos métodos participativos de educación. Siempre que era posible, trataba de implicar a los padres en las decisiones escolares y de convertirlos en pilar indispensable para cumplir con los objetivos del centro, que se discutían año tras año en función de las inquietudes de cada grupo.

Durante aquella reunión, varios padres manifestaron cierta preocupación acerca de la transformación digital que sus hijos estaban experimentando. No se trataba de una queja ni de una propuesta. Tan sólo presentaban una colección de dudas ante la que se sentían más bien perplejos e impotentes. Tras escucharlas, prácticamente todo el resto de los participantes en la reunión se sumaron a ellas. Era un tema que los inquietaba de una forma muy profunda. Plantearon preocupaciones cruzadas acerca de los hábitos en casa, acerca de la creciente insociabilidad de los niños, acerca de ciertas conductas que rayaban el autismo. Y apareció también el miedo a las consecuencias. Tenían dudas acerca de cómo repercutiría este hecho en el futuro académico y profesional de sus hijos. Sin embargo, quizá el miedo más extendido era el de las repercusiones sociales. Preguntaron si todo aquello tenía secuelas en las aulas, entre los compañeros. Si había casos de ciberacoso, o si debían temer que aparecieran en un futuro próximo.

La reunión, dedicada entonces a ese tema, llegó a un nivel de acaloramiento que fue un indicativo claro del grado de ansiedad que la cuestión de las nuevas tecnologías suscitaba entre los padres presentes. Y fue

también un buen indicador de lo sumamente perdidos que estaban todos, sin excepción. Al mar de dudas se sumaban el propio director del centro y todo el equipo pedagógico que había asistido a la reunión. Se trata de algo completamente nuevo y nadie puede prever las consecuencias, concluyeron. Es como cuando se prueba de repente un nuevo fármaco y sólo luego, al cabo de veinte años, salen a la luz las parálisis y las locuras, los eccemas y las terceras cabezas, salen a la luz todos sus efectos secundarios.

Todos estaban de acuerdo, más o menos, en que internet era una magnífica herramienta para la educación. El problema era qué hacer con ella fuera de las aulas. Y qué hacer con los teléfonos móviles, con los videojuegos. ¿Debían prohibirse? ¿Controlarse? La discusión empezó a virar hacia las posibles soluciones.

Fue entonces cuando la madre de Jon creyó oportuno hablar de lo que había estado sucediendo en su casa durante las últimas semanas. Y mientras explicaba paso a paso los extraños episodios que fueron cruzando ella y su esposo con su hijo, y las sorpresas que acabaron obteniendo de él, se le ocurrió un punto crucial que no tardó en exponer. Quizá no se trata de prohibir o controlar. Quizá se trata de comprender que todo eso que vemos tan antinatural en las nuevas tecnologías, también los chavales, a pesar de haber nacido con ellas en las manos, lo sienten de alguna forma así. Quizá se trata, por tanto, de ofrecerles alternativas para que ellos mismos puedan elegir. Se trata de que los padres equilibremos un poco la balanza, oponiendo resistencia día a día. Y se trata de una medida de resistencia porque las nuevas generaciones reciben constantemente, por una infinidad de canales y voces, un discurso único. Que internet sirve para todo. Que debemos acostumbrarnos a utilizarlo como parte de nosotros mismos porque así será el futuro. Que debemos estar siempre conectados con las redes sociales, mediante nuestros teléfonos móviles. Que los videojuegos con imponentes

gráficos de batallas y desmembramientos son el progreso. Y todo esto está muy bien. No se trata de negarlo. Pero sólo situándonos en el extremo opuesto podremos llegar a lograr cierto equilibrio respecto a todo eso que es tan poderoso, tan omnipresente.

¿Qué hay que hacer entonces?, lanzó uno. Y el debate siguió dos horas más con la participación de todos los presentes, tratando de esbozar posibles soluciones. La idea que germinó tras la reunión fue la de crear una asociación que velara por el equilibrio de los niños respecto a las cuestiones tecnológicas. El nombre elegido para la asociación, amuji, hace una referencia irónica a los emoji, el nombre japonés con el que se conocen los emoticonos. En realidad, es el acrónimo de la Asociación para la Moderación del Uso Juvenil de Internet.

Durante los días siguientes, los padres y madres que asumieron un papel más activo en la asociación redactaron los seis puntos básicos del estatuto por el que se regiría. Primero, amuji es una asociación que vela por un buen equilibrio en el uso de las nuevas tecnologías entre niños y adolescentes. Segundo, la base de amuji no es crítica ni destructiva, por lo que no apuesta por cortar o prohibir las nuevas tecnologías. Tercero, amuji se propone ejercer una labor constructiva, a través de propuestas de actividades presenciales que no requieran el uso de las nuevas tecnologías. Cuarto, la actividad de amuji es compensatoria y quiere equilibrar el influjo actual de las nuevas tecnologías, que la asociación considera desmesurado. Quinto, cualquier persona interesada por estas cuestiones podrá formar parte de amuji, participar en las propuestas y formular nuevos planteamientos. Sexto, amuji no existe ni existirá nunca en internet, por lo que su difusión deberá hacerse sin la ayuda de esta tecnología.

Respecto al quinto punto de su estatuto, cabe decir que amuji no ha tenido una gran acogida en otras escuelas de Bilbao ni entre los amigos de los

padres miembros que eventualmente, en una cena o durante una salida al parque, han oído sus propuestas. Sin embargo, en la escuela de Jon fue todo un éxito desde el primer momento.

Lo primero que hicieron los padres más activos de la asociación fue moderar su propio uso de internet en casa, con el objetivo de dar ejemplo a sus hijos y mostrarles que existe otra realidad, quizá mucho más interesante, más allá del ordenador y del teléfono móvil. Luego dieron un paso más cuando, en una reunión expresa con el director, le sugirieron que en las aulas se limitara el uso de ordenadores y de internet a la asignatura de informática. Querían recuperar el uso de los libros, del diálogo en el trabajo en grupos, del uso de la biblioteca como un lugar controlado en el que no se deja la puerta abierta a toda la información libre y desordenada de la red. La propuesta fue polémica por muchos motivos, pero finalmente, tras una votación en el consejo escolar y entre todos los padres, ya sensibilizados por esa cuestión, se aprobó y lleva más de un curso aplicándose con éxito. El entorno escolar ejerce de contrapunto a la invasión digital a la que los niños están sometidos. Contribuye a equilibrar la balanza.

Una vez asimilados estos primeros requisitos, la asociación amuji se dedicó a lo que sus integrantes intuyeron desde el principio como su actividad principal. Su prioridad se centró en lo que habían detectado, ya en aquella reunión que sirvió de germen para la asociación, como el problema principal en la generación de malos usos de las nuevas tecnologías. Las horas semanales en las que los niños ya no estaban en las aulas pero sus padres todavía trabajaban eran las horas muertas en las que internet operaba con más fuerza. Eran los ratos en los que sus hijos podían campar a sus anchas por la red, y en los que se gestaba la adicción que continuaba luego cuando los padres llegaban a sus casas.

Para paliar este problema principal, establecieron un horario que cubría

toda la semana y que se reformularía mensualmente. En él se proponían diversas actividades ordenadas por rangos de edad, que servían para ocupar el fatídico tiempo extraescolar. Surgieron ideas de toda índole, aunque habitualmente con un marcado componente lúdico. Los lunes podía haber deportes diversos en el patio del colegio, pensados para niños de seis a doce años. Los martes, sesión de cine para adolescentes, en la que se visionaba algún estreno reciente por el que los propios chicos manifestaban un interés. Y así, la semana se llenaba con diversas propuestas que confeccionaban el horario semanal, específico para cada rango de edad.

Los horarios se imprimían mensualmente y se colgaban en las paredes de las aulas. Rápidamente, los niños de la escuela supieron que podían disfrutar de esas actividades y empezaron a participar en ellas gustosamente. La estrategia que tan bien había funcionado con Jon funcionaba ahora a escala de la escuela entera. Quizá no obtuviera resultados tan vistosos, tan sorprendentes y extremos, pero de todas formas era una victoria enorme respecto a los objetivos compensatorios que amuji se había propuesto desde sus inicios.

El mayor problema logístico que planteó todo aquello fue el del tutelaje. Alguien debía cuidar de los niños mientras realizaban esas actividades. Para superar este obstáculo, los padres integrantes de amuji, junto con otros padres que eran simplemente colaboradores ocasionales, trataban esta cuestión en sus reuniones mensuales y decidían qué actividades se mantenían en el horario, por su éxito, y cuáles se cambiaban. Puesto que el nivel de participación era alto, el método que les permitió seguir adelante fue el de la rotación de responsabilidades. En función de sus empleos y de su disponibilidad, ponían encima de la mesa todas sus opciones y elaboraban un horario interno. De esta forma, había padres que se encargaban de una actividad cada semana y otros que podían ceder sólo una tarde o dos al mes, y

entonces se turnaban con alguien que estuviera en la misma situación.

Jon, que por su historia comprendió mejor que nadie la naturaleza y las ventajas de todo aquello que se estaba organizando en su escuela, siguió con regularidad algunas de las actividades propuestas, que añadió a sus clases de idiomas, a sus clases de música y al fútbol. Además, desempeñó un papel muy activo, animando a sus compañeros a formar parte de todas aquellas propuestas. Durante la clase y en el recreo, hablaba de la película que se proyectaría esa tarde o alentaba a sus compañeros para verlos luego y competir con ellos en algún deporte. Además de pasárselo muy bien con las actividades, acabó siendo una especie de creador de tendencias. Fue quien los animó a todos desde el principio, quien tuvo la capacidad de anticipar que todo aquello acabaría siendo divertido y excitante. La vida de Jon en la escuela había cambiado por completo.

Jon tiene catorce años, vive en Bilbao y lleva un año y medio desconectado.

NICOLÁS Y LA MÚSICA

El cambio de milenio fue un buen momento para Nicolás. La gran cantidad de fiestas que se celebraron por toda Europa, no sólo el día de fin de año sino a lo largo de un mes entero, fueron casi todas a lo grande. Sus organizadores no escatimaron en medios y casi todas contaron con grupos de música en directo. Por este motivo, el cambio de milenio representó la oportunidad para que Nicolás, como muchos otros músicos, pudiera cumplir el sueño que llevaba años persiguiendo, el sueño de dedicarse profesionalmente y en exclusiva a la música.

Si aquella realidad se hizo posible fue porque una de las bandas de las que formaba parte en ese momento, con la que versionaba temas pop de los ochenta, aprovechó el efecto dos mil para montar una pequeña gira europea por clubes y salas de baile. De modo que estuvo todo el mes de diciembre de fiesta en fiesta con su banda, en la que tocaba el bajo eléctrico, y al entrar el nuevo milenio había logrado amasar una cantidad nada desdeñable de dinero.

Esa nueva situación, insólita hasta entonces, le permitió dedicarse en serio a la que era su verdadera pasión, tocar el contrabajo en un cuarteto de jazz. Como bien sabía, su incursión en el terreno del jazz no le permitiría, por sí sola, una dedicación exclusiva a la música. Pero el hecho de tener la suficiente solvencia económica para poder ceder todo su tiempo a ese proyecto le permitió consagrar un año entero a una propuesta que llamaría la atención por su excelencia, y con la que giraría por distintas salas europeas.

El proyecto le aportó cierto prestigio dentro de los diversos circuitos musicales, y desde entonces no pararon de lloverle ofertas para participar, como contrabajista y como bajista eléctrico, en distintas formaciones de soul, rock y pop, que pudo seguir compaginando con el cuarteto de jazz que, aunque con mil variaciones, mantenía activo.

Debido a su trabajo, Nicolás pasa mucho tiempo viajando, especialmente por Europa, aunque también ha pasado largas temporadas en Norteamérica y en distintos países de América Latina. Tiene el campamento base en Madrid, la ciudad que lo vio crecer profesionalmente. Cuando nos encontramos ahí e intercambiamos impresiones acerca del extraño funcionamiento del mundo profesional de la música en directo, Nicolás hizo un especial hincapié en lo mucho que ha cambiado este mundo a lo largo de los últimos diez o quince años. En buena parte, dijo, por culpa de internet.

A pesar de que sabía que Nicolás era un exconectado, y a pesar de empezar a acostumbrarme a ciertas expresiones recurrentes entre los que han tomado esta decisión, su forma de hablar me llamó la atención. Porque dijo claramente que el mundo de la música había cambiado por culpa de internet, y no gracias a internet. ¿Acaso lo dudas? –me soltó—. Cualquier músico te diría lo mismo. Y entonces empezó a relatarme su visión particular sobre el asunto.

Para comprender su teoría puede ser útil comparar el funcionamiento de la profesión de músico en tres momentos concretos de la historia reciente, separados por intervalos de veinte años. Propongo, pues, trazar una pequeña descripción comparativa acerca de cómo funcionaba el mundo de la música en los años setenta del siglo veinte, luego en los años noventa y finalmente ver cómo funciona actualmente, en los años diez del siglo XXI.

La diferencia crucial tiene que ver con los métodos que utilizan las formaciones musicales y los métodos que utilizan los circuitos de

comercialización de la música. Por supuesto, la comercialización existe desde que existe la música como objeto de consumo, pero a lo largo de la historia ha operado con distinta fuerza y bajo distintas formas. Así, la diferencia entre los años setenta y los noventa se basa sobre todo en el grado de explotación que las grandes compañías ejercían sobre los músicos. Lo que ocurrió a partir de los años ochenta, con visibles repercusiones, fue que las inversiones publicitarias en música empezaron a multiplicarse exponencialmente.

Cuando una compañía discográfica adoptaba a una banda musical y apostaba por explotar su beneficio potencial, se caracterizaba a partir de entonces por realizar una gran inversión de la que esperaba un rendimiento. El rendimiento venía dado por las ventas, de las que tenían que sacar una gran tajada, y por este motivo empezaron a abundar los famosos contratos vampíricos que chupaban la sangre de los músicos sin demasiados miramientos.

Por este motivo, fue entonces cuando apareció el concepto de música alternativa tal como lo conocemos hoy. Lo que significa, o significó en su día, la música alternativa es la ausencia de este retorno. Al contrario, el músico comercial es el que es absorbido por una gran compañía como un producto cualquiera. En la música comercial no hay gran diferencia entre vender un grupo musical o vender un automóvil o una nevera. Se hace un estudio de mercado, a partir del que se elige el estilo apropiado, la producción del sonido y la imagen que se le quiere dar a la banda en cuestión. Luego se invierte en publicidad para lograr un buen índice de ventas. Pero no será únicamente ahí donde repercutirá la inversión publicitaria, sino también en los conciertos multitudinarios, que se llenarán de público sediento por consumir aquello que les ha alentado la publicidad. En este caso, la música en directo no es una inversión de la banda o de la sala de conciertos, sino de la propia industria musical.

Lo que ya en los años noventa se entendió como música alternativa fue la que no seguía estos canales. La formaban grupos que carecían de inversión publicitaria por parte de las grandes productoras y cuyas actuaciones en directo, que era de donde podían sacar algún beneficio, no estaban determinadas por las masas de seguidores que la publicidad había sido capaz de generar. Al contrario, la música alternativa en directo era posible básicamente gracias a las salas de conciertos que contaban con programadores con un gusto determinado, capaces de fidelizar a su público. La gente asistía a los conciertos que programaba una sala concreta, independientemente de si conocía o no al grupo, porque confiaba en el criterio del programador.

En la actualidad, el panorama ha cambiado radicalmente. Según Nicolás, el sistema se ha visto transformado por la aparición de internet, que ha propiciado que todos los grupos de música del mundo puedan publicar su música sin coste y que esta sea accesible en todas partes. Entonces, si alguien quiere ver a un grupo de música en directo, ya no tiene que fiarse de los gustos más o menos acertados del programador de turno, que trabaja para y por los intereses de una sala concreta. Al contrario, puede decidir por sí mismo qué músicos son de su agrado y merecen que les dedique algo de su tiempo y de su dinero para verlos en directo.

Hasta aquí todo son ventajas. Sin embargo, Nicolás en seguida me advirtió de que todo esto tiene su lado perverso, y que esta cara oscura es evidente para cualquier músico. Para empezar, el hecho de que la gente pueda quedarse en casa escuchando los grupos que quizá quiera ver alguna vez en directo propicia que, en muchos casos, deje de asistir a los conciertos. Cuando la gente se congregaba en una sala a la que asistía asiduamente, no sólo lo hacía por la confianza depositada en el programador, sino también, y muy especialmente, porque la sala actuaba como lugar de encuentro. Llegaba

el sábado y todos iban a ese o a aquel sitio, donde se encontraban con los suyos y, de paso, tomaban unas copas arropados por la música en directo. Ahora, la disparidad de gustos ha acabado truncando los planes de los grupos de amigos, que muchas veces apuestan por la opción mucho más segura de meterse en un bar o una discoteca con música enlatada.

Todo esto ha conllevado un segundo problema. Puesto que las salas de conciertos han dejado de tener un público fiel, dependen en gran parte del que el grupo musical es capaz de generar a través de sus propios medios, es decir, a través de internet. Las bandas pasan entonces a estar en competencia de la misma forma que sucedía en los circuitos comerciales veinte años atrás. Quien no disponga de dinero, deberá invertir en tiempo de trabajo de oficina, delante del ordenador, difundiendo su propia música e intentando captar más seguidores que su competidor. Porque si no logran suficientes seguidores saben que, simplemente, no tocarán en las salas. Ya no depende de lo bien que lo hagan, de lo original que sea su propuesta ni de lo que pueda llegar a gustarle a un programador. Depende casi en exclusiva de lo que antes se llamaban criterios comerciales, que estaban destinados exclusivamente a las grandes compañías. La música alternativa tal como se conoció, hoy, sencillamente, ha muerto.

Nicolás se dio cuenta rápidamente de esta transformación de la que era víctima la música en directo en los circuitos alternativos en los que siempre se había movido. De pronto, las salas empezaron a preguntarle por las páginas de MySpace y de Facebook de los grupos con los que tocaba, y empezó a recibir respuestas negativas. Alegaban que esas formaciones no tenían suficientes seguidores, y que antes deberían trabajar más esta cuestión. Si la banda quería tocar, a menudo sólo tenía la opción de alquilar la sala y, por lo tanto, de asumir ella misma el riesgo. La sala no estaba dispuesta a asumir riesgos si la banda no demostraba con creces haber hecho su trabajo

en las redes sociales.

En 2013, cuando toda esta dinámica estaba en pleno apogeo, Nicolás se encontraba muy involucrado en un nuevo proyecto. Se trataba de un grupo de funk fusión, con toques de electrónica, integrado por cinco componentes. Habían pasado medio año componiendo canciones propias y trabajando en algunas versiones y había llegado el momento de plantearse salir en directo, por lo que empezaron a planear una pequeña gira por diversas salas españolas.

A pesar de tener contactos con diversos programadores, sabían cuáles eran los pasos que debían llevar a cabo. Primero, diseñaron una sencilla página web con la ayuda de WordPress. En ella explicaban los orígenes del grupo y las motivaciones, presentaban a todos los componentes y relataban sus distintas procedencias. Colgaron algunas fotos que se habían hecho en el local de ensayo y pusieron todos los datos de contacto del grupo. Era crucial crear una dirección de correo desde la que gestionar la comunicación con las salas, y a la vez crear un perfil en Facebook que canalizara todo el movimiento de la banda y de sus seguidores. También tuvieron que crear un perfil paralelo en una plataforma llamada Bandcamp, que les permitía poner sus grabaciones a disposición del público y de los programadores. En una semana lo tuvieron todo en marcha, y sólo les quedó distribuir esa información entre los programadores de salas para empezar a montar la gira.

Lo primero que le pasó por la cabeza, y no sin razón, fue contactar con una sala de Madrid en la que años atrás había tocado más de una vez. Sabía que esa sala nunca había funcionado con el sistema de alquiler, y su idea era empezar la gira por ahí. Conocía bien a los responsables del local y sabía que sus gustos musicales coincidirían con la nueva propuesta que estaban poniendo en marcha. Así, con toda esta información y convencido de que conseguir ese concierto le resultaría fácil, les envió directamente un correo

electrónico y esperó su respuesta. Pero pasaron los días y no dieron señales de vida. Nicolás insistió, les envió otro correo que tampoco contestaron. Extrañado, cogió el teléfono y llamó al móvil de la persona a quien había dirigido los correos, pero nadie respondió a su llamada. Lo intentó algunas veces más, en distintos momentos del día y de la semana, y siguió sin posibilidad de contactar con nadie.

Al cabo de unos días, harto de ese extraño silencio, decidió coger la moto un jueves por la tarde y plantarse en la sala. Entró y se dirigió directamente a un camarero con el que había hablado algunas veces, y le preguntó por el responsable con nombre y apellido. Cuando apareció, este le saludó como si nada. ¿No has recibido mi correo?, le preguntó Nicolás. Sí, quería contestarte pero hemos andado desbordados. Nicolás pensó que había algo implícito en esa respuesta, eso a lo que hemos llegado a acostumbrarnos pero que no deja de ser extraño. Si no te contestan, se sobreentiende que es un no.

Y, efectivamente, así era. Lo que en resumen le dijo el responsable de la sala, ahora tan amable cara a cara, fue que no podían aceptar un grupo con tan pocos seguidores en Facebook. Aunque lo conocieran. Aunque supieran que tendrían un buen directo. Simplemente, las cosas ya no funcionaban así. Es más, parecía haber cierto aire de incomodidad, incluso de enfado, implícito en su tono. ¿Cómo te atreves a enviarme una propuesta con tan pocos seguidores? ¿Cómo te atreves a hacerme perder el tiempo de esta forma? Algo similar. La recomendación que recibió entonces Nicolás fue que volviera a su casa con aquella dosis de realidad y que dedicara unos días a hacer crecer los perfiles digitales de la banda, porque con lo que tenían entonces no irían a ninguna parte.

Nicolás, convencido de que los tiempos habían cambiado, se marchó de vuelta a su casa con la intención de empezar a dinamizar el perfil de su banda. Lo primero que hizo fue consultar los perfiles de Facebook de los

grupos que habían tocado durante el último mes en esa sala de Madrid, y vio que todos tenían entre dos y tres mil seguidores. El suyo, recién creado, apenas tenía veinte. Vista esta cruda realidad, Nicolás envió un mensaje al resto de integrantes de la banda para que hicieran lo mismo que él estaba a punto de hacer. Les pidió que dedicaran algo de tiempo a ponerse delante del ordenador y a empezar a enviar solicitudes a sus amigos más próximos.

Al cabo de unas semanas, y a base de insistir a todos sus conocidos, lograron aumentar la cifra de seguidores a poco más de doscientos. No estaba nada mal, pero aun así no era suficiente, y estaba claro que no crecerían hasta dos mil mediante ese método, porque todos los amigos que iban a hacerse seguidores ya lo habrían hecho a esas alturas. Los siguientes días, que deberían haber dedicado a ensayar y a crear nuevos arreglos para sus canciones, decidieron hacer algo que les reportaría, al parecer, muchos más beneficios. Decidieron reunirse en un cibercafé con un portátil y dedicarse a elaborar una estrategia para aumentar significativamente el número de seguidores de su perfil en Facebook.

Tuvieron varias ideas, algunas con cierto sentido y otras completamente locas y sin lógica alguna. Al final, la única que parecía viable era invertir en publicidad. Decidieron invertir un importe fijo cada uno y reunir quinientos euros, que destinarían a la publicidad mediante Facebook, más otros poco más de mil euros que destinarían a aparecer en las búsquedas de Google. No obstante, cuando estaban a punto de cerrar el trato y convencidos de lo que iban a hacer, a Nicolás se le ocurrió una nueva idea. Se dirigió al grupo y les dijo que sí, que de acuerdo, que iban a hacer todo eso de la inversión, pero que antes le dejaran probar un experimento, jugar una última carta. Si no salía bien, entonces sería el primero en poner dinero de su bolsillo para publicidad. No les desveló la idea, más o menos descabellada, que se le había pasado por la cabeza. Sólo les pidió que esperaran una semana más y que confiaran en él.

Lo que se le ocurrió a Nicolás sigue pareciéndome a día de hoy una de las locuras más originales que he oído para darle la vuelta a internet y a los problemas que plantea. Se dio cuenta, después de reflexionar acerca de cómo esta tecnología ha cambiado en gran medida el mundo de la música, de que lo que ocurre en el fondo es que ha conllevado un cambio de criterios. El mundo virtual ha pasado en cierta forma por delante del mundo real. Las grabaciones que cuelgan las bandas en sus páginas de Bandcamp, las fotos de Instagram y los seguidores de Facebook, o en resumen internet, han pasado a ser una condición previa para que exista o no el mundo real. Es decir, para que un grupo pueda tocar o no en directo. Entonces, si lo que importa es sobre todo el mundo virtual, ¿por qué no aprovecharse de él y crear una realidad a medida de lo que ocurre en internet?

A efectos prácticos, lo que Nicolás hizo fue buscar una banda americana por Facebook, una banda que sonara un poco como la suya, que tuviera un número significativo de seguidores y que llevara cierto tiempo de inactividad. Encontró una, originaria de Atlanta, suficientemente lejos, que contaba con unos ocho mil seguidores y llevaba un silencio digital de más de un año. Pudo consultar además su agenda de conciertos pasados y comprobó, tal como sospechaba, que nunca habían pisado Europa. Comprobó también que no había ningún registro de conciertos futuros, lo que confirmaba su sospecha de que el grupo se había disuelto unos meses atrás.

Con toda esta información sobre la mesa, Nicolás se puso en contacto, esta vez directamente por teléfono, con otra sala a cuyos responsables no conocía personalmente. En la conversación que mantuvieron, se hizo pasar por un pequeño promotor español, de nombre inventado, que traía de gira a la banda americana en cuestión y que les proponía un concierto en su sala. Les pasó todos los datos del grupo y su propio teléfono de contacto para que pudieran examinar toda la información con calma y le llamaran rápidamente para darle

una respuesta. Estoy cerrando la gira esta semana, les dijo. En un par de horas le sonó el teléfono. Le estaban ofreciendo un concierto.

Ante la grata sorpresa de que su idea pudiera llegar a funcionar, convocó a su grupo para una reunión de urgencia y les explicó su plan. A efectos prácticos, la situación comportaba dos cosas que evidentemente no habían planeado. La primera, que debían cambiarse el nombre por el de la banda americana. Esto no suponía un gran problema ni a efectos legales, puesto que el nombre no estaba registrado, ni a efectos de identidad, puesto que esa banda en cuestión lo único que quería hacer era tocar en directo y poco más.

El segundo aspecto que debía tenerse en cuenta era la puesta en escena. Por supuesto, el público que asistiera al concierto atraído, por toda la información que había podido consultar en internet, luego no podía llegar al concierto y encontrarse con unos músicos distintos o con una estética distinta. Decidieron, pues, examinar con atención todas las fotos de la banda americana y tratar de emular su estética. Y para evitar que les pudieran identificar como músicos distintos a la banda original, decidieron disfrazarse con gafas estrafalarias y pelucas, algo que además encajaba bien con el estilo funk que proponía la banda.

Una vez de acuerdo con todos esos puntos tan vitales para lograr que funcionara su plan, fijaron entre todos el nombre clave del promotor ficticio, Juan García, y se repartieron los territorios españoles. Cada uno se encargaría de hacerse pasar por el promotor en cuestión con las salas listadas y asignadas. Tuvieron también en cuenta los responsables de sala que cada uno pudiera conocer personalmente, para evitar que reconocieran sus voces. En esos casos, otro miembro de la banda tomaría el relevo. Siguiendo este método, en poco más de una semana habían cerrado una gira completa por España bajo el nombre de la banda americana.

A medida que avanzaba la gira, se fueron sintiendo cada vez más cómodos

en el papel de la banda americana, cada vez más integrados en sus disfraces improvisados. A pesar de que la banda de Atlanta era sobre todo un grupo de versiones de clásicos de funk, lo que les iba como anillo al dedo, también tenían unas pocas canciones propias. El grupo de Nicolás, que ya le encontraba toda la gracia al enmascaramiento, llegó incluso a versionar un par de esas canciones originales de los americanos, que colaban entre su repertorio.

Los treinta conciertos, que tuvieron lugar por toda la Península entre septiembre y noviembre, fueron casi siempre un gran éxito. El público disfrutó con la música, bailó y lo pasó en grande con aquella supuesta banda americana que visitaba por primera vez España. Y nadie sospechó ni un segundo que en realidad no se trataba de la verdadera banda.

No obstante, Nicolás y sus amigos eran conscientes que en cualquier momento podría aparecer un problema grave. Las fotos y vídeos que tomaba el público en los conciertos acabarían tarde o temprano en la red, probablemente etiquetados con el nombre de la banda americana. Era cuestión de tiempo que la banda original se diera cuenta e hiciera algo al respecto. Sin embargo, aquí es donde quedó clara la sutileza del plan de Nicolás, que lo había previsto todo. Si había buscado precisamente una banda cuya actividad hubiera cesado durante muchos meses fue porque creyó que de esta forma lograrían superar este obstáculo. Y así fue. A pesar de que la página de Facebook de la banda americana se iba llenando más y más de información acerca de la gira europea, nadie dijo nada. Sólo algún que otro comentario de unos pocos seguidores americanos, felicitándoles por haber cruzado el charco. Pero nada más. Probablemente, como suele ocurrir y como imaginó Nicolás, cuando un proyecto muere a nadie se le ocurre seguir visitando las antiguas páginas como si fuera una tarde de domingo con flores al cementerio.

Cuando regresó de la gira, Nicolás se tomó un par de semanas de descanso en Madrid. Reflexionando sobre todo lo ocurrido, estaba realmente sorprendido del éxito que había tenido su plan. Por un lado, había encontrado un filón que podría explotar durante un tiempo, por lo menos hasta que se agotara o le explotara en sus propias manos. Pero, por otro, todo aquello tenía algo de trágico. Era la confirmación definitiva de su sospecha de que internet era una inmensa patraña. Fue entonces muy consciente que internet no es más que una realidad alternativa y autónoma, totalmente desconectada de la del mundo real, que uno puede moldear y manipular a su antojo. Y con todas estas ideas en la cabeza se planteó una pregunta muy pertinente. ¿De qué sirve tratar de conectar la vida real con la virtual, cuando podemos crearnos una virtual a nuestro antojo, completamente independiente de los problemas que tengamos en la real?

A modo de respuesta, Nicolás se dedicó entonces a borrar todas las páginas y perfiles que había estado coleccionando con el tiempo en internet. Borró su perfil personal en Facebook y todas las páginas de los grupos de música de los que formaba parte o había formado parte en el pasado. Borró también sus cuentas de Twitter e Instagram. Eliminó toda la información que había ido colgando en páginas de música como Bandcamp y las páginas web de sus diversos proyectos. Por último, canceló su cuenta de correo electrónico y borró todas las contraseñas que su ordenador había estado almacenando a lo largo del tiempo.

Nicolás había tomado la decisión irrevocable de que sus perfiles virtuales serían a partir de entonces sólo eso, puras virtualidades que utilizaría a su antojo, sin ninguna conexión con la realidad. Así, su desconexión fue completamente distinta a todas las demás: no se había desconectado de internet, sino que logró desconectar internet de su vida real. Desde aquel momento, Nicolás, un personaje anónimo que no existe en la red, se

enmascara a su antojo mediante identidades falsas entre el mundo virtual y el real, identidades que utiliza en sus proyectos para sus propios propósitos. Ha pasado a ser como uno de esos espías de película, que andan arriba y abajo con una maleta llena de pasaportes falsos. Ninguno refleja sus identidades reales, que guardan sólo para ellos, pero el hecho de disponer de todos ellos les permite moverse por un mundo ficticio, inventado, con total impunidad.

Habrá quien dirá que esto es puro cinismo. Eso mismo me dijo el propio Nicolás en la conversación que mantuvimos. Pero ¿no son el anonimato y la reapropiación dos de las características más evidentes de internet? A su modo de ver, lo único que hace él es reapropiarse de perfiles, de la información que la gente cuelga en internet, de la misma manera que otros se reapropian de fotografías, de vídeos o de textos. Además, de esta forma tiene el convencimiento absoluto de que su vida real pasa a ser todavía más real, porque está protegida. Hoy, la privacidad es un lujo. Hoy Nicolás, al no tener ninguna conexión con lo que ocurre en internet, al estar bajo el paraguas del anonimato, siente que su vida ha sido devuelta de alguna forma a su dimensión más real.

Nicolás tiene treinta y seis años, vive en Madrid y lleva dos años y medio desconectado.

KAYA Y LA FIESTA

En Barcelona hay un restaurante que ha optado por una peculiar táctica publicitaria. Los propietarios, una pareja de jóvenes argentinos afincados desde hace años en España, decidieron un día que querían desaparecer de internet. No fue una decisión tomada por cuestiones prácticas, como sucede en tantos casos, sino más bien por una cuestión de principios. Son defensores del movimiento Slow Food y de su filosofía derivada, denominada Slow, según la cual deberíamos recuperar ciertos ritmos más pausados del pasado, y decidieron que tener un local limpio de tecnologías como internet podría contribuir a sus idearios.

La limpieza empezó por las guías gastronómicas de la ciudad y continuó por portales como TripAdvisor. Sin embargo, a pesar de que consiguieron desaparecer con relativa facilidad de estas páginas, seguían apareciendo aquí y allá en las búsquedas de Google. Para paliar este inconveniente, dedicaron un mes entero a entrar página por página en todos los sitios en los que aparecían, y a comunicar a los responsables de los contenidos su decisión, para así ir borrando poco a poco su huella digital. Asimismo, pusieron una alerta en Google con el nombre de su restaurante, por lo que pasaron a recibir un correo electrónico cada vez que aparecían indexados en el buscador. En cada una de estas ocasiones, trataron de limpiar su rastro lo más rápidamente posible.

Al cabo de unos meses siguiendo meticulosamente esta estrategia, sucedió

lo que habían estado persiguiendo desde el primero momento en que surgió esa idea. El restaurante, un lugar informal en el que degustar empanadas y tomar unas copas, decorado con cierto aire bohemio, se convirtió en un local de referencia. Se podría decir sin exagerar que se convirtió incluso en un lugar de culto, un sitio que sólo conocían las personas más conectadas con la ciudad, los que estaban más al día, un restaurante que no cualquiera podía hallar por internet. No nos encontrarás en internet, podía leerse en la pared del local.

Para hacer todavía más evidente su filosofía, evidentemente, en el local no había conexión a internet ni prácticamente cobertura de móvil. Aquí no hay wi-fi, habían escrito en otro cartel. Además, en cada mesa había una pequeña cestita en la que se invitaba a los clientes a aparcar sus teléfonos. Convirtieron su local en un oasis libre de conexión.

Alguien podría pensar que, a pesar de que esta clase de estrategia puede despertar cierta simpatía, corre en seguida el riesgo de caer en el localismo. Existe el peligro de que se convierta en algo que prioriza a la gente local, de la ciudad o incluso del barrio, y acabe muriendo por sí solo. Sin embargo, ocurrió justo lo contrario. El lugar empezó a llenarse también de visitantes ocasionales que habían oído hablar del pequeño restaurante. Evidentemente, no hay mejor publicidad que la confidencialidad y la exclusividad. Si te dicen que hay un magnífico lugar difícil de encontrar, o que la gente no suele conocer, lo más probable es que te pique la curiosidad y el gusto por la distinción y, de pronto, desees a toda costa visitarlo. Este es precisamente el secreto del éxito de este restaurante barcelonés.

Algo parecido le sucedió a Kaya cuando empezó a organizar fiestas privadas. Ella es inglesa, de veintiséis años de edad, y trabajó durante algún tiempo en el mundo de la moda. Como es lógico por su perfil profesional, pasó muchos años hiperconectada. Hasta que un buen día decidió cambiar de

trabajo y, de paso, dejar internet.

Con Kaya nos encontramos una tarde de invierno en un pequeño café cerca de Hackney, en Londres. Siempre que visito la capital británica tengo una extraña sensación de control, como si se hubiera cumplido trágicamente la profecía de Orwell. Londres es hoy una ciudad medio digital, en la que la realidad se mezcla con la virtualidad en cada esquina. Llena de pantallas ostentosas y de cámaras de registro, uno entiende rápidamente por qué una serie de televisión como Black Mirror, que imagina las atrocidades de las nuevas tecnologías, sólo habría podido concebirse aquí. Es difícil no tener la sensación, cuando caminas por sus calles o utilizas el transporte público, de estar vigilado a cada paso por un ojo gigantesco.

Aunque esta es una idea que se está extendiendo por el mundo entero, no deja de ser curioso que lo que ella me explicó ocurriera precisamente en ese escenario. Cuando terminó sus estudios de moda, Kaya empezó a hacer prácticas en una pequeña empresa que vendía ropa de jóvenes diseñadores por internet. A pesar de estar ahí con un contrato de prácticas y de cobrar muy por debajo del salario mínimo, pasaba muchas horas encerrada en la oficina y hacía prácticamente de todo. Catalogaba prendas, redactaba las descripciones, publicaba los contenidos en la página web e incluso posaba a menudo como modelo para las fotografías del catálogo. Ya sabía cómo estaba el mercado. Si no lo hacía ella lo haría otra, así que en el fondo más le valía estar agradecida.

Además, muchos otros hacían y siguen haciendo lo mismo gratis, añadió. Entre todos estamos llenando la red de contenido constantemente. Lo hacemos a distintos niveles, está claro. No es lo mismo quien se dedica a mostrar sus atuendos diarios en un blog de moda que quien publica una poesía improvisada en su perfil de Facebook. Los primeros, tarde o temprano quizá logran lucrarse, pero al final la banca siempre gana. Quien siempre

acaba beneficiándose de todo este contenido son los propios contenedores. Facebook, Instagram, Twitter y otros, y Google por encima, como el guía espiritual de todos ellos, no existirían sin todo este material que les regalamos a diario. Es este el contenido que genera el tráfico de miradas a las que se dirige todo su aparato publicitario. Unos y otros sonreímos gratamente mientras compartimos los resultados de esta explotación enmascarada. Convertimos nuestro tiempo libre en horas de trabajo gratuito que obsequiamos a todas las plataformas que gustosa y generosamente nos acogen.

De todas formas, cabe decir que a Kaya la explotación no le pesaba demasiado. En parte porque, aunque poco, le pagaban algo por su trabajo, y en parte porque haciéndolo lo pasaba francamente bien. La empresa era joven, dinámica y ambiciosa, y daba un trato agradable a los muchos trabajadores con los que contaba, jóvenes en su mayoría en prácticas.

Una de las iniciativas más estimulantes y mejor valoradas que llevaba a cabo la empresa para sus trabajadores eran las fiestas que organizaba cada fin de semana en el ático de sus oficinas. El evento era esperado por todos y raramente faltaba ninguno de los jóvenes empleados. Todos tenían permitido llevar a tantos amigos como quisieran, a los que se invitaba a contribuir con una entrada de cinco libras. Entre todos los asistentes, el evento acababa convirtiéndose siempre en una gran y vistosa fiesta.

Cuando Kaya llevaba varios meses trabajando para esa empresa y ya había asistido a muchos de esos eventos, un día cayó en sus manos un artículo que hablaba de las vacaciones de primavera americanas y de las oleadas de universitarios que durante esas fechas invaden Florida. El artículo reflexionaba sobre la forma en que las nuevas tecnologías han cambiado el comportamiento de todos aquellos estudiantes durante el período de vacaciones.

Como es bien sabido, tradicionalmente estos viajes a Florida se convierten en períodos de desmadre para los estudiantes. Representan un descanso de su dura vida académica en el que, lejos de la mirada de padres y profesores, se trasladan en manada a una playa lejana para divertirse sin límites. Ahí, a modo de huida momentánea, todo está permitido. Sexo, drogas y rock and roll. En las habitaciones y en los pasillos, por las playas y por las calles.

Sin embargo, el punto crucial que enfatizaba el artículo es que todo esto ha virado por completo en los últimos años. Se ha moderado. Y este cambio viene dado en exclusiva por la transformación que ha provocado internet en nuestra forma de ver el mundo. Exponerse ahora salvajemente en la vía pública ha pasado a significar exponerse al mundo entero. Si alguien es fotografiado tomando drogas, o desnudo en medio de la calle, la imagen pasa automáticamente a formar parte de un material que tarde o temprano acabará llegando a los ojos de padres y profesores, y a los ficheros de los futuros responsables de recursos humanos que se encargarán de decidir quién obtiene un futuro empleo. Un día Florida dejó de ser un oasis, un refugio, un punto ciego a las miradas de reprobación.

Para Kaya, lo más curioso del caso es que desde hace unos años, desde la explosión de las redes sociales, todos estos estudiantes han dejado de comportarse como realmente quieren, como lo habrían hecho en el caso de seguir libres de miradas. Al contrario, han pasado a comportarse como quieren ser vistos. Sucede como con esas fotos de boda en las que la gente guarda la compostura cinco minutos después de haberse estado desmadrando con la corbata atada a la cabeza. Cuando el fotógrafo está a punto de disparar, rápidamente se abrochan el cuello de la camisa y se peinan, como si nada hubiera ocurrido. Porque es así como quieren que les recuerden los novios y su familia en el futuro. Ahora la diferencia, en Florida y en todo el mundo, es que el fotógrafo puede disparar en cualquier momento.

A Kaya le impresionó profundamente ese artículo y le dio mucho que pensar. Había algo en todas esas fiestas a las que asistía que en cierta medida le recordaba a la reflexión acerca de las vacaciones de primavera. A diferencia de lo que ocurría en Florida, en las fiestas de su oficina la gente no actuaba distinto por temor a la mirada de padres o de profesores, pero sí pensaban más en la foto que se colgaría el día siguiente en las redes que en la fiesta en sí.

Toda esa gente, en gran medida relacionada con el mundo de la moda, en cierto modo seguía trabajando durante la fiesta. Nunca lograban relajarse y disfrutar porque debían estar siempre perfectos, siempre con sus mejores poses y sus mejores sonrisas. Al final, la fiesta era cosa de una noche, pero la foto o el vídeo resultantes quedarían en sus perfiles durante años. Y serían vistos por mucha más gente. Amigos y familiares, sí, pero también agentes de moda y publicistas, o simples curiosos al azar. Ser o no ser una persona a la última, una persona deseable y deseada, una persona admirada que marca tendencia, dependía mucho del gran álbum del día a día, de la colección de fotos que se iban amontonando en el perfil después de eventos como ese.

Precisamente por este motivo, se dijo Kaya, en las fotos de Facebook repetimos hasta la saciedad las mismas poses, los mismos guiños. Porque está todo estudiado, porque forma parte de nuestra imagen de marca personal. Y porque estamos siempre al tanto del fotógrafo accidental, siempre al acecho con su teléfono móvil y dispuesto a subirlo todo de inmediato a la red.

Convencida de esta nueva idea que le invadió, Kaya fue forjando poco a poco una nueva visión del mundo. No sólo en las fiestas sino en cualquier clase de evento privado, en los que en teoría los amigos deberían estar sólo para los amigos, empezó a analizar el comportamiento de todos los presentes. En cierta forma había siempre el omnipresente Gran Hermano por encima de todos ellos, el ojo controlador de Orwell, o ahora del santo Google y su

descendencia, supervisándolo todo. Era internet la herramienta que les había convocado. Y luego, durante la fiesta, cualquier indicio de improvisación se veía inmediatamente truncado cuando alguien enfocaba la escena con un teléfono móvil. Las conversaciones se interrumpían, las risas se cortaban, los bailes alocados de pronto se controlaban y se convertían en poses casi estáticas. La fiesta, el mundo, no era sino una gran sesión fotográfica para todos sus participantes, que habían llegado a tener casi inscrito en su código genético que eran las pequeñas estrellas de cine de su modesto canal particular.

Progresivamente, a medida que todo esto se le hacía cada vez más patente, en la mente de Kaya se fue forjando una propuesta. No la guardó para sí misma, sino que empezó a comentarla con todos los que se cruzaban en su camino, curiosa por averiguar su opinión al respecto. ¿Qué te parecería, de vez en cuando, una fiesta realmente privada, sólo para nosotros, en la que no se dejara tomar fotos, una fiesta casi secreta, que no se pudiera publicar en ninguna parte?, empezó a preguntarles a sus amigos y colegas más próximos. Y aunque había quien le decía que era una gran estupidez, que cuál es el sentido hoy de una fiesta si no dejas que el mundo la vea y la comparta, la gran mayoría respondía muy favorablemente y con una sonrisa. Yo iría. ¡Qué alivio!, añadían. Hasta que un día, sin pensarlo mucho, respondió lanzando una oferta firme. De acuerdo. El viernes que viene en mi casa.

La fiesta tuvo tal éxito de convocatoria y de comportamiento que Kaya quedó completamente satisfecha. Todos los asistentes comprendieron perfectamente su intención y colaboraron en cada pequeño detalle. Para empezar, a nadie se le ocurrió publicar el evento en Facebook ni en ningún otro lugar de internet. Pero sí hacer difusión directa hacia toda la gente que creyó que podía estar interesada en la experiencia. Luego, hubo todos los detalles que sumados hicieron de la fiesta un triunfo rotundo. La mayoría de

los asistentes dejó directamente el móvil en sus casas y a nadie se le ocurrió tomar una foto ni grabar ningún vídeo. No hubo mensajes de WhatsApp ni llamadas. A nadie, en definitiva, se le pasó por la cabeza ponerse a consultar la pantallita de su teléfono en medio de la fiesta.

Le pregunté cómo podía estar tan segura de que todo el mundo había seguido las normas. Quizá alguien había colgado información en algún lugar de internet, o quizá alguien había tomado alguna foto sin que ella se percatara. Kaya me sonrió con algo de condescendencia. Todos sois iguales – me lanzó—. La verdad es que no tener internet me ha llevado a volver a confiar mucho más en la gente. Además, no se trata de ir controlando uno a uno si encienden o no sus teléfonos. Se trata de algo intangible, algo que se percibe en el ambiente.

Para ilustrarme la situación, Kaya me contó una historia. Me relató, tratando de contener la risa, un caso revelador que ocurrió en esa primera fiesta. Un buen amigo suyo le explicó, casi avergonzado, que después de pasar un par de horas ahí había tenido un momento de debilidad y no se había podido contener. Se encerró en el baño y sacó su móvil para consultar si tenía algún mensaje nuevo en Facebook o en WhatsApp. Como un yonqui, me dijo. Y con mucha probabilidad no fue el único que lo hizo, aunque fuera el único caso del que Kaya tuvo noticia. Lo interesante es que su amigo sintió la necesidad de encerrarse en el baño porque tuvo la convicción de que sacar el móvil en medio de la fiesta hubiera sido traicionar el principio profundo y real de la celebración. Kaya me lo repitió: algo se respiró en el ambiente.

Pero más allá de esas nimias anécdotas puntuales, lo importante es que la fiesta fue una victoria y logró con creces sus objetivos. Las cerca de cincuenta personas que asistieron gozaron de una tranquilidad y de una sensación de libertad que no habían vivido en mucho tiempo. Todos bebieron, se rieron, bailaron como locos, se quitaron los zapatos y las prendas

que sobraban, se ensuciaron. Algunos se besaron en público. Otros, exhaustos, se quedaron dormidos en el sofá. Y todos, sin excepción, perdieron la compostura y se liberaron de la presión de la imagen que puede llegar a publicarse.

Lo más fascinante fue que la fiesta acabó siendo mucho más desenfadada y salvaje de lo que probablemente habría sido una celebración similar antes de que apareciera internet. Como suele ocurrir en muchos casos, el contraste con lo que ha pasado a ser normal y habitual lo enfatizó todo, hizo de ello algo todavía más diferenciado y especial. La gente estaba expectante respecto del acontecimiento, deseaba desde el fondo de sus entrañas liberarse de los grilletes de tener que estar siempre guapos, siempre correctos. De estar pensando siempre en lo que quizá se publique mañana. Estaban deseosos de encerrarse en un lugar controlado, aislado de miradas ajenas. Y de vivir de nuevo únicamente el presente.

En un principio, a Kaya ni se le había pasado por la cabeza repetir la experiencia. Se trataba más bien de algo que había querido probar, algo cuyos resultados la habían dejado ya satisfecha. Sin embargo, después de tan sólo una fiesta pasó a ser conocida entre mucha gente como esa chica que organiza eventos exclusivos, secretos. De pronto, los días siguientes empezó a recibir un aluvión de llamadas telefónicas de amigos que le preguntaban para cuándo se había fijado la siguiente. Nadie quería perdérsela, y eso era algo que podía suceder fácilmente porque, claro está, no se publicaría en ninguna parte.

Kaya sintió que había creado algo grande, algo que proporcionaba el tipo de huida que la gente realmente necesitaba. Y fue precisamente este aspecto el que la impulsó a poner en marcha el proyecto, a organizar más, mayores y mejores fiestas con esa misma filosofía. Para empezar, gozaba de ser el centro de atención, con mucha gente alrededor expectante de algo que

satisfacía una necesidad profunda. Luego se dio cuenta de que era algo de lo que podía llegar a vivir. La sed con la que ansiaban y le suplicaban otra ración de fiesta se lo demostraba. Y las muchas peticiones de invitar a amigos de amigos lo confirmaban. En definitiva, el negocio podía ser tan fácil como colocar una barra de bar y cobrar por las bebidas. Y el secretismo inherente a las fiestas les proporcionaría el encanto añadido de no tener que pagar demasiadas tasas ni impuestos, ni por supuesto campañas publicitarias.

Por último, el factor decisivo que le hizo optar definitivamente por convertirse en organizadora de eventos fue que creyó que podría ser una manera excelente de adquirir nuevos contactos. La mejor manera, en realidad, porque en la era de internet, en la que todos están conectados con todos pero de un modo superficial, el contacto directo pasaba a valorarse más. Y, rizando el rizo, la organizadora de un evento que prioriza el contacto directo, exclusivo, y se olvida de internet pasaría a ser sumamente apreciada y querida. Incluso casi una especie de gurú. Y así fue.

Kaya lleva más de un año organizando periódicamente esta clase de fiestas secretas en distintos lugares de Londres. No es fácil enterarse de ellas, porque todos los asistentes asumen el compromiso casi religioso de comunicarlas sólo de boca a oreja. Si yo tuve la suerte de experimentarlas fue porque, después de nuestra reunión, Kaya me invitó a una que había organizado para la noche siguiente en una fábrica abandonada a las afueras de Londres.

La antigua fábrica acogía a unas ochocientas personas. Había un fondo extraño, formado por una luz azulada tenue que no variaba, y por el bombeo incesante de música electrónica que pinchaba un disc jockey. Lo primero que me llamó la atención fue que la actitud de todos los participantes era casi ceremonial. Todos estaban entregados en cuerpo y alma a la fiesta. Nadie en una realidad paralela o alternativa. Ninguna pantalla encendida. Todos hablaban entre ellos, bailaban, bebían, reían.

Una de las sensaciones más agradables que tuve fue la de estar inmediatamente en familia, arropado por completo desde el momento en que puse un pie en la sala. La gente se miraba directamente a los ojos, sin tapujos, sin desvíos. Qué rápido nos hemos acostumbrado, en los metros y en los autobuses, en los locales y cuando andamos por la calle, a no mirar y a que la gente no nos mire. Porque nuestro teléfono siempre tiene algo más sugerente que contarnos. Entrar en un lugar como aquel, y con la predisposición de saber que es un oasis libre de tecnologías de comunicación, le crea a cualquiera unas ganas muy poderosas de regocijarse en la mirada. De interactuar con los que están al lado. Y la misma sensación que tuve yo también la tuvieron los demás. Entonces comprendí inmediatamente ese aire de condescendencia de Kaya, y esa frase que me había repetido varias veces. Sí, algo se notaba en el ambiente.

Kaya centró tanto su vida entera en la filosofía de la desconexión y pasó a relacionarse hasta tal punto con gente que apreciaba su actitud que empezó a ser conocida en varios círculos londinenses como la Exconectada. Fue cuestión de tiempo que, por pura falta de interés, fuera prescindiendo poco a poco de todas las redes sociales, los correos electrónicos y las consultas a páginas web. Progresivamente fue abandonando toda su actividad relacionada con internet hasta que, ya por falta de uso, apagó finalmente el router de su casa. Convencida hasta la médula de la decisión que estaba tomando, rescindió el contrato de internet de su casa y canceló el que tenía con su operadora de móvil. Guardó su teléfono inteligente en un cajón y desde entonces utiliza únicamente el fijo. Quizá es sólo un argumento para promocionar sus fiestas, pero ella asegura que desde entonces se siente liberada y con una conexión mucho más profunda con el mundo.

Kaya tiene veintiséis años, vive en Londres y lleva ocho meses desconectada.

WENDA, JÉRÔME Y EL FUTURO

Trata de imaginar cómo será el mundo dentro de veinte años. Sobrecoge, ¿no? Eso me dijo Wenda a modo de saludo, a medio camino entre la propuesta y la advertencia. O, más fácil –añadió–. Trata de imaginar cómo será dentro de diez años. De cinco, si quieres.

Wenda es originaria de Curitiba, Brasil, pero hace ya tiempo que vive en París. Ahí conoció a Jérôme. Se enamoraron y un día se quedó embarazada. Entrara o no en sus planes, el bebé les obligó a enfrentarse a ciertos cambios importantes que no se habían planteado hasta entonces. Lo primero que hicieron fue optar por compartir vivienda. Empezaron inmediatamente a planificar cómo sería su vida en común, entre ellos y con un tercero que estaba de camino. La ilusión era patente. Ambos tenían por fin un trabajo estable y se sentían preparados para dar ese considerable paso.

Cuando por fin encontraron un apartamento apropiado cerca de Belleville y empezaron a compartir su día a día, a medida que la barriga de Wenda iba creciendo y que el parto se aproximaba, sus conversaciones fueron cambiando, virando cada vez más a menudo hacia cuestiones relacionadas con quien estaba por llegar. Empezaron a hablar de nombres, de cómo organizarían su vida diaria cuando terminaran sus meses de baja laboral, de qué harían por vacaciones y otros temas por el estilo.

Un día cualquiera, durante una de esas conversaciones, a medio camino entre lo banal y lo vital, surgió un atisbo de duda. En realidad, lanzaron al

aire una pregunta. ¿Cómo será el mundo cuando nuestro hijo se haga mayor? Y lo que empezó casi como una curiosidad, como una anécdota, una pregunta que podría no haber recibido respuesta, fue convirtiéndose poco a poco en un relato sobre cómo imaginaban el futuro. Una reflexión sobre qué responsabilidad implica poner a una nueva persona en este mundo.

No fueron pocas las preocupaciones que marcaron la conversación, pero una de ellas acabó eclipsando a las demás. Empezó entonces una discusión sobre las nuevas tecnologías, sobre la forma en que están afectando a las relaciones humanas, sobre si seguirán haciéndolo en el futuro. Y especularon sobre cómo iba a evolucionar internet, sobre cómo iban a transformarse los dispositivos electrónicos. Pero ante todo, lo que les preocupó en aquel momento fue la manera en que estas supuestas evoluciones podrían llegar a repercutir en sus usuarios. O dicho de otra manera, para qué negarlo, cómo podrían repercutir en su futuro hijo.

Por supuesto, los teléfonos móviles tal como los conocemos hoy desaparecerán, auguró Wenda respondiéndose a sí misma. En los últimos años estos dispositivos han ido haciéndose cada vez más grandes porque han pasado a ser dispositivos de visionado, es decir, pantallas. La gente quiere ver, y quiere ver más y mejor. Pero esto es transitorio. En breve desaparecerán los teclados. Prueba de ello son los avances vertiginosos que se están llevando a cabo en el campo del reconocimiento de voz. Y con todo ello, la inminente transformación hacia lo que se denomina la red semántica. En ella, los dispositivos no captarán palabras por separado sino que comprenderán el significado concreto que tienen juntas en una frase o contexto determinados. No requerirán teclados. Nos entenderán mejor. Y por ello, los dispositivos volverán a empujarse.

Además hay otro factor que contribuirá a este cambio, incluso más importante. La pantalla podrá estar cada vez más cerca del ojo del usuario,

por lo que podrá ser más y más pequeña. Las gafas de Google son una buena muestra de hacia dónde nos estamos dirigiendo. Ya sin teclado y entendiendo las órdenes que dicta quien la controla, una pequeña pantalla casi en contacto directo con el ojo permite la continua miniaturización del dispositivo portátil.

La palabra clave en este proceso es integración. Parece inevitable que se avance poco a poco hacia una clase de dispositivos cada vez mejor integrados en la persona. No se trata de alocadas especulaciones de ciencia ficción. Todo esto está a la vuelta de la esquina. Hoy mismo, como ha demostrado un estudio reciente, nuestros teléfonos móviles no se separan más de tres metros de nosotros en todo el día. Es algo que sucede, si no en todos, al menos en la mayoría de casos. Lo último que hacemos cada día antes de acostarnos es colocar el teléfono encima de la mesilla de noche y enchufarlo a la corriente. Hemos jubilado nuestros despertadores porque nuestros teléfonos, esas prótesis que nos acompañan a todas horas, ya sirven para todo. Incluso entonces, por la noche, el móvil sigue a nuestro lado. Va directo al bolso o al bolsillo cuando nos levantamos, antes de salir de casa. Y ahí se queda, durante todo el día, hasta que nos acostamos de nuevo para cargar nuestras baterías y la de nuestros teléfonos. Lo hacemos como si ya fueran una parte más de nosotros.

Como parece lógico pensar, cuando alcancemos un nivel más profundo de integración con nuestros dispositivos nos resultará todavía más difícil separarnos de ellos. Se habrá dado un paso más en la concepción del dispositivo como prótesis. Y como tal, de la misma forma que una prótesis ortopédica o dental pasa a formar parte de nosotros mismos y nos resulta imposible vivir sin ella, nos generará un grado de dependencia del que nos será difícil escapar. Dicen que quien pierde un brazo sigue sintiéndolo siempre, como un espectro. Y evidentemente no es lo mismo, todavía. Pero todos entendemos esta idea de espectro, de ausencia, el día que nos dejamos

el teléfono en casa. La ansiedad por la ausencia del móvil en el bolsillo ya se ha diagnosticado y tiene un nombre: nomofobia.

Más allá de estas diatribas, cabe preguntarse qué es lo que persigue este proceso. ¿Por qué parece inevitable avanzar hacia la integración de los dispositivos electrónicos en las personas? Probablemente, porque los límites entre lo físico y lo virtual resultan cada vez más confusos. Toda la información que existe en la red sobre un lugar, una persona o un instante se superpone como una capa de realidad suplementaria de la física. Y toda esta información no sólo hay que tenerla siempre en cuenta, también hay que integrarla.

Wenda me puso un ejemplo esclarecedor. Me habló de las calles y de la importancia que internet ha acabado teniendo sobre ellas. Supongamos que he quedado con Pedro en su casa. Nunca he estado antes ahí. No sé dónde vive, pero él me ha anotado su dirección. Calle Mayor, número uno. De entrada, se trata de un mero punto en el espacio, un lugar como cualquier otro. Pero a lo largo del tiempo hemos ido construyendo elementos para identificarlo. Estos elementos no tienen nada que ver con el espacio en sí, sino que son signos que nos permiten ponernos de acuerdo. Primero hemos dado nombre a la calle. Después hemos colgado rótulos para no confundirla con las demás. Y por último hemos trazado un mapa que podemos consultar antes de salir de casa y que nos permite memorizar la ruta que tomaremos para llegar a la calle Mayor.

Cuando voy al encuentro con Pedro me dirijo a un punto determinado del mundo, pero a ese punto concreto le hemos inscrito entre todos una serie de capas adicionales. El rótulo, la ruta que he memorizado. Todo esto, está claro, no forma parte ni del propio espacio ni de la residencia de Pedro en sí. Son añadidos, construcciones. Pero sólo gracias a ellos logro encontrar finalmente la casa de Pedro.

Cuando llego a la calle Mayor recuerdo que en realidad sí había pasado alguna vez por ahí, hace tiempo. Muy cerca del número uno, en una calle que cruza, una vez me atracaron a punta de navaja, cuando era sólo un niño. También recuerdo algo que salió tiempo atrás en los periódicos. En esa misma calle Mayor, a un par de manzanas de donde vive Pedro, hubo un incendio. Hará cosa de un año. No se logró saber si fue provocado o no, pero el fuego se cobró dos víctimas. Al final, me viene a la cabeza algo que leí en un libro de historia. En esa misma calle se atrincheró durante la Guerra Civil un grupo de republicanos. Las consecuencias fueron trágicas. En una casa antigua, que linda con la de Pedro, veo agujeros en la pared y me viene a la cabeza que podrían ser de bala.

Todos estos destellos nada o muy poco tienen que ver con Pedro y el emplazamiento poco afortunado de su casa. Meros accidentes trágicos. Sucesos que me ocurrieron por casualidad o que sé que acontecieron en las proximidades. Con todo, son elementos que van depositándose en el escenario a medida que recorro la calle, capas que se solapan una encima de otra en mi memoria, que se añaden a las que ya tenía. A la placa, al mapa, al recorrido. Juntas confeccionan mi idea del espacio, del lugar donde vive Pedro.

Pero hoy el proceso no termina aquí, sino que me toca añadir algo más. Hoy no puedo olvidar la capa que me proporciona internet a través del dispositivo que llevo encima. De camino hacia la calle Mayor, sigo el recorrido que sugiere un mapa en mi teléfono y adquiero información proveniente de miles de usuarios que han reseguído las mismas calles. Esa gente ha querido compartir sus experiencias conmigo. Uno me muestra la foto que ha tomado de una puesta de sol. Otro me explica un hecho histórico que ocurrió ahí hace tiempo, algo que yo desconocía. Y otro le regala cuatro estrellas a la cafetería de la esquina. Todos estos elementos tienen lugar en

una realidad alternativa, pero también hacen referencia a la calle por la que yo, ahora, estoy circulando. Venidos de otro lugar, a través de gente que no conozco, constituyen una capa más de nuestra realidad.

Puesto que esta realidad paralela ha pasado a ser cada vez más importante para todos nosotros, es lógico que a largo plazo se apueste por una mayor integración de los dispositivos móviles. Ocurrirá poco a poco, pero ocurrirá. De la misma manera que nuestra memoria está integrada a nuestra visión, nuestro dispositivo electrónico deberá coexistir con ambas. La placa, el mapa, los vi con mis propios ojos. El incendio y el atraco con arma blanca son elementos que tengo almacenados en la memoria. Y si lo percibo todo como algo continuo, si no existe un corte entre la placa y el incendio, es porque mis ojos y mi memoria están conectados. Están integrados en mi persona. Si queremos construir una continuidad entre el mundo virtual y el físico, tarde o temprano deberemos integrar también nuestros dispositivos, como si de nuestros propios ojos o de nuestra propia memoria se tratara. Todo parece indicar que hacia ahí nos dirigimos.

En el fondo, todo esto parece normal, incluso natural. Lo que nos ofrece la tecnología no es muy distinto a lo que venimos haciendo desde hace mucho tiempo. Se trata tan sólo de una capa más. Sin embargo, ya he dicho que Wenda parecía alarmada desde que nos saludamos, y en seguida me advirtió de un pequeño problema. Quizá sí hay una gran diferencia, algo peligroso, algo en las nuevas tecnologías que deberíamos tomar con cuidado.

Al doblar la esquina de la calle Mayor me encontré con un amigo de la escuela. Fue un reencuentro agradable y estuvimos charlando un buen rato. Rememoramos viejas historias, nos burlamos de un par de profesores traumáticos y nos pusimos al corriente sobre algunos compañeros desaparecidos. Ya se sabe cuánto cuesta mantener el contacto. Ese reencuentro no fue incompatible con el recuerdo que tenía del atraco en la

esquina. Ambos pudieron coexistir simultáneamente porque estaban ocurriendo en tiempos distintos. Ahora veo al amigo, lo paro y le saludo. Y al mismo tiempo recuerdo haber estado ahí, de pie en la esquina, con el filo de una navaja pegado al cuello. Lo recuerdo porque es algo lejano, que tuvo lugar hace tiempo en esa misma calle. El lugar es el mismo, los alrededores de la calle Mayor, pero el momento es distinto. Mi amigo está ahí, ante mis ojos, mientras que el recuerdo del atraco lo recupero de mi memoria.

Ambos hechos, un atraco violento y un feliz reencuentro, no habrían podido ocurrir al mismo tiempo. Si en ese preciso momento me estuvieran robando la cartera y mi amigo se hubiera cruzado por ahí, habría salido despavorido o hubiera llamado a la policía, pero en cualquier caso ambas cosas no habrían ocurrido simultáneamente. Yo hubiera centrado toda mi atención en el atraco, en la navaja y en la cartera, y simplemente no lo habría visto pasar. Hubiera ocurrido una cosa u otra, porque ambas estarían sucediendo al mismo tiempo. Pero, puesto que han tenido lugar en momentos distintos, el encuentro de hoy y el recuerdo del pasado pueden coexistir perfectamente.

Lo que trataba de explicarme Wenda es que la integración de dispositivos electrónicos cambiará todo esto, porque conllevará que dos realidades se solapen en el espacio y en el tiempo. Estaré caminando por la calle con la vista puesta en el itinerario que me marca el mapa y a la vez podré acceder a la valoración que alguien ha hecho sobre la cafetería de la esquina. También podré ver la puesta de sol que alguien fotografió hace unos meses. Pero no podré hacerlo todo a la vez. Tendré que elegir. Y lo trágico, añadió Wenda, es que, cuando estemos haciendo cualquiera de estas cosas que nos brindan internet y gente que no conocemos de nada, quizá nos crucemos con nuestro viejo amigo y no lo veamos pasar. Quizá nos tropecemos con él, pero sin que se produzca el cruce, el reencuentro, porque tanto él como yo tendremos

puesta toda la atención en nuestros dispositivos integrados.

Pero todo esto es una tontería, confesó Wenda. Es un mero ejemplo de cómo los dispositivos podrían cambiar nuestra manera de ver el mundo. Lo que le preocupaba de verdad eran las repercusiones que esto podía llegar a tener en los grupos sociales y en la forma en que su hijo se relacionaría con los demás. Ese era el tema en el que centraron la conversación con Jérôme aquel día, cuando todavía estaba embarazada.

He querido reproducir esta reflexión porque, aunque a Wenda le pareciese insignificante, a mí me sirvió de magnífica introducción para lo que vino después. En el fondo, lo que preocupaba a la pareja era si aquella elección forzada entre el mundo físico y el virtual podía ocurrir también en las relaciones entre las personas.

Porque al final, añadió Wenda, ¿para qué nos relacionamos con los demás? Lo hacemos para conseguir algún tipo de intercambio. Puede ser un intercambio afectivo, en el que la gente habla con sus amigos sobre lo que le preocupa o ilusiona. Puede tratarse de un intercambio de servicios, mediante el cual la gente ofrece lo que tiene o pide lo que quiere. O puede ser un intercambio de intereses, en el que la gente pone en común experiencias compartidas.

Hoy todas estas clases de intercambio se dan también por internet. Y parece que cada vez más esta tecnología, ya no se sabe si de la virtualidad o de la hiperrealidad, le está pasando la mano por la cara al mundo físico. La gente trabaja más y más delante del ordenador, desde el que intercambia las informaciones y los servicios que requieren sus empleos. La gente se comunica más y más con amigos y conocidos desde dispositivos móviles, desde los que comparte y pone en común sus sentimientos o expresa sus preocupaciones. Y nada parece indicar que esto vaya a cambiar. Más bien al contrario. Parece que tendremos que acostumbrarnos a esta situación.

Wenda iba a explicarme por fin el escenario que imaginó con Jérôme, un escenario que quizá otra persona habría valorado como positivo pero del que ellos apreciaron la vertiente más distópica o incluso apocalíptica. Estamos en el año 2032. El futuro hijo de Wenda y Jérôme ha terminado sus estudios en el instituto y se ha matriculado en la Universidad. Estudia sociología, disciplina que quizá siga existiendo.

Ya no existe una distinción clara entre la universidad presencial y la universidad a distancia. Hace años que se dejaron de utilizar las aulas, por una cuestión a la que se denominó sostenibilidad pero que en realidad encerraba el deseo de incrementar la plusvalía. Resultaba caro mantenerlas, cubrir los desplazamientos del profesorado y disponer de un equipo de personas cualificadas que pudieran ofrecer servicios físicos. Desde entonces la Universidad se convirtió en una red, en una plataforma en línea compuesta de tres tipos de clientes, en un sistema de cooperación tal que acaban convirtiéndose también en trabajadores.

En primer lugar, los gestores se encargan de que la red funcione. Se trata sobre todo de programadores, aunque también hay dinamizadores sociales y agentes de marketing y publicidad. Son pocos porque gran parte del trabajo se ha automatizado, pero todavía son necesarios algunos de ellos. Trabajan desde sus casas y se ocupan del mantenimiento y la difusión de la plataforma. En segundo lugar, el equipo docente, dividido a su vez en dos subcategorías. Por un lado, los profesores, que desde sus casas dan clases a través de vídeos, a veces en directo y otras veces en sesiones previamente grabadas que pasan a ser propiedad de la Universidad y se reutilizan en cursos posteriores. Por otro lado los llamados tutores, que conducen la dinámica de una clase. A pesar de que existe la figura del tutor virtual, algunas veces las preguntas de los estudiantes siguen requiriendo la figura de un tutor real. Estos resuelven dudas, guían a los alumnos a través de sus itinerarios y corrigen los trabajos.

En tercer lugar, los estudiantes, que acceden a los contenidos desde sus propios dispositivos móviles. Asisten a las clases a través de foros y videoconferencias, en las que pueden intervenir, y reciben el apoyo de sus tutores virtuales y reales.

Cuando hablamos de dispositivos móviles, no nos referimos a ordenadores portátiles, tabletas y teléfonos móviles por separado. Estos tres aparatos están unidos en un único dispositivo. Podemos por ejemplo imaginar que se trata de unas minúsculas gafas con sensores y micrófonos incorporados y de un reloj de pulsera que incluye una cámara de alta definición. A través de las gafas, el usuario ve las grabaciones de los profesores. No se trata de un vídeo tal y como lo entendemos ahora. La señal que reciben los usuarios se fusiona, a través de una aplicación de realidad aumentada, con la imagen que registran las cámaras que incorporan las gafas. De esta forma, uno tiene la sensación de que el profesor está de pie, justo delante, explicando la lección. Los usuarios pueden intervenir a través de su reloj de pulsera, que registra sus movimientos y sus voces.

Para una persona de nivel sociocultural medio, el formato papel ha desaparecido. Han desaparecido los libros y las libretas, los bolígrafos y los lápices, y con ellos el concepto de mesa de trabajo. La habitación de un estudiante se halla pues desprovista de muchos de sus componentes tradicionales. No hay mesa, no hay libros, no hay posters colgados en las paredes. Tampoco hay mesilla de noche, pues no hay necesidad de tener un lugar donde dejar el libro que uno lee por la noche o la lámpara que ilumina el libro o el despertador, o la tableta o el ordenador desde el que se veía la película o la serie. En su lugar hay una pequeña superficie para cargar las gafas y el reloj. Además de esta superficie, en la habitación hay una cama y un cómodo sillón. Nada más.

Por este motivo, el tamaño de los pisos y las casas se ha reducido

considerablemente. Las cocinas y los baños, sin embargo, han tendido a crecer. La comida y el cuidado personal han pasado a ser símbolos de lo físico, de lo material. La gente dedica cada vez más tiempo a cocinar y a comer, pues ambas actividades son paradigmáticas de todo aquello que no puede ser virtual. Por otra parte, la gente dedica cada vez más tiempo a su imagen física, pues a lo largo del día deberán figurar en muchos vídeos y fotografías.

Sin embargo, los dormitorios, reducidos a una cama y un sillón, han disminuido de tamaño. Y también los salones, que ya casi no albergan ningún tipo de objeto físico. No hay libros ni discos. No hay televisores ni aparatos de música. Además de la mesa para las comidas, centro neurálgico de las relaciones físicas en familia, el salón sólo dispone de algunos sofás individuales en los que los miembros pueden sentarse y mantener una conversación o disfrutar individualmente de los contenidos que les ofrecen sus dispositivos.

El sillón es además, por así decirlo, el centro de operaciones del estudiante. Ahí sentado asiste a las clases, plantea sus preguntas, estudia y busca información para sus trabajos. Aunque también existen textos, por supuesto, han pasado a ser una fuente secundaria de información, una fuente que sólo utilizan los investigadores que desean profundizar en el estudio concreto de un hecho del pasado. La fuente de información más habitual ha pasado a ser el vídeo interactivo. Los propios trabajos que realizan los estudiantes son, en realidad, grabaciones de vídeo en las que explican sus contenidos, insertan fotografías y fragmentos de filmaciones y, posteriormente, antes de la entrega final, editan con sus dispositivos.

Esta es una clase de relación, basada en el intercambio de servicios, que ha cambiado diametralmente. En realidad, todas las relaciones de esta índole han sufrido una transformación similar. Si el usuario desea comprarse un jersey,

un coche o una entrada de concierto, sólo tiene que pedirselo a su dispositivo y conectarse directamente mediante videoconferencia con un vendedor que, también desde su casa, le aconseja y finalmente le ofrece lo que desea. Al cabo de unos pocos días, el usuario lo recibe en su domicilio.

Las personas salen de sus casas por tres motivos principales. El primero es gozar del contacto fugaz con la naturaleza, ya sea haciendo deporte, paseando o tumbándose en la playa. Esta es una actividad determinante, y de las más valoradas, que ha acabado provocando el progresivo despoblamiento de las ciudades. En muchos casos, las personas ya no eligen su lugar de residencia en función de la proximidad con su trabajo, de las oportunidades laborales de su entorno o de la oferta cultural que puedan tener cerca de casa. Esencialmente porque todo esto ya lo ofrece internet.

Sí siguen rigiéndose según estos principios los pocos empleados que quedan en puestos que requieren la presencia del trabajador, los pocos obreros que siguen teniendo que fichar en sus fábricas, campesinos y mineros. Pero la mayoría de la población trabaja ofreciendo servicios diversos, por lo que su elección del emplazamiento en el que uno quiere vivir no viene determinada por estos factores. Al contrario, normalmente uno elige su lugar de residencia en función de lo que le gusta hacer fuera de casa. En función de si a uno le gusta el surf o la playa, o le gustan el golf, el esquí y la nieve.

El segundo motivo por el que la gente sale de sus casas es para asistir a algunos eventos que han subsistido como actividades físicas o presenciales. Festivales de música, partidos de fútbol, obras de teatro participativas. Los asistentes suelen ir solos o acompañados de amigos o conocidos. En realidad poco importa, porque lo que ha pasado a ser la función principal de estos eventos, más allá de sus contenidos, es la vivencia catártica de la multitud. Poco importa la gente que tienen justo al lado. Lo que sí cuenta es la

experiencia de formar parte de un evento colectivo en el que participan miles de personas.

Finalmente, el tercer y último motivo por el que la gente sale a la calle es para disfrutar, normalmente en espacios de consumo, como cafés y terrazas, de la compañía física de amigos y conocidos. Exceptuando a los compañeros de la escuela, porque la escuela es una de las pocas experiencias que, tras años de pruebas y estudios, se decidió mantener en su naturaleza casi totalmente presencial, la gente conoce a sus amigos en línea. Los conoce a través de videoconferencias durante sus años de estudio en la universidad, o luego durante su vida laboral. Los conoce a través de plataformas sociales, algunas destinadas a intercambiar vídeos, otras destinadas a poner en contacto a gente con intereses comunes, otras a crear parejas sentimentales o sexuales.

Tras meses, quizás años, de charlar mediante videoconferencia, tras mucho tiempo de intercambio de informaciones y sensaciones, algunas veces la gente decide dar el paso y encontrarse para tomar una cerveza. Por lo general, ello ocurre cuando se desea pasar al plano físico, especialmente en el caso de los encuentros sexuales. Por lo demás, la gente prefiere mantener el contacto en línea, puesto que los avances de las tecnologías de videoconferencia han creado la perfecta ilusión de que es más o menos lo mismo que un contacto real, con el añadido de que durante la conversación se pueden ir enviando vídeos y fotografías, es decir, compartiendo experiencias visuales que en un bar serían difíciles de reproducir.

En el escenario que Wenda y Jérôme imaginaron para el futuro de su hijo, se comprende que el mundo virtual habrá pasado a estar por encima del mundo físico, y que este último sólo se utilizará como complemento, a veces descafeinado, del primero. Precisamente entonces es cuando cabe tener en cuenta aquella tontería que hablamos sobre la calle y las capas de

interpretación, añadió Wenda.

En este mundo que está a la vuelta de la esquina, es posible que, cuando salgamos a la calle y nos crucemos con un antiguo amigo de la escuela, o cuando surja la oportunidad de una mirada mágica o un tipo de conexión que sólo puede darse en el mundo físico, cada vez que nos hallemos en una de esas situaciones, seamos completamente incapaces de vivirlas con la misma intensidad que hoy. Porque toda nuestra atención estará centrada en el mundo virtual. Nos habremos acostumbrado tanto a esas virtualidades, a esos simulacros, que lo que suceda en el mundo físico quedará relegado a algo secundario, algo que ni siquiera percibiremos. Como aquel que circulaba por la calle pegado a su teléfono móvil y no se enteraba de que un amigo cruzaba por su lado. Porque serán cosas que estarán ocurriendo al mismo tiempo. El mundo virtual y el mundo físico estarán en conflicto permanente, porque no podremos centrar nuestra atención en ambos a la vez. Y en este conflicto ya sabemos de antemano quién será el vencedor.

Ante esta visión, que consideraron verdaderamente preocupante, Wenda y Jérôme se preguntaron muy seriamente si querían traer un niño a un mundo semejante. Entendían que un mundo programado, en el que se nos pone en contacto automática y virtualmente con gente con quien compartimos aficiones, en el que no existe el azar, en el que no pueden producirse los errores que llevan a las más altas e insospechadas emociones, un mundo tal habrá perdido gran parte su fascinación. Añadieron, quizá un tanto melodramáticamente, que ese mundo habrá perdido toda la gracia, lo que hace que valga la pena vivir.

¿Me estás diciendo que no quieres tener el bebé?, preguntó, alarmado, Jérôme. Y Wenda respondió que no, que lo que quizá deberían hacer es olvidarse de internet, crear un entorno libre de conexión como medida de resistencia. Un entorno en el que su hijo, desde su más temprana infancia,

comprendiera cuáles son los beneficios del contacto humano. Un entorno que se integrara tanto en el niño que le sirviera posteriormente de valor, de conocimiento adquirido para poder equilibrar su propia balanza interna. Un entorno, en definitiva, que salvaguardara el rastro de humanidad que quizá algún día desaparecerá. Porque el hombre está hoy en un lugar impreciso. Hay algo en él que le aproxima al animal, y también algo que le aproxima a la máquina, al autómatas. Ya hoy es complicado saber exactamente qué es lo humano. Su especificidad está entre esos dos polos y es susceptible de desaparecer. Nietzsche dijo en su día que el hombre era demasiado humano. Quizá un día lo será demasiado poco.

La pareja dedicó los nueve meses de embarazo a desconectarse progresivamente. Hablaron con sus amigos, comunicándoles su decisión. Hablaron largo y tendido sobre sus preocupaciones acerca del futuro. Publicaron en todas sus redes sociales sus miedos, y los difundieron en foros sobre la paternidad, que compartían con otros futuros padres. Como siempre, algunos creían que estaban haciendo una locura, y otros los apoyaron ciegamente. La semana antes de que naciera su hijo, lograron convertirse definitivamente en exconectados, y desde entonces tratan de ofrecerle al niño, dentro de su hogar, un entorno libre de internet.

Wenda tiene treinta años y Jérôme treinta y dos. Viven en París y llevan un año y medio desconectados.

HADRIEN, EMMA Y EL CAMPO

A pesar de que en este libro he querido centrarme en personas que no han tenido que renunciar a la ciudad para lograr su desconexión de internet, no sería justo dejar de lado por completo a quienes han optado, además, por abandonar el entorno urbano. Por supuesto, al hablar sobre esta clase de desconexión hay que tener en cuenta muchos más factores que los que he tratado hasta aquí.

En muchos de estos casos, a las ansias de desconexión se le suman factores económicos y sociales. Vivir en el campo, además de marcar de por sí un estilo de vida distinto al de la ciudad, suele proporcionar ventajas para la economía doméstica. Los alquileres suelen ser más asequibles y flexibles. Además, la posibilidad de cultivar un pequeño huerto ayuda a cubrir parte de las necesidades alimentarias de quienes lo cultivan. Hasta aquí en lo que respecta al ahorro, pero quien da este paso también suele comer, respirar y dormir mejor, y todo esto no es nada desdeñable. Como tampoco puede desdeñarse la intención de vivir en un entorno más controlable, y hasta cierto punto más saludable, para sí mismo y para sus hijos.

Luego está la cuestión del empleo y de su relación con las tecnologías de la comunicación. En muchos de los casos, cada vez más numerosos, de personas que deciden marcharse de la ciudad para instalarse en el campo, ya no es sólo que la desconexión no sea digital, sino que su opción se torna posible precisamente gracias a estas tecnologías. Algunos de ellos –

diseñadores, gestores, escritores— siguen con sus mismos empleos, que pueden ejercer a distancia gracias a los milagros de internet, que acorta el tiempo y la distancia.

Otras personas, las llamadas neorrurales, bastantes de ellas en realidad, emigran al campo con la intención de empezar un nuevo trabajo en relación directa con la naturaleza. Aquí destaca el fuerte auge que han tenido últimamente la agricultura y la ganadería ecológicas y de pequeña escala. Pero el secreto para que todo esto sea posible es de nuevo internet. Casi siempre, quienes deciden optar por este modo alternativo de vida logran una organización y una distribución efectiva gracias a esta tecnología.

En cualquier caso, en ambos episodios la desconexión de las ciudades es posible gracias a una fuerte reconexión mediante los ordenadores. Y esto acaba provocando en muchas ocasiones un conglomerado de personas que, a pesar de estar en medio del campo o en un pequeño pueblo, a pesar de querer reencauzarse con el mundo, se pasan la mitad del tiempo encerrados en sus casas delante de sus pantallas y en un voraz e ininterrumpido contacto virtual.

El caso que voy a relatar aquí es el de una pareja que optó por hacer justo lo contrario. Y precisamente por ese motivo tiene cabida en este libro. Si el caso de Hadrien y Emma es tan distinto es porque nunca se hartaron de la ciudad, sino de internet. Me quedó muy claro desde el momento en que nos encontramos, porque me hablaron una y otra vez de la necesidad de la recuperación del espacio urbano, real, como el verdadero espacio público.

Hadrien es originario de Montpellier, pero hace unos diez años se instaló en Barcelona, donde conoció a Emma. Antes de trasladarse definitivamente a una casa adquirida por herencia familiar en Aniane, un pequeño pueblo cerca de Montpellier, habían estado viviendo en el barrio del Born de Barcelona. Resulta que, desde hace algún tiempo, este es también mi distrito, así que estuvimos comentando entre los tres las mil transformaciones a las que se

había visto sometido el vecindario en los últimos años.

Emma y Hadrien hicieron especial hincapié en las sorpresas que les había suscitado la inmigración dominicana, que había ocupado las calles de una forma que los europeos ya no somos capaces siquiera de imaginar. Lograron hacer uso de plazas y calles en su dimensión más pública, es decir, sin consumir. Empezaron a actuar en Barcelona como habían hecho antes nuestros abuelos, pero no nosotros. Bajaron sillas plegables de sus casas, se reunieron en círculo en torno a alguna bebida y a platos de comida preparada por ellos mismos. La comida y la bebida no son más que excusas para crear un entorno libre de gasto en el que conversar y pasar el rato. Para hacer vida social, en definitiva.

Por algún motivo misterioso, estas acciones han pasado a ser extrañas entre nosotros. Leer en un banco público un libro prestado de una biblioteca pública o sacar sillas a la calle para charlar con los vecinos han pasado a ser actividades socialmente mal vistas en entornos urbanos, propias únicamente de quien no tiene hogar o una actividad propia. Lo mismo le sucede ya a quien se atreve a sacar comida o bebida a la calle, costumbres que han pasado a ser a menudo consideradas como conductas incívicas o incluso ilegales. Los forasteros, sin embargo, provenientes de un entorno en donde todo esto sigue estando normalizado, seguían haciéndolo sin muchos tapujos, trayendo a Barcelona lo que en sus tierras sigue siendo normal.

Emma y Hadrien me explicaron la sorpresa que les produjo algo que yo mismo había detectado antes en el barrio. Por supuesto, no es algo que ocurra de la noche a la mañana, pero poco a poco sucedió que algunos autóctonos de la zona, habitantes del barrio, empezaron a imitar a estos inmigrantes dominicanos. Y me dijeron que ellos mismos habían empezado a quedar con amigos y vecinos en la calle, con la intención de compartir alimentos y palabras. Poco a poco, las plazas empezaron a llenarse de gente que, de forma

algo caótica, hacía un uso en cierta forma neutral del espacio público.

La repercusión de todo esto, de entrada, fue que, al no implicar un gasto económico, el tiempo pasado en el espacio público pudo expandirse. También pasó a ser más fácil alternar constantemente los encuentros en la calle con su concatenación en las casas. Las conversaciones que empezaban alrededor de un banco público podían convertirse muy fácilmente en una pequeña cena improvisada en casa de uno u otro. Progresivamente, aquello les llevó a una dinámica en la que las redes sociales, e internet por extensión, quedaban desbancadas por ser, por así decir, plataformas más inútiles que útiles.

Al cabo de unos meses decidieron dejar la ciudad y trasladarse a la casa que Hadrien había heredado en Aniane. Lo hicieron bajo el influjo de esta nueva mentalidad. Su decisión, sin embargo, venía sobre todo motivada por cuestiones económicas, por una recién llegada situación de desempleo y por la intención de empezar una nueva andanza laboral basada en el campo. Internet era una realidad que, simplemente, había desaparecido de su horizonte de prioridades, y en su lugar había emergido un redescubrimiento de las posibilidades del espacio público y de las relaciones con sus vecinos y amigos próximos.

Para comprender la intensidad de esta pequeña transformación en su percepción de las relaciones sociales, es conveniente dejar constancia de cómo habían cambiado sus vidas en los últimos años. Lo diré sin tapujos, como ellos me lo dijeron a mí durante nuestra primera conversación, que me dejó boquiabierto. Hadrien se había dedicado durante años al posicionamiento en buscadores y a la optimización web, trabajando para una empresa textil. Emma, formada en diseño gráfico, había saltado de empleo en empleo desde que terminó sus estudios, pero gran parte de su carrera profesional la había centrado en el diseño de páginas web. Eso me lo

explicaron ambos cuando, durante nuestra primera conversación en Aniane, tomando unas copas de Muscat de Rivesaltes, hacían apología de los exconectados. Sorprendente.

A pesar de mis dudas, les comuniqué mi asombro y mi admiración. En mi proceso de investigación para este libro, ya había conocido a exconectados de toda índole, con los que había intercambiado ideas y había discutido largo y tendido. Pero debo reconocer, como les dije ya a Emma y Hadrien, que nunca hasta entonces me había topado con nadie que se hubiera convertido en un exconectado convencido a pesar de tener una profesión tan íntimamente relacionada con internet. La pregunta que seguía era obvia. ¿Cómo pudo suceder algo así? Gracias a la migración de los flamencos, me contestaron burlonamente.

Un cliente habitual le pidió una vez a Emma que se desplazara de Barcelona a la sede de la empresa donde habían convocado una reunión con todos los directivos para determinar algunos de los aspectos estructurales que debería tener su nuevo sitio web, en fase de elaboración. Para ello, Emma tuvo que viajar en tren a Valencia y pasar dos o tres días fuera de casa. Con tal de amenizar el trayecto, se llevó consigo su ordenador portátil, como siempre solía hacer. Era una forma de aprovechar esos ratos muertos, como suelen llamarse, que surgen durante los desplazamientos.

Llegó un momento, cerca del delta del Ebro, en que Emma se vio obligada a levantar de súbito la mirada de la pantalla. Lo hizo para contemplar el inusual espectáculo que podía verse a través de la ventana. Una gran bandada de flamencos rosa pálido, migrando hacia algún lugar, tapaba prácticamente medio cielo. Había cientos de ellos, creando una imagen espectacular y muy poco frecuente. Emma se quedó atónita un buen rato, observando el cuadro que se le ofrecía a través de la ventana, pero inmediatamente volvió la cabeza.

Dirigió entonces la mirada hacia una niña pequeña que, acompañada de su padre y con los ojos abiertos como platos, no podía parar de aplaudir y ovacionar el espectáculo que, como Emma hacía tan sólo un momento, estaba contemplando. ¿Qué son? ¿Qué son esos pájaros? Estupefacta, no paraba de exclamar su curiosidad, esperando impaciente que su padre le contestara. El padre, sin embargo, ni veía los flamencos ni escuchaba a su hija. Completamente ajeno a lo que ocurría dentro y fuera del vagón, tenía la mirada inmóvil, perdida, puesta en la pantalla de su teléfono inteligente...

Ese fue el clic, me confesó Emma. Ese fue el momento en el que se dio perfecta cuenta de lo que las nuevas tecnologías estaban haciéndoles a las personas y a sus entornos. La imagen del padre ajeno a su hija, ajeno al mundo que tenía lugar fuera de la pantalla de su teléfono, se le quedó grabada de tal forma que nunca más volvió a tener la misma relación con su propio teléfono ni con internet en general.

Pasó el resto del viaje, de ese viaje en tren, pensando acerca del tiempo que pasa cada día delante del ordenador. Soy muy crítica con la gente que está horas y horas delante del televisor, se dijo a sí misma, y yo hago lo mismo con internet, saltando de página en página con un simple botón del ratón. Pasan las horas y al final acabo siempre con la sensación de no haber obtenido nada nuevo, cada día. Siempre pienso que el día siguiente aprovecharé mejor el tiempo, pero llega ese día y acabo reproduciendo el mismo comportamiento.

Emma destinó el resto del viaje a pensamientos parecidos hasta que, al fin, la abordó la idea fundamental que estaba en el fondo de ese problema. Lo que estaba haciendo entonces era pensar, llenarse la cabeza de sus propias reflexiones, y lo podía hacer precisamente porque había apagado, por fin, el ordenador.

Si los flamencos no hubieran pasado, si la niña no los hubiera aplaudido,

no se habrían evidenciado el pasotismo del padre ni los problemas tecnológicos subyacentes y Emma no habría apagado el ordenador. Y si Emma no hubiera apagado el ordenador, entonces no habría dispuesto de ese tiempo vacío, muerto, para pensar. Ese es el mayor de los inconvenientes de disponer de internet en nuestros teléfonos, pensó para sí misma. Ya casi nunca disponemos de momentos vacíos en los que pararnos a pensar, quizá sobre algo sin mucha importancia, quizá sobre nimiedades. O quizá sobre algo tan significativo como el hecho de que las nuevas tecnologías nos roban el tiempo, precisamente, para pensar.

Emma destinó ese par de días en Valencia a trabajar. En cuanto llegaba a la sede de su cliente escuchaba las ideas que socios y directivos lanzaban desordenadamente, algunas sin mucho sentido. Y aprovechaba los ratos libres para trabajar en el diseño y la estructura del sitio web y consultar vía internet otros sitios similares, con el objetivo de analizarlos y compararlos con el que ella estaba armando para su cliente. Lo hacía con total familiaridad, como siempre.

Otra cosa muy distinta, sin embargo, fue el momento de salir del trabajo. Su comportamiento difirió diametralmente del que habría tenido tan sólo unos días antes. En lugar de encender el ordenador y seguir trabajando, en lugar de entrar en una página que enlazaba con otra, y luego con otra y otra más, en una vorágine de pequeñas informaciones que están a medio camino entre el tiempo trabajado y el perdido, entre el control de uno mismo y el dejarse llevar por la propia estructura del hipervínculo, en lugar de todo esto prescindió del ordenador y siguió pensando.

Todo el tiempo del viaje que no empleó en trabajar lo dedicó a cavilar acerca de lo que ya había pensado durante el viaje de ida. A darle más vueltas. Lo hizo durante todo el viaje de vuelta, por supuesto, pero también en el salón del hotel y en una cafetería, mientras andaba por la calle y en la

cama antes de dormir. Reflexionó sobre lo que internet le ofrecía y lo que le sustraía. Y sobre lo que internet le ofrecía y le sustraía al padre de esa niña que el día anterior había contemplado un flamenco por primera vez. Lo pensó profundamente y, al llegar a su casa y darle un beso a Hadrien, al hablarle después acerca de su extraño e iniciático viaje, añadió una sola palabra más: Desconectémonos.

No me quedó claro si su progresiva pérdida de trabajos en sus campos profesionales fue o no consecuencia de su decisión, de su pérdida de interés por las nuevas tecnologías en los, digamos, ratos de ocio. La cuestión es que al cabo de unos meses Emma y Hadrien se hallaban en una situación completamente distinta a la que hasta entonces habían vivido.

No sólo bajaban a la calle, como ya he mencionado, sin ordenadores ni teléfonos para conversar con sus vecinos del barrio. No sólo vendieron sus teléfonos inteligentes a una casa de empeños, limitando internet a sus ordenadores. No sólo se dieron de baja del servicio de banda ancha en su casa, limitándolo a los bares y a sus trabajos, en los que usaban sus portátiles. También fueron perdiendo progresivamente sus contactos y sus encargos profesionales relacionados con el mundo de internet. Pero poco les importaba todo eso. Por aquel entonces ya tenían la sensación de que para lo único que podían necesitar internet era para ganar dinero, para sobrevivir. Y esa cuestión perdió un peso significativo cuando Hadrien heredó la casa de Aniane.

El siguiente paso fue sencillo. Ya sin empleo, sin ganas de internet y viéndole a un entorno urbano saturado de nuevas tecnologías más inconvenientes que ventajas, irse al campo para imaginar una nueva vida les parecía una decisión lógica y pragmática. Sin embargo, al llegar al pueblo y tras conversar con algunos recién estrenados vecinos que, como ellos, habían abandonado la ciudad en beneficio de una vida rural, se dieron cuenta de que

quizá no sería tan sencillo continuar con su plan de desconexión. Trabajes en lo que trabajes, la relación con los clientes se hace sobre todo a través de internet, les dijeron. Y no sólo eso. Les advirtieron también que internet ha facilitado muchísimo la vida a aquellos que han optado por vivir en el campo. Ahora podemos ver películas, leer libros y asistir a cursos sin movernos de casa, les explicó su vecino. Pero ellos, al oír esas palabras, se miraron y sonrieron. Creían saber cuáles eran los problemas que esas facilidades acaban por provocar.

Resolver el segundo punto, el del ocio, fue realmente sencillo. Bastó con desplazarse una vez cada quince días a Montpellier. Ahí compraban en el supermercado para llenar su despensa, visitaban algunos pequeños comercios locales y siempre, antes de coger el coche de vuelta a Aniane, hacían una visita obligada a una librería para comprar algún libro y a un videoclub para alquilar alguna película antigua de poca salida que, previo trato con el propietario, devolvían excepcionalmente al cabo de quince días.

Además, Emma y Hadrien pasaron a formar parte, desde que se instalaron en Aniane, de un extraño colectivo de artistas que se autodenomina la Orden del Tercer Pájaro. Toman su nombre de una antigua leyenda griega, según la cual el pintor Zeuxis reprodujo tan bien a un niño con un racimo de uvas que atrajo la atención de tres pájaros. El primero, engañado, trató de picotear las uvas sin éxito; el segundo, asustado, no se atrevió a moverse ante la mirada del niño; el tercero se quedó inmóvil, impasible, simplemente observando el cuadro en actitud contemplativa. La Orden del Tercer Pájaro reivindica la necesidad de prestar atención a las cosas para hacer frente a la dispersión que comporta la vorágine informativa de internet. Como miembros, Emma y Hadrien reciben una llamada telefónica cuando la Orden convoca alguna reunión para contemplar en silencio alguna obra de arte en concreto.

Un día, intercambiando puntos de vista con un vecino acérrimo defensor

de internet, un neorrural hiperconectado, como ellos le llaman, surgió de nuevo la cuestión de la importancia de los ordenadores para el renacimiento de la vida en el campo. El vecino se apoyaba en dos argumentos cruciales y habituales en la reivindicación del uso de las nuevas tecnologías.

El primero era la educación. Terminaron aquellos tiempos en los que sólo estudiaban quienes podían desplazarse a las grandes ciudades para acudir a la universidad y asistir a clase en los horarios establecidos, aducía el vecino. El segundo era el trabajo. Ya no es necesario trabajar en una oficina, puesto que cualquier ordenador puede convertirse en una estación de trabajo virtual y por lo tanto cualquiera puede trabajar desde cualquier lugar. Además, las plataformas participativas como Airbnb han propiciado que la gente pueda rentabilizar sus inversiones desde prácticamente cualquier lugar. El vecino seguía en su defensa.

Pero Emma y Hadrien no podían estar más en desacuerdo con todos esos argumentos. Es cierto que en algunos casos la educación a distancia puede ser una buena solución para ofrecer estudios a personas cuyos empleos o cuyas discapacidades fijan en un lugar determinado. Pero acaba abusándose de la supuesta facilidad que ofrece la educación a distancia y actualmente muchos jóvenes que obtendrían muchos beneficios de la movilidad, del contacto con el ámbito urbano o la emancipación del ámbito familiar, se quedan ahora en las casas de sus padres, sacándose unos estudios delante de la pantalla del ordenador. Y además sin gozar de algunos de los elementos clave de la enseñanza, como el vínculo directo entre profesor y alumno y el vínculo entre los propios estudiantes, que propicia futuras relaciones personales y profesionales.

Algo parecido creen respecto de la supuesta facilidad que internet ofrece en materia de empleo. Acaba imposibilitando los verdaderos lazos afectivos personales, esos que se dan en el día a día cuando aparentemente nada

sucede. Internet optimiza el tiempo y el único tiempo importante pasa a ser el tiempo económicamente productivo, rentable. Ese tiempo supuestamente muerto en el que no sucede nada pero a la vez sucede todo desaparece y se transforma en tiempo perdido y solitario frente al ordenador.

Y qué decir de las plataformas participativas de rentabilización de los recursos propios. Hoy hay un interés creciente por explotar la aspiración de colaboración y cooperación, los deseos de la gente de, por ejemplo, participar en la elaboración de un producto como consumidor. Se moviliza al consumidor, se le hace trabajar gratuitamente al servicio de la empresa y así se sustituyen empleados asalariados. Se desarrolla una explotación capitalista de las prácticas de lo que se vende como común. Se dan toda una clase de discursos propagandísticos sobre la economía colaborativa que en realidad van en sentido contrario, porque la liberación de la que hablan es en definitiva una forma de suprimir el conjunto de derechos y de protecciones sociales de los trabajadores. Es, por este motivo, una extensión de la mercantilización pura de la sociedad, es decir, el desarrollo de una relación puramente contractual entre individuos. Es justo lo contrario a la construcción de normas y reglas por parte de un colectivo para organizar su vida social.

Con todas estas ideas en mente, quedaba la cuestión de qué hacer entonces en el campo, en un mundo cuya conexión con los demás ha pasado a estar mediada por las tecnologías. Lo que llevó a Emma y Hadrien a dejar la ciudad y a optar por una nueva vida rural no fue realmente la idea clara de empezar una nueva andanza profesional concreta. Sobre este punto estaban más bien dispuestos a improvisar. Por lo tanto, cuando se instalaron en Aniane, después de unas pequeñas reformas en su recién estrenada casa, no tenían muy claro cómo se iban a ganar la vida. Tras darle algunas vueltas y discutir largo y tendido con su vecino hiperconectado, decidieron probar

suerte con una actividad artesanal que les permitiera vivir tranquilos y sin necesidad de conexión virtual con el exterior. Se lanzaron entonces a la manufactura de papel artesanal, una actividad que Emma había aprendido unos años atrás, cuando todavía era estudiante, y que creyeron que podía motivarles y proporcionarles un pequeño cojín de subsistencia en este nuevo capítulo de sus vidas.

El problema residía, como siempre en este nuevo mundo hiperconectado, en la distribución. Su vecino ya les había advertido que en el caso del campesinado ecológico había pasado a ser casi imposible abarcar todo el aparato de distribución sin la ayuda de internet. Las propias empresas distribuidoras ya hacían sus pedidos de forma automática mediante protocolos informáticos que exigían una constante conexión con los proveedores locales de verduras y hortalizas. Los campesinos, de la misma forma que en el pasado tuvieron que entrar en el sistema de crédito, ahora tenían que entrar en el mundo digital o perecer.

La estrategia de Hadrien y Emma consistió en concentrarse más en elaborar un producto de calidad que en querer abarcar grandes territorios con su venta. Localizaron una decena de clientes locales, pequeñas imprentas y comercios selectos de material de papelería, a los que destinaron sus ventas en exclusiva. También difundieron la voz entre muchos artistas que habían conocido recientemente en la Orden del Tercer Pájaro. Mediante esta estrategia de crear un artículo muy localizado pero de una alta calidad, lograron concentrar sus esfuerzos en lo que consideraron lo principal, elaborar un buen producto sin caer en la dispersión de querer captar a muchos clientes ni hacer una gran estrategia de marketing.

Actualmente su papel está considerado como uno de los mejores de fabricación nacional en Francia, puesto que cuenta con excelentes cualidades de flexibilidad y resistencia y con todos los certificados medioambientales

habidos y por haber. Cuando me contaron su hazaña, con orgullo, no pudieron evitar lanzar un último comentario con una sonrisa sarcástica: ellos contribuyen a crear el soporte material para los exconectados. Pero si un día nadie quiere libros –me confesaron–, nosotros seguiremos elaborando papel.

Emma y Hadrien tienen, respectivamente, treinta y cuatro y treinta y siete años. Viven en Aniane y llevan tres años desconectados.

ENRIC Y LA MUERTE DEL AUTOR

En la mañana de un jueves de invierno tomé un vuelo directo a Barcelona. Volvía de Bilbao, tras pasar un par de días charlando con Jon y sus padres en la última entrevista que tenía prevista para este libro. Los niños e internet, internet y los niños, iba pensando. Este sí es un problema serio, del que todavía no comprendemos las consecuencias.

Hablamos a menudo de los inconvenientes que las redes sociales entrañan para los niños, de la desprotección que genera un sistema en el que cualquiera puede acecharlos bajo una máscara anónima. Pero los mismos que subrayan el problema y tratan de hallar soluciones mediante la sensibilización, la vigilancia y la persecución, consideran a menudo que al mismo tiempo el sistema es una magnífica herramienta de comunicación y aprendizaje. Muchos países ya simpatizan con la idea de abandonar poco a poco los libros en las escuelas para sustituirlos por herramientas digitales. Internet está ganando la batalla. La tecnofilia, la creencia de que los problemas de la humanidad se resolverán por medios digitales, está ganando la batalla.

Por supuesto, la alfabetización y la educación digitales tienen sus ventajas. Esto ya se dice en todas partes, sobre todo en referencia al acceso a la información. Pero también comportan el gran inconveniente de la muerte definitiva del autor. En la enseñanza, tal como la entendíamos hasta hace muy poco, el aprendizaje se vehiculaba a través del criterio de autoridad que se reflejaba, consciente e inconscientemente, en profesores, tutores y autores de

libros. El profesor dictaba la clase de acuerdo con unos parámetros que, al provenir todos de un individuo con un determinado posicionamiento y con unos determinados valores, tenían cierta coherencia entre sí. Algo similar podía decirse de los libros de texto, hoy en vías de extinción. Al estar recomendados por el profesor y por la escuela, estaban más o menos ensamblados coherentemente por una colección de autores y editores.

Uno de los inconvenientes que acarrea el uso de internet para la educación es que perdamos parte de esta coherencia. A esto me refería al mencionar el problema de la muerte del autor. En internet puede hallarse todo lo que uno busca, incluso si se trata de información contradictoria. Si alguien busca que la cerveza es buena para la resaca, lo encontrará. Si alguien busca que la cerveza es mala para la resaca, también lo encontrará. Lo sé porque yo mismo lo he buscado. El problema estriba en que, de alguna manera, todo es válido. Y en que así emerge la figura informe de un autor global que lo dice todo y, a la vez, no dice absolutamente nada.

En este contexto, si un niño busca en Google que el hombre proviene de la evolución biológica de la selección natural, lo encontrará. Si busca que proviene de la voluntad divina, también lo encontrará. De la misma forma que encontrará que el hombre proviene de una fugaz visita alienígena a la Tierra. El problema principal no estriba en saber qué versión es la buena. No se trata propiamente del discernimiento entre lo verdadero y lo falso. De lo que se trata es de que, con estos métodos, el niño, especialmente sus primeros años de aprendizaje, en los que todavía no tiene la capacidad de sopesar las informaciones contradictorias, no adquiere las bases lógicas de un discurso coherente y cerrado, las bases de congruencia que puede proporcionar un profesor o un autor.

Mientras pensaba en todo esto y con el avión a punto de despegar, me vino a la cabeza un artículo que escribí hace unos años. En él hablaba de un amigo

que entró un día cualquiera en un antiguo cine que contaba con diez salas distintas, diez opciones entre las que elegir. Destinó algo de tiempo a evaluar las posibilidades. Leyó las sinopsis, se informó sobre los directores y los actores, se enfrentó a algunas críticas y finalmente pudo elegir una película que se adaptara a sus expectativas.

Mi amigo y yo especulamos entonces con qué habría ocurrido si el cine hubiera contado con mil salas. En tal caso, no habría dispuesto del tiempo necesario para una correcta evaluación de todas las opciones y debería haber empleado unos minutos a obtener migajas informativas, alguna fotografía o frase breve, que le ayudaran a hallar la opción que más se adaptara a sus deseos. Sus posibilidades se habrían multiplicado pero, al mismo tiempo, y paradójicamente, su libertad habría quedado mermada por la trivial cuestión del tiempo mundano, e inevitablemente su margen de error habría aumentado.

Ahora bien, si un día mi amigo entrara en una suerte de cine borgiano con innumerables salas, le resultaría imposible abordarlas y tomar una decisión informada, conociendo de antemano todas las posibilidades a su disposición. Conscientes de esta nueva situación, programadores y productores de películas emplearían imágenes y eslóganes y todos los medios disponibles a su alcance para llamar la atención de los espectadores. Por desgracia, la sobreinformación desregulada adquiere inevitablemente una dialéctica capitalista y entra de nuevo, como antaño, en la dinámica de las relaciones de poder. Sólo aquel que obtenga un mayor influjo o que ejerza un mayor poder sobre los modos de percepción de los demás triunfará, mientras que el resto perecerá.

Internet, explicaba mi artículo, funciona de acuerdo con esta clase de mecanismo. La información, transformada por cantidad y desregulación en sobreinformación, presenta la paradoja de albergar, a la vez, tanto la

posibilidad como la imposibilidad de ser visto.

Buen ejemplo de ello son las redes sociales. Se hallan repletas de construcciones individuales que tratan de sobresalir, mediante imágenes y mensajes cortos que asocian al individuo a una marca comercial que debe atraer rápidamente. Del mismo modo, cada uno de los blogs y páginas estáticas que surgen diariamente de forma espontánea luchan por emerger entre una marisma saturada por estrategias de posicionamiento y de marketing y pretenden protegerse desafortunadamente de la imposibilidad de ser visto. El tiempo dirá cuáles serán los inconvenientes de abandonar el criterio tradicional de la autoridad del autor y el profesor como transmisores unívocos y coherentes de información. El tiempo dirá cuáles serán las repercusiones de dejar a los niños, en etapa formativa, en esta jungla de sobreinformación en la que los mensajes luchan por tornarse visibles sobre los demás.

Quien marca las pautas para el nuevo uso del poder en un mundo desregulado es ese al que Borges llamó el Hombre del Libro, el semidiós que indexa, que regula. San Google se impuso un día como el método más democrático y transparente para regular y ordenar el vasto océano de la sobreinformación. Hoy decide lo que es relevante y lo que no, y lo hace mediante algoritmos que responden a normas astutamente trazadas, en absoluto dejadas al azar. En consecuencia, otorga más poder a aquellos que siguen sus reglas algorítmicas y son capaces de convencerle.

El avión despegó, se me taponaron los oídos porque me había olvidado de comprar chicle en alguna tienda libre de impuestos y, al cabo de unos pocos minutos, ya se nos permitió a los pasajeros volver a nuestro estado normal: desabrocharnos el cinturón de seguridad y encender de nuevo los dispositivos electrónicos. Fue entonces, y no antes, durante el despegue, cuando un niño de unos diez años empezó a gritar. No gritaba por miedo ni por desconcierto, sino porque reclamaba la tableta que su madre, sentada a mi lado, acababa de

encender.

Lo que más me enojó no fue que el niño reclamara la tableta, sino que su madre no se la diera. Nos enojó, a mí y a los demás pasajeros a su alrededor, porque el niño no dejó de dar la vara durante todo el vuelo, mientras su madre permanecía impassible con su tableta. Levanté entonces la mirada para cotillear cuál era esa actividad tan importante que impedía a la madre reaccionar frente a la sonora rabieta de su propio hijo: revisaba mensajes de Twitter, supongo que antiguos porque estábamos todos sin conexión, y pasó un buen rato jugando a Candy Crush o algo similar. Espera un rato, ya te lo doy, le lanzaba de vez en cuando al niño. Pero el avión aterrizó sin que el chaval hubiera podido jugar ni un solo instante con la tableta de su madre.

Por supuesto, aquello me recordó la historia de Emma y de los flamencos. Y me dije a mí mismo que hay algo que hemos normalizado peligrosamente y sobre lo que sin embargo deberíamos forzarnos a reflexionar. Hace tan sólo diez años, internet era una herramienta de consulta. Fuese o no pertinente, uno se hacía una pregunta y sólo después buscaba la respuesta en la red.

Hoy esta dinámica ha cambiado por completo. El tiempo vacío se ha llenado de paja. Muy a menudo, es internet quien formula las preguntas, robándole al individuo su capacidad para desarrollar nuevos marcos de referencia. Internet se ha vuelto omnipresente, en todos los sentidos posibles. Espacialmente porque está activo siempre y en todas partes. Temporalmente, porque no desconecta nunca. Una de las repercusiones más visibles de la omnipresencia de internet es que, al ocupar gran parte de nuestra vida, dejamos de lado algunas de nuestras obligaciones más imperiosas, como prestar atención a nuestros hijos y compañeros.

Me acordé de Davide cuando me decía que la diferencia entre un consumidor de narcóticos y un adicto es que el primero no deja de lado todo aquello que haría sin su consumo. También me acordé, mientras bajaba del

avión y de camino al tren que me llevaría a casa, de un hecho nimio pero significativo que me había ocurrido unas semanas atrás.

Mi esposa y yo debíamos tomar un tren de Barcelona a Badalona, justo al lado, y al llegar con prisas al andén subimos por error a primero que pasó, en dirección a Girona, sin saber muy bien si pararía o no en la estación en la que deseábamos apearnos. Una vez se cerraron las puertas, con la urgencia de la siguiente estación aproximándose, empezamos a consultar en nuestros móviles si el tren con trayecto a Girona paraba o no en Badalona. No teníamos cobertura y nos pusimos ansiosos y nerviosos, porque no sabíamos si debíamos o no apearnos del tren. Tardamos un buen rato, un rato absurdo, en darnos cuenta de que sencillamente podíamos preguntárselo al hombre que estaba a nuestro lado, que probablemente sabría la respuesta. Así lo hicimos, él nos contestó que el tren sí paraba en Badalona y nos dirigió una sonrisa.

Por supuesto, esto es sólo una anécdota insignificante, casi trivial, pero reveladora del comportamiento que casi todos hemos acabado adoptando. Lo primero que se nos ocurre, casi automáticamente, es consultar nuestras dudas a las prótesis electrónicas que nos acompañan todo el día. Y así nos olvidamos de las personas que tenemos alrededor. No es que aquel hombre tuviera mucho que ofrecernos, la verdad, pero siempre es mejor una sonrisa que el logotipo de Google haciéndonos esperar.

De la misma manera, quizá tampoco tendría mucho que decir esa niña que vio una bandada de flamencos por primera vez. Quizá la información que brindaba el venerable teléfono gozaba, objetivamente, de mucho más interés, ese interés que convierte en imperiosa una consulta que se olvida minutos después. Pero la irrefutable satisfacción de un niño atendido es algo que debería pasar siempre por delante de cualquier información que la red nos pueda brindar.

Internet empezó siendo una herramienta relativamente inocua, una

herramienta cuyos creadores pensaron que no podía reportar más que beneficios a la humanidad. Y durante algún tiempo fue un espacio de experimentación más o menos neutro, un espacio en el que más o menos todos estábamos un poco perdidos, un espacio en el que se obraban más o menos bondades, aunque también especulaciones de toda clase.

Luego llegó Google, y se le santificó de inmediato porque obró tres milagros a la vez. El primero fue poner orden a un universo ruidoso y desordenado, ocultando lo que no debemos ver y ordenando todo lo que sí en un maravilloso ranking. El segundo fue democratizar esta ordenación. Por lo menos así la anunciaron, democrática, a pesar de regirse por normas que nadie votó ni decidió. El tercer milagro fue presentarse como una herramienta completamente gratuita. Fue sólo luego, pasados unos años, cuando empezó a impregnarse de publicidad.

Google, ya santificado, sirvió de guía y modelo para todas las plataformas que quisieran hacer bien las cosas en internet. Quedaba claro que los contenidos debían regalarse, porque de esta forma se obtenía más público al que dirigir la publicidad. Quedaba claro también que el público debía participar, ser también creador de contenidos que ofertaría gratuitamente a través de la plataforma. De esta forma, además, la plataforma obtendría cantidad de valiosos datos acerca de los usuarios, acerca de sus gustos y sus aficiones. No sólo las redes sociales, sino en cierta medida cada una de las herramientas comerciales de internet, sucumbieron tarde o temprano a este esquema y lo siguieron al pie de la letra.

Este nuevo internet, el que nos toca vivir hoy, ya no es ni por asomo una herramienta al servicio de la humanidad, sino que se ha transformado en un sistema que, al contrario, pone la humanidad a su servicio. Se nutre de nuestros anhelos, de nuestra soledad, de nuestro gusto por los demás, de nuestra necesidad de comunicarnos, de nuestro amor por el conocimiento. Y

no sólo de esto. Además, poco le importa explotar los comportamientos más perversos del ser humano en beneficio de la conservación y la fertilidad del propio sistema.

Internet, bajo este nuevo régimen vampírico que se alimenta de la sangre de sus usuarios, no es un mal menor derivado de una simple acción, un mal accesorio que se pueda vencer con buenas maneras. En este sentido, el nuevo internet es el Mal en mayúsculas porque pretende derrocar al mundo de siempre, imperfecto pero humano en definitiva, con un nuevo imperialismo virtual, construido casi exclusivamente sobre la base de uno de los peores rasgos de sus usuarios-vasallos, la competencia, que no deja de crecer día tras día.

Uno de los peores dramas que comporta internet es que es más rápido acceder a la información que procesarla, es más rápido hacerla circular o incluso generarla que contrastarla o preguntarse por los motivos subyacentes que tenemos para hacerla circular. La rapidez con la que se mueve la información vuelve inválidas las preguntas de hondo calado, y al final se acaba generando un clima en el que es más arduo el silencio que la palabra, en el que es casi imposible mantenerse callado incluso cuando uno no tiene nada que decir.

Todo ello, sumado a la avaricia de competencia a la que fuerza el propio sistema, ha creado un escenario en el que lo esencial es estar siempre ahí y hablar lo más alto posible. En gran parte porque en nuestras acciones ha quedado impreso que es importante dejar nuestra huella en el mundo, constantemente, sin reflexionar demasiado. Sólo porque siempre hay que decir algo. Pero en la creación de esta huella, que generamos por nuestra ansia de visibilidad, son terceras personas quienes sacan tajada. Todos hemos pasado a ser creadores, creadores de las más bellas e interesantes obras de arte o de las más ridículas banalidades, eso da igual. Lo importante es el

tráfico de visitas que genere, porque de ello saca beneficio el propio impulsor del sistema.

Es ahora cuando empezamos a darnos cuenta de todo esto. Ahora que abandonamos a nuestros hijos y que ignoramos a las personas anónimas que nos regalarían una sonrisa en el tren. No es demasiado tarde. Todavía podemos desandar lo andado y avanzar en otra dirección. Pero hay que ir con cuidado, porque nos queda poco tiempo. Cuando pienso en estos términos, recuerdo una entrevista que realicé al filósofo norteamericano Daniel Dennett en 2014. Esta entrevista fue uno de los detonadores más importantes de la búsqueda de las personas que han conformado este libro.

En el transcurso de la entrevista, Dennett me explicó con toda normalidad que no tiene tan claro que internet esté aquí para quedarse. Muchos dicen que eso es una tontería, que el avance que ha sufrido hasta ahora internet ya es imborrable. Pero ¿y si no es así? ¿Y si un día nos damos cuenta de que internet nos da más quebraderos de cabeza que soluciones? ¿Y si un día, simplemente, sea por el motivo que sea, se derrumba este sistema tal como lo conocemos hoy? Entonces nos daremos cuenta de que todo lo que tardamos más de trescientos años en construir físicamente, desde clubes sociales y asociaciones a departamentos gubernamentales, desde periódicos y editoriales a librerías y universidades, habremos tardado tan sólo una década en destruirlo.

De hecho, es una realidad que a día de hoy existen muchos interrogantes acerca de la tasa de crecimiento que la economía digital es capaz de generar. Los menos alarmistas argumentan que lo mismo sucedió en los primeros años de la economía industrial, pero ¿acaso los tiempos no se han acelerado? ¿Acaso no deberíamos estar notando el crecimiento en una economía digital teóricamente ya aposentada en el sistema financiero? Esto es lo que afirman economistas como Lawrence Summers, ex secretario del Tesoro de Estados

Unidos, que ha recuperado el concepto de estancamiento secular para aplicarlo a la economía digital, un concepto que explicaría una disminución del crecimiento económico y de la generación de empleo. Si esto sigue así y llega un día en que el mundo tiene que tomar la difícil decisión de si abandonar el capitalismo o la vida digital, veremos quién gana la batalla.

De hecho, la nueva economía digital ha sido central en la creación de las nuevas desigualdades que hoy estamos viviendo. Cuanto más grande es internet, menos empresas dominantes hay, empresas que además no se caracterizan precisamente por su inversión en capital humano. Amazon, por ejemplo, necesita catorce empleados para generar un beneficio de diez millones de dólares. Y más alarmante todavía es la especulación, nada descabellada, de los motivos subyacentes de la inversión de gigantes como Google o el mismo Amazon en empresas de robótica, de automoción y en plataformas como Uber. En un futuro próximo, una gran legión de taxis automáticos y drones repartidores podrían dejar a cientos de miles de personas sin empleo.

Así, no es una posibilidad tan remota, ni tan descabellada como muchos afirman, que el sistema digital colapse, ya sea por motivos sociales o por motivos económicos. No es una posibilidad tan ridícula que al final toda esta acumulación de datos y mensajes, toda esta necesidad de todos de hablar lo más alto posible y toda esta farsa en que quienes sacan tajada parecen estar muy interesados por lo que decimos, que todo esto no haya sido más que otra burbuja, una bomba de relojería con la que muchos se habrán llenado los bolsillos.

Ya en el tren, volviendo hacia mi casa desde el aeropuerto, me senté en el primer asiento de un vagón que estaba entonces vacío. Pegado a la pared, un cartel me indicaba que estaba siendo grabado, y me proporcionaba una dirección y un teléfono mediante el que contactar si yo quisiera recurrir a esas

imágenes. Ya lo sabemos. Estamos localizados. Aquí y en todas partes. Se me ocurrió entonces llamar al teléfono en cuestión para cerciorarme de si podría tener acceso a la imagen que estaba generando yo solo en ese vagón. Por su respuesta, se me hizo patente que toda esa gestión derivaría en una negativa, y que no sería sino un caso más de información que generamos a la que no podemos tener acceso.

Esto sucede también en internet, pensé. Pero con el agravante de que el supuesto beneficio referente a la seguridad que nos proporciona la cámara en el tren desaparece por completo en la mayoría de los casos en la red. Ahí, el control de nuestros datos no nos ofrece seguridad. A lo sumo nos ofrece cierta apariencia de que alguien nos facilita la vida, apariencia que es siempre discutible. Google me avisaba en ese mismo momento, en mi teléfono y desde el tren, que me faltaban veinte minutos para llegar a casa.

Entonces, la pregunta que surgió inmediatamente en mi cabeza fue: ¿quién obtiene más beneficios en una plataforma comercial concreta? ¿Yo, por tenerla, o ella por tenerme a mí? Evidentemente, dependerá de cada ocasión. Pero de entrada se me ocurrieron decenas de casos en los que claramente la balanza se inclinaba en mi contra: decenas de aplicaciones móviles que alguna vez usé, inscribiéndome con mis datos personales, y que nunca más he vuelto a necesitar. Si así ha sido es porque llegados a algún punto me parecieron inútiles. Sin embargo, si sigo siendo un usuario registrado aquí y ahí, yo sí sigo siendo útil a esas aplicaciones olvidadas, puesto que pueden comercializar con más o menos impunidad con mis datos.

Cuando llegué a mi casa, le comuniqué de inmediato a mi esposa la idea que había tenido volviendo en el tren. He estado pensando más o menos lo mismo, me respondió ella. Por supuesto, con todo el proceso de escritura de este libro, cuando retomaba por las noches los transcurso de las entrevistas, me daba cuenta que la cuestión sobre el vasallaje a internet se había

convertido en un tema recurrente de nuestras conversaciones.

Empezamos rebuscando en las bandejas de entrada de nuestros servicios de correo electrónico esos mensajes en los que te informan que te has dado de alta en una aplicación y te dan la bienvenida. Estimado Enric Puig Punyet: nos complace darte la bienvenida a nuestro servicio, y cosas por el estilo. A medida que localizábamos cada uno de estos correos, nos preguntábamos sinceramente si seguiríamos utilizando esa aplicación en concreto. En la mayor parte de los casos, y convencidos por muchos de los testimonios a los que yo había entrevistado y sobre los que habíamos versado algunas conversaciones últimamente, surgía un no rotundo. La versión, digamos, presencial de lo que nos ofrecía la aplicación nos empezaba a resultar claramente más atractiva. Comprar un viaje, acercarnos a un restaurante y pedir comida para llevar, salir de casa para ir a comprar una entrada, de pronto nos parecía mucho más enriquecedor que hacer todo eso desde nuestra casa, con la ayuda de un ordenador o un teléfono.

Cuando por fin, al cabo de una tarde de anodino trabajo, logramos limpiar nuestros datos de todos esos servicios inservibles, fue evidente que tarde o temprano acabaría por plantearse una pregunta lógica. ¿Qué sucede con las redes sociales? ¿Nos ofrecen más beneficios de los que nosotros les ofrecemos a ellas? ¿O puede aplicárseles la misma crítica que al resto de aplicaciones de las cuales nos hemos estado limpiando?

Esta es, en realidad, una pregunta que estaba en el aire desde que empezamos a hablar de los motivos por los que las personas pasan a ser exconectadas, y por fin se estaba materializando. Con la respuesta se desmoronó todo lo demás. Al cabo de unos pocos días, y no de una forma fácil, sino más bien con trabas por todas partes, nos habíamos dado de baja de todas las redes sociales que habíamos estado recopilando a lo largo del tiempo. Simplemente, ya no tenían gran cosa que ofrecernos.

Convencidos de que habíamos dado un gran paso que beneficiaba no sólo a nuestra propia relación sino también a nuestro trato con el resto del mundo, descorchamos una botella, brindamos, nos besamos y salimos a cenar. Y entonces, durante el transcurso de la cena, mi esposa me miró a los ojos y me hizo una observación muy pertinente que sigue preocupándome a día de hoy. ¿Acaso escribir un libro no es lo mismo que escribir un blog o, incluso, que exhibirse como cuando formas parte de una red social?

Más tarde, esa misma noche, cuando ella ya estaba dormida, se me ocurrió salir del dormitorio medio a escondidas e ir al salón, encender el ordenador y buscar mi propio nombre en Google. Cuando vi que aparecían más de mil resultados tuve una sensación extraña. Por supuesto, es algo que de entrada podría parecer simplemente positivo, porque se trata ni más ni menos que de la difusión del trabajo que uno lleva a cabo. Pero, por otro lado, se me hizo patente la razón que tenía mi esposa con la observación que me lanzó en el restaurante. Cada libro o artículo, cada emisión pública que yo realizo en el mundo, es una ventana abierta a la comunicación, a la sobreexposición pública y, en última instancia, a la generación de una huella digital incontrolable.

Por supuesto, no es exactamente lo mismo. Escribir un libro pensado, contrastado, elaborado con tiempo y editado, no es lo mismo que contribuir impulsivamente al embrutecimiento de la emisión digital. Pero en el mundo en el que vivimos no puede obviarse que, a pesar de tener naturalezas e intenciones distintas, hay algunos elementos de coincidencia entre ambas prácticas. De entrada está la cuestión comercial, su relación con la publicidad y con los discursos que se venden, y cómo se venden, a través de los medios de comunicación. Y luego está, por supuesto, la amplificación de todo este problema por culpa de la red, o gracias a ella. Al fin y al cabo, con esas mil entradas en Google ocurre lo mismo que con mis datos en las aplicaciones y

en las redes sociales: terceras personas obtienen más beneficios de los que yo mismo obtengo.

Escribir y publicar un libro sobre la desconexión en un mundo en el que todo está conectado, por lo tanto, es en cierta forma un contrasentido. Lo es porque, como he dicho, los criterios que envolvían tradicionalmente la comunicación en general y la cuestión editorial en particular están virando, puesto que muchos de sus agentes están descolocados por una nueva situación, deslumbrados por los supuestos beneficios a corto plazo que se ven en internet. Pero hay todavía un elemento imprescindible que subsiste en la idea de libro, y que hace que siga siendo necesario defenderla y hacer todo lo posible para que siga existiendo. Este elemento es ni más ni menos que la cuestión de la autoría.

La cuestión de la autoría fue duramente criticada a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, y no sin razón. El criterio de autoridad de ciertas voces, de la mano de los grandes grupos de comunicación que las arropaban, generó durante muchísimos años una dinámica de poder que se hallaba inscrita en los propios discursos y en quien los firmaba. Ahora, en gran parte porque ha aparecido como una respuesta salvífica a este problema, estamos viviendo la otra cara de la moneda. La lectura a través de internet nos aborda constantemente en nuestras prácticas cotidianas, y nos obliga a estar viajando de un hipervínculo a otro. Al fin, lo que obtenemos tras muchos minutos u horas de navegación son migajas de información, dispares y a veces contradictorias, que no tardamos en olvidar. Y si las olvidamos tan rápidamente es porque no disponemos del tiempo necesario para adentrarnos en una mente, en la mente de quien ha escrito un texto razonado y coherente, con la idea de transmitir un discurso para ser leído y pensado.

Esa noche insomne, con la observación de mi esposa todavía rondando por mi cabeza, cogí un libro al azar de la estantería y apagué el ordenador. Al fin

y al cabo, sigue habiendo motivos por los que apostar, todavía, por escribir un libro.

ADÁN, EVA Y EL MUNDO 3.0

Imaginemos cómo será el futuro dentro de veinte años. Esto ya me lo habían propuesto Jérôme y Wenda durante nuestra conversación, pero me pareció interesante hacerlo una vez más, aunque de otra forma. Otra vuelta a lo mismo quizá, pero con una intención bien distinta.

Cuando tuve claro que todas estas entrevistas que había estado realizando se materializarían finalmente en un libro, cuando hube pensado cuáles de ellas entrarían en sus páginas y cuáles desaparecerían sin más, la ocasión fue propicia para un último experimento. Llamé por teléfono a algunos de mis contactos exconectados más próximos y les propuse un encuentro alrededor de unas cervezas para imaginar conjuntamente el futuro. Algunos de ellos no pudieron asistir, quizá ya hartos de mis constantes propuestas y reuniones, pero a pesar de ello la respuesta a mi convocatoria fue bastante positiva. Logramos reunirnos Cristina, Nicolás, Hadrien y un par de personas más que no se han incluido en este libro por su propia voluntad. Juntamente conmigo y con mi esposa, que accedió gratamente a asistir al encuentro, nos reunimos un total de siete personas para discutir acerca del futuro que se nos viene encima.

Tenía claro cómo quería abordar la cuestión. En definitiva, se trataba de darle un cierre al libro y no quería ponerme demasiado pesimista. A lo largo de las entrevistas ya me habían quedado claros los aspectos sociales más oscuros de lo que parece que nos espera con internet. Si algo tocaba entonces,

pues, era darle la vuelta a todo eso y tratar de imaginar un futuro mejor. Hagamos lo que ya casi nunca se hace. Pensemos en la utopía en la que nos gustaría que se convirtieran nuestros años venideros y tratemos de describirla, lancé, con la intención de marcar las pautas de nuestra conversación.

Me asombró que lo que todos imaginaron en seguida fue ni más ni menos que el escenario que de alguna forma me había descrito Daniel Dennett en la conversación que habíamos mantenido unos meses atrás. Descrito de una forma u otra, todos imaginaron un mundo en el que internet dejaría de tener la importancia que hoy tiene, o incluso desaparecería en beneficio de lo que la gente habría detectado que les ha sido robado. Y se preguntaron, como Dennett, qué repercusiones tendría haber dejado perder todo lo que tardamos tantos años en construir. Porque ya hay gestiones, gestiones importantes, trámites con la administración incluso, que no se pueden hacer sin internet, añadió Nicolás. Y esto es una barbaridad que no deberíamos tolerar.

¿El futuro? Un día ocurrió una hecatombe, empezó a relatar Nicolás. Y nadie supo exactamente por qué. Hubo quien especuló que se trataba de un influjo gravitacional, provocado por un cometa o un asteroide que pasó cerca de la Tierra; hubo quien proporcionó una explicación más religiosa o sobrenatural, cercana a las visiones milenaristas sobre el fin del mundo. Fuera cual fuera el motivo, el hecho que ocurrió era indiscutible, visible a los ojos de todos. El número atómico del silicio había quedado alterado, perdiendo así la cualidad de semiconductor que lo hace especialmente apropiado como material de base para los componentes electrónicos. De pronto, todos los ordenadores y tabletas del mundo, los teléfonos y los relojes inteligentes, dejaron de funcionar. Se había desvanecido para todos la posibilidad de conectarse a internet, sencillamente.

Cristina interrumpió de pronto a Nicolás. Creyó que su visión era demasiado apocalíptica, que no es precisa tanta ciencia ficción si lo que

queremos es imaginarnos un mundo en el que internet haya dejado de tener vigencia. Esto sucederá tarde o temprano, pero no por una alteración del silicio. Seremos nosotros mismos, serán las propias sociedades quienes dejarán de tener interés en estas nuevas tecnologías en el futuro. Porque algún día dejarán de ser nuevas, se convertirán de repente en algo anticuado y entonces, habiendo perdido su atractivo de novedad, las ventajas de no usarlas serán más evidentes que nunca.

La pregunta que surge entonces es, una vez pasado de moda internet tal como lo conocemos, qué será lo que vendrá después. ¿Se seguirá por el mismo camino? Quien tenga todavía cierta confianza en la humanidad pensará a ciencia cierta que lo que ocurrirá será lo que algunos llaman un paso atrás y yo llamo un paso de vuelta a la realidad. Porque pensar en otro internet, más evolucionado, cuando perezca el que conocemos nos sitúa en un escenario opuesto al que se nos pide en esta conversación. Nos sitúa en un escenario distópico, dantesco, en el pórtico de la desaparición de la humanidad tal como la conocemos.

Todo esto me evoca los años noventa y la realidad virtual, ¿recordáis?, nos preguntó. Todos, más o menos de la misma generación, asentimos con gesto de aprobación. De hecho, a mí me vino a la mente un recuerdo muy claro de mi infancia. Durante unos años, mis padres vivieron al lado de un cine, y me acordé del revuelo que armó, supongo que exagerado por mi prisma infantil, una película basada en un relato de Stephen King que relataba la transformación tecnológica de un cortador de césped deficiente. Recuerdo que esta película dio que hablar por sus efectos especiales generados por ordenador, pero también porque planteaba, como tantas otras películas de ese período, las ventajas e inconvenientes de la realidad virtual, una tecnología que, ciertamente, todos veíamos a la vuelta de la esquina.

Me sorprende a mí misma cuando imagino las posibilidades que se

imaginaban entonces a partir de esa tecnología, que hoy nos hacen reír – añadió Cristina–. Aquellas gafas gigantes y aquellos sensores que se colocaban en los dedos como tentáculos estaban pensados para hacernos superar la barrera entre lo real y lo virtual. Lo virtual estaba predestinado a convertirse en una extensión de la propia realidad física, en unos términos que nunca llegaron a prosperar. El tiempo ha puesto las cosas en su sitio, y ha constatado que eso no fue nada más que una moda pasajera y absurda.

Aunque sea algo completamente distinto, de otra naturaleza, recordad también lo que ocurrió diez años más tarde cuando estalló la burbuja de las punto com, la cantidad de esperanzas y expectativas que de alguna forma, de pronto, quedaron quebradas. Y más a modo de anécdota, recordemos lo que ocurrió justo después cuando estalló ese universo alternativo, virtual y con esperanzas de suplantar en cierta medida a lo real, llamado Second Life. Nunca logró implantarse verdaderamente como una segunda vida, pero hubo un momento en que todos creímos que prosperaría en esa dirección.

Con todo esto quiero decir que internet en particular, y el imaginario de las tecnologías informáticas en general, ya hace tiempo que están revoloteando por ahí bajo distintas formas. Formas que aparecen como tendencias a seguir para estar a la última pero que, tan fácilmente como lo hacen, desaparecen por un propio desinterés social o porque esas formas concretas dejan de ser rentables.

Me inclino a pensar que la mutación que hoy ha sufrido internet, este internet que hoy conocemos y que ha logrado meterse tanto en nuestras vidas vía intravenosa, es algo que a la larga también acabará por desaparecer. Y, hablando en términos más generales, ya internet, como sistema capaz de satisfacer todas estas mutaciones, desaparecerá también cuando no tenga nada que ofrecer o cuando se le hayan agotado sus posibilidades.

En ese punto del discurso me vi obligado a entrar yo, porque no lo veía tan

claro. Les dije, mencionando mi libro anterior, que internet no es una tecnología más, como pudo ser en su día la televisión. Supone una revolución análoga a la que supuso en su día la imprenta, porque comporta una nueva manera de relacionarse con los contenidos. Igual que el libro se basó en la reproducción y la distribución, que implicaba unos canales bien delimitados que suponían unas fronteras y unos territorios de difusión, internet, que se basa en el acceso y no en la reproducción de los contenidos, comporta la eliminación de estos territorios y estas fronteras. Comporta, por lo tanto, una forma genuinamente global de relacionarse con la información.

Con mi respuesta se armó un gran revuelo. Yo, el único de esa mesa que no era propiamente un exconectado, que no me había quitado del todo, de pronto obraba como abogado del diablo, defendiendo los argumentos habituales, esos que están más que claros por los discursos que se lanzan por todas partes, pero que los integrantes de esa conversación ya habían logrado superar y rechazar.

Te equivocas, me respondieron al unísono. Porque en el fondo es natural que las relaciones entre personas que no comparten el mismo espacio tienda a desaparecer. Ya ni en Nokia se atreven a gritar muy alto ese eslogan que les hizo tan famosos durante años, con el que tanto se enorgullecían de estar conectando a personas. Porque un uso exagerado y continuado de esta idea, a través de páginas, blogs y redes sociales, ha acabado por evidenciar que lo más importante en la conexión entre personas es y seguirá siendo siempre el espacio compartido. Por este motivo la reconquista de lo local y de lo comunitario es una de las tendencias con más futuro que se dan actualmente.

Recapitulemos, sugirió alguien. Nos habíamos quedado en un escenario claro, en el que, ya fuera por una hecatombe relacionada con el silicio, ya fuera por falta de interés social, internet dejaba de existir. Imaginemos esa nueva sociedad, frustrada por el ocaso de una tecnología que un día se

presentó como la solución a todos los problemas y que ha desaparecido sin más.

Nicolás, con su desbordante imaginación que ya me había deslumbrado en el pasado, se resistía a desechar su idea sobre la crisis del silicio. Una pareja, llamémosles Adán y Eva, ni falta hace decir por qué, se despiertan una mañana, tarde porque no han sonado los despertadores de sus móviles. No saben qué hora es. Sencillamente el sol se ha posado en sus caras y se han despertado. Sus teléfonos no se encienden, ni sus ordenadores, ni su televisor, a pesar de que la electricidad parece funcionar correctamente. Los plomos y los fusibles están como deberían estar.

Como antes el sol, una expresión de horror se posa en sus caras. Salen a la calle y se percatan de que la alarma es generalizada. Todo el mundo habla de lo mismo en el barrio, pero no hay forma de cerciorarse de alguna forma contrastada de lo que está ocurriendo, o de si está ocurriendo también en otras zonas de la ciudad o incluso del mundo. No hay periódicos en los quioscos. Sencillamente no han llegado. Los aparatos de televisión no funcionan en los bares, como ya sucedió en su casa. Las radios no emiten señal.

Por si esto no fuera poco, muchos de los coches, los más nuevos, no arrancan. Los comercios no pueden encender sus terminales de venta y tienen que cobrar en metálico e introducir sus ganancias en un sobre. Los bancos están cerrados porque no tienen forma de acceder al sistema. En cada oficina hay algún trabajador, o incluso el propio director, tratando de entender por qué no funcionan ni sus ordenadores ni los cajeros automáticos. Los teléfonos no funcionan y, como el resto de los presentes, no pueden saber con exactitud qué está ocurriendo en otras oficinas lejanas. Lo que sí saben es que las próximas están en la misma situación que ellos mismos.

Lo que más me interesa de este escenario es que, de pronto, a todos los que

están en esta situación se les presenta un cuadro inédito e insólito. Sólo pueden comunicarse con las personas que están a su alrededor, es decir, con su comunidad más inmediata, ya sea un pequeño pueblo, un barrio o una urbanización. Les resulta imposible ponerse en contacto con la gente que está más alejada sin destinar algo que ya nos hemos acostumbrado a no perder: tiempo. Si alguien quiere ganar espacio de comunicación, deberá perder su tiempo, porque deberá desplazarse físicamente.

¿Pero en serio es esto que presentas una utopía? Me parece un escenario bastante apocalíptico, le comenté a Nicolás. Claro –respondió–. Porque todavía no he llegado a la parte atractiva de la historia. Estaba simplemente describiendo el panorama de ese día curioso en el que se despertaron Adán y Eva. Pero ahora viene lo bueno.

Esa mañana fue rara, por supuesto. De repente estaban viviendo en un mundo que, aun siendo el mismo, era ciertamente extraño, diametralmente opuesto al mundo que tan sólo un día antes estaba relleno esas mismas calles. Y esta sensación duró todavía algunos días.

Al cabo de un mes ya disponían de algún dato acerca de lo que estaba sucediendo. Su movilidad se había reducido, pero poco a poco se habían ido recogiendo migajas de noticias exteriores a través de personas que habían hablado con otras personas. Al parecer, lo que ocurría ahí estaba ocurriendo en todas partes, sin excepción, y se debía, según se rumoreaba, a algo relacionado con el silencio. Hasta que se hallara una solución, deberían aprender a vivir, por lo menos un tiempo, sin dispositivos electrónicos.

Hadrien, al escuchar toda esa historia, no pudo evitar hacernos notar cómo se veía reflejado, con Emma, en esa pareja en ese nuevo mundo: Desde que vivimos en Aniane, prácticamente no tenemos relación con los aparatos electrónicos. De hecho, en sí no suponen ningún problema, pero parece que cada vez más todo tiene que estar conectado a internet, y ahí es donde

aparecen mis dudas y las de mi compañera. Porque imagino que, como nosotros, Adán y Eva, a pesar de sus complicaciones, deben de sentirse en cierta medida aliviados. De pronto se han liberado de una carga, de un trabajo que supone una relación virtual y forzada con todo el mundo y constantemente. Y en su lugar ha aparecido la forma más amable de las relaciones humanas, la natural, la que no se percibe como una obligación. De pronto salen a la calle y hablan con sus conciudadanos de tú a tú. Se desplazan cuando desean reencontrarse con alguien de quien les separa la distancia. Y todo esto me parece mucho más natural que lo que ocurre actualmente.

Bueno, a mí también me parece lo más natural –añadió Cristina–. Y al contrario, lo que está ocurriendo con las redes sociales y con internet en general no me parece natural en absoluto. Siempre me he preguntado si la propia estructura de Facebook no nos vuelve en cierta forma como su creador. Mark Zuckerberg era un chico que casi rayaba el autismo. Por lo visto, durante los años que pasó en Harvard casi no se relacionaba con nadie. Y entonces creó Facebook. Para él debió de ser una especie de prótesis social, y quizá es una magnífica herramienta para este propósito. Pero ¿qué sucede si alguien utiliza una prótesis sin necesitarla? ¿Qué sucede si alguien utiliza una prótesis para suplir o complementar un miembro que le funciona correctamente? Que el miembro se atrofiará y dejará de funcionar. Esto es lo que creo que puede llegar a suceder, o está ya sucediendo, con redes como Facebook. Al utilizarlas como prótesis para relacionarnos con los demás, nuestra capacidad real de hacerlo queda mermada.

Por este motivo, todo esto perecerá algún día. Tarde o temprano muchos se darán cuenta de la deshumanización que comporta internet, muchos verán que estar tan conectados nos da más quebraderos de cabeza que soluciones. Y muy especialmente el internet móvil, que nos persigue por todas partes. Por

la calle, en los autobuses, en los bares. La necesidad de crear oasis de desconexión acabará por imponerse, y serán tan gratificantes que se extenderán más y más, hasta que nos demos cuenta de que los espacios de conexión nos roban más que lo que nos ofrecen. Permitidme que os exponga qué hacen Adán y Eva en mi escenario, en el que internet se ha abandonado por voluntad propia, y no por necesidad tras una hecatombe mundial.

Antes de venir aquí le he pedido a mi novio, que todavía se conecta, que me busque a través de internet cuáles son sus ventajas. Sé que es paradójico, pero él ha hecho una búsqueda en Google y me ha pasado un resumen. Según se dice ahí, estas son las ventajas. La primera, que ya no es preciso ir a una agencia para organizar las vacaciones, ni hacer cola en la taquilla de un cine, de un teatro o de un museo, ni tener que desplazarse a un supermercado o a cualquier otra tienda. La segunda, que permite estar informado de las últimas ofertas de ocio, conocer las novedades y aprender a divertirse. La tercera, que ofrece respuestas rápidas a cualquier preocupación sobre la salud. La cuarta, que proporciona acceso ilimitado a la información, potencialmente sobre cualquier tema y a tiempo real. La quinta, que hace pública la fiabilidad de un vendedor o la calidad de un producto. La sexta, que permite la educación y el trabajo a distancia, sin los problemas del desplazamiento. La séptima y última ventaja es la relación con la administración. Tal como se apunta en internet, España es un país pionero en la administración electrónica, con servicios innovadores como el documento de identidad digital, los trámites con hacienda o la receta electrónica.

Pero, aquí, yo veo algo raro. Porque a mi entender estas son ni más ni menos, una por una, las ventajas de las que gozan Adán y Eva en el escenario que hemos imaginado. Pueden disfrutar de la compañía de los demás en una agencia de viajes, en la taquilla de un cine, en un supermercado o en una librería. Haciéndolo probablemente se informarán de las novedades que

acontecen en su barrio y no les hará falta aprender a divertirse. No se llenarán la cabeza de soluciones estúpidas referentes a su salud, ni se asustarán antes de tiempo, hasta que no hayan consultado a un profesional que les examine. No deberán saltar de titular en titular para mantenerse informados, sino que podrán leer un periódico tranquilamente por la mañana. Y no un periódico como lo que tenemos hoy, sino algo que con mucha probabilidad será mejor. Puesto que habrá desaparecido internet, los medios tradicionales no perderán el culo por las noticias rápidas y volverán a trabajar como es debido: con dedicación, tiempo y contrastando las informaciones. La ausencia de internet también favorecerá que vuelvan a existir los comercios de proximidad, ya sin los peligros que acarrea la competencia de la red, que fomenta los monopolios y las desigualdades. En esta nueva situación, Adán y Eva podrán volver a informarse acerca del producto que desean comprar por medio de un profesional bien cualificado. Volverán a gozar de las ventajas de una educación y un empleo presencial: el contacto con las personas.

Finalmente, sí tendrán una gran desventaja, y es que de vez en cuando deberán hacer cola en la administración pública. Pero en definitiva estarán perdiendo el mismo tiempo que el que destinaban a hacer funcionar el sistema mediante internet. Además, si tienen suerte, serán atendidos con cordialidad e incluso puede que les ayuden en sus trámites. La ventaja adicional, y el resumen de todas ellas, es que obtendrán tiempo, se sentirán menos alienados por un sistema al que deben rendirle pleitesía constantemente y volverán a gozar del calor del contacto humano presencial.

Mi novio, que se resiste a mis comentarios y sigue siendo un gran defensor de la red, me ha comentado de pasada que España es el sexto país europeo en número de usuarios de internet y el decimocuarto del mundo, con un índice de penetración del setenta y dos por ciento. Pero, repito, estoy convencida que llegará un día no muy lejano en que nos daremos cuenta que renunciar al

mundo a favor de nuestras pantallas, ya sea en casa o por la calle, no es una ventaja, sino un gran inconveniente. Llegará un día en que veremos ese comportamiento como algo anticuado, algo que se puso de moda durante unos años, generando una conducta bien extraña entre todos nosotros. Y si no es así, nos queda la esperanza de que el silencio entre en crisis para darnos cuenta de lo que nos perdemos.

A medida que Cristina iba soltando estas últimas palabras, no pudimos evitar lanzarnos miradas con cierta admiración recíproca. Estábamos todos compartiendo un pensamiento parecido. Nosotros, como muchas otras personas anónimas que, hartas de internet, se han atrevido más o menos a la desconexión, somos los Adanes y las Evas de este nuevo mundo. Al fin y al cabo, carece de sentido imaginar un futuro que ya está aconteciendo, como una posibilidad entre muchas, en nuestras vidas presentes. Con ese silencio nos dimos cuenta de que habíamos estado equivocados desde el principio en la forma en que nos percibíamos y hablábamos de nosotros mismos. Resulta que al convertirnos en exconectados, paradójicamente, nos reconectamos. Nuestra expresión, nuestras propias miradas, nos daban la razón.

Casi sin decir nada más, nos despedimos. Fijamos ese día, un cinco de marzo, como la fecha que deberemos recordar para futuros encuentros. En la medida de lo posible, trataremos de reunirnos todos y reconectarnos alrededor de una mesa. Discutiremos y evaluaremos si el futuro que un día imaginamos se ha cumplido o no. Si todo ha sido una moda pasajera. Si el silencio ha entrado en crisis. Sea como sea, confiamos en que poco a poco todos retomemos los senderos en los que lo presencial se concibe como una necesidad humana.

Lo que sí esperamos, eso seguro, es que los encuentros crezcan. El mundo entero está invitado.

FAQ

¿POR QUÉ HABLAR DE INTERNET EN GENERAL, METIENDO EN UN MISMO SACO PÁGINAS WEB, BLOGS Y REDES SOCIALES?

Ciertamente, el uso generalizado de la palabra «internet» en este libro merece una explicación. Porque internet, en su origen, no es ni mucho menos eso en lo que finalmente se ha convertido, pero tampoco es algo tan neutro como muchos suelen pensar.

Internet, bien definido, es la red interconectada de muchas redes distintas de comunicación entre ordenadores que existían desde los años sesenta, tales como Arpanet, Telenet o Cyclades. Lo que hizo posible que todas estas redes se conectaran entre sí fue la aplicación del protocolo TCP/IP, transición que tuvo lugar durante los ochenta. Unos pocos años más tarde, Tim Berners-Lee unió este protocolo con la idea de la escritura no secuencial de Ted Nelson, llamada hipervínculo. Esta unión, que fue denominada World Wide Web, incluía un protocolo de transferencia de datos, HTTP, un lenguaje de programación, HTML, y un localizador de recursos, URL. Todo ello hizo posible la aparición de páginas web tal y como hoy las conocemos.

La historia, a partir de ese punto, avanza con mucha rapidez. A mediados de los noventa, el navegador Netscape Navigator familiariza a casi todos los usuarios de ordenadores personales con esta nueva tecnología, y el número de páginas web se dispara exponencialmente. En poco tiempo se cuentan a millones, lo que genera el grave problema de qué hacer con todo este

maremágnum de contenidos que se multiplican año tras año. Aparecen entonces las primeras propuestas de indexación, a través de portales como Lycos, Altavista o Yahoo. Todos ellos funcionan de alguna forma como lo hacían las páginas amarillas. Las empresas anunciantes les informan de sus páginas, y ellos las registran y las recogen en sus directorios.

Esta clase de directorios generaron un nuevo dilema: no determinaban la posición de una página por su relevancia, porque era imposible hacer una evaluación precisa de cada una de ellas. Los resultados de una búsqueda dependían en gran parte de lo que una empresa hubiera estado dispuesta a pagar para hacer ascender su página web en el ranking. Lo que determinaba la relevancia de una página venía dado en buena medida por factores económicos.

Entonces apareció Google con la solución a este inconveniente. Larry Page y Sergey Brin pensaron que si la Web seguía creciendo al mismo ritmo exponencial que hasta entonces, debería hallarse una fórmula mágica, justa y transparente, para determinar la relevancia de una página. Destinaron su tesis doctoral a hallar una solución efectiva, y cayeron en la cuenta de que uno de los elementos más significativos y esenciales de la Web había sido siempre, desde sus inicios, el hipervínculo. Comprendiendo su importancia, crearon un algoritmo llamado PageRank, que determinaba la relevancia y por lo tanto la posición en el ranking de una página en función de la cantidad de hipervínculos que la conectaban a otras páginas, y en función de la calidad de cada uno de ellos.

Google emergió como una solución democrática al problema de la indexación de todo ese océano agitado de páginas desordenadas que aparecían a millones cada año que pasaba. Era limpio, transparente y gratuito. Nadie debía pagar para usar Google, ni para aparecer en sus búsquedas. Y eso fue así durante un tiempo, hasta que en el año 2000, cuando todo el mundo

había sucumbido a PageRank como la solución definitiva a todos los problemas, Google lanzó AdWords y empezó a funcionar como la plataforma publicitaria más efectiva del mundo entero. A través de mis búsquedas, Google sabe más de mí que mis propios amigos y familiares. Ellos se equivocan a veces cuando me hacen un regalo, pero las recomendaciones de Google siempre aciertan con mis gustos y preferencias.

AdWords hace patente la lógica que en el fondo impera en el sistema Google: ofrecer las herramientas gratuitamente supone, a la larga, obtener más usuarios, obtener más información de ellos, obtener más contenido generado por estos usuarios, más datos, más fotos, más tráfico, más clics. Todas las webs participativas que surgieron a partir de entonces, en lo que pasó a denominarse la Web 2.0, siguieron la misma lógica y, por este motivo, son todas ellas herederas de Google en cierta medida.

Si bien es cierto que, al denunciar la supuesta lógica participativa que nos tiene a todos enganchados, deberíamos hablar de la Web, y más específicamente de la Web 2.0, y no de internet, también es cierto que estos términos se han confundido y que hemos pasado a hablar de la Web como «internet». También es cierto que la lógica interna que supuso en su día la aparición de las plataformas sociales, todas ellas herederas del sistema Google, se ha extendido de tal forma que acaba salpicando a otros servicios que forman parte de internet pero no de la Web, como puede ser el correo electrónico. Lo que ha ocurrido, en cierta manera, es que a pesar de que internet podría haber adoptado otras muchas formas, se ha acabado rigiendo casi en exclusiva por la lógica derivada de su aplicación más exitosa económicamente, es decir, el modelo Google.

Cuando en este libro se utiliza la palabra «internet», se hace siempre en estos términos.

ENTONCES, ¿NO ERA INTERNET, EN SU ORIGEN, UNA HERRAMIENTA

NEUTRA??

Este es un error habitual, un error que puede acarrear conclusiones precipitadas: pensar que las tecnologías son herramientas neutras que pueden cargarse de buenos y de malos usos. Las herramientas tecnológicas están, ya desde su concepción, cargadas ideológicamente.

Es conveniente, pues, dejar de hablar de buenos y malos usos para pasar a hablar sencillamente de estas ideologías subyacentes. Esta carga ideológica queda clara en el ejemplo de una herramienta tecnológica como un arma de fuego, pero otras herramientas aparentemente más inocuas pueden conllevar una falsa aura de neutralidad. A pesar de ello, ninguna es completamente neutra en su concepción: desde una estilográfica o un destornillador a un acelerador de partículas o un transbordador espacial, cualquier herramienta conlleva una visión determinada del mundo.

Esto mismo sucede, y muy especialmente, con internet. Desde su origen, esta tecnología fue concebida como un medio para compartir información en el que el canal se volvía rápido e invisible. Este hecho propició que apareciera, entre quien emitía y quien recibía esa información, una relación más horizontal que a la que nos tenían acostumbrados los anteriores medios de comunicación. Hasta entonces, los canales habituales, como el periódico o la televisión, conllevaban un complejo aparato de poder, un recorrido desde la creación hasta la distribución informativa que emanaba de una jerarquía incuestionable entre quien comunicaba y su audiencia.

En este sentido, la ideología implícita en internet, desde sus orígenes, ya era en cierta medida lo que luego pasó a llamarse el *peer-to-peer* o P2P, es decir, una progresiva horizontalización de la transmisión de paquetes de información. Por lo tanto, el origen de internet no fue tan distinto a lo que luego nos vendieron como la mencionada segunda vuelta de tal tecnología, la 2.0, porque en el fondo operaba ya según la misma lógica: el usuario no es

sólo consumidor, sino también generador del contenido susceptible de ser consumido. Donde sí radicó la diferencia fue en que en la Web social 2.0, el usuario dejó de ser consumidor y creador para pasar a ser también, y por encima de todo, objeto de consumo en sí mismo.

En realidad, si el internet informativo ya estaba cargado ideológicamente, más lo estuvo todavía el participativo, pues requirió e implicó cierta familiaridad con la venta de uno mismo como si fuera un producto más en el catálogo de todos los contenidos que se ofrecen. Esto podría haber tomado muchos senderos, pero en nuestro panorama neoliberal acabó por transformarse simplemente en la mercantilización de esta idea democratizadora que ponía en el mismo nivel a quien ofrece la información y a quien la recibe.

Por este motivo, hay que insistir en lo que ya se ha mencionado en la respuesta a la pregunta anterior: a pesar de que autores como Evgeny Morozov advierten de los problemas de usar internet como una generalización, aquí se conviene, con muchos otros autores como Andrew Keen, que es lícito meter en el mismo saco a Facebook con Google, a Twitter con Spotify, e incluso a WhatsApp con Google Maps. Todo lo que el usuario medio abre en su navegador o en su teléfono inteligente responde a una misma lógica, tiene una misma ideología subyacente: la de enviar información no se sabe muy bien a quién y la de recibir información no se sabe muy bien de quién. A esto se le llama compartir, y esta es la palabra, el discurso, que por sus connotaciones positivas nos ha hecho creer que internet está plagado de soluciones y buenas intenciones. Pero detrás de todo esto hay dos grandes problemas implícitos. El primero es que cada vez que compartimos información nos estamos convirtiendo en trabajadores sin salario para un jefe anónimo. El segundo es que esta vorágine de transmisión, ciertamente, engancha.

¿NO ES UNA REACCIÓN EXAGERADA, QUERER DESCONECTARSE DE INTERNET??

En situaciones normales lo sería. Internet ofrece un amplio espectro de posibilidades, y quizá la más visible de ellas es que optimiza el tiempo a la hora de buscar información. Sin embargo, los casos que se recogen aquí muestran a personas que se han sentido desbordadas por esta tecnología, casos en cierta medida patológicos. Si se hace un especial hincapié en estos testimonios es porque de alguna forma son una buena muestra de las repercusiones de los aspectos más negativos que encierra internet. Aunque puedan parecer un tanto exagerados, todos nos podemos sentir reflejados en ellos.

Es cierto que una de las opciones para alguien que no se siente cómodo con internet es buscar formas alternativas de usar esta tecnología. Las hay, pero están más o menos escondidas y requieren cierta proactividad, requieren que el usuario esté dispuesto a emplear su energía y su tiempo, y que tenga un interés específico en cuestiones tecnológicas. El camino que han trazado los testimonios recogidos en este libro es el de quien no desea proponer reformas sino desconectarse del internet que le ha sido impuesto, el que tiene a la mano. Si alguien no está dispuesto a convertirse en un activista porque cree que esta tecnología, en sí, ya no merece mucha dedicación, entonces quizá lo más viable es, sencillamente, desconectarse. Uno de estos testimonios me pidió, en broma, mientras discutíamos sobre este punto, que le avisara si un día cambia internet. Que hasta entonces seguiría siendo un exconectado.

¿NO ES HOY INTERNET UN MEDIO PARA COMPARTIR, Y NO PARA COMPETIR??

Toda la Web social 2.0, ha hecho un amplio uso retórico de nociones como la

participación y las virtudes de compartir información propia con los demás. Esta retórica no es gratuita: se nos anima a compartir porque, al hacerlo, generamos contenido a las plataformas y, en consecuencia, tráfico de visitas. Evidentemente, este tráfico es mucho más beneficioso para quien alberga los contenidos, que saca una gran tajada en publicidad, que para quien los genera, que a menudo no recibe nada a cambio.

Cuando esta jugada empezó a evidenciarse, internet, percibido ya como algo muy social por la retórica de la participación, cambió ligeramente de estrategia. Siguió animando a sus usuarios a compartir textos, fotos y vídeos, pero dejando claro que al hacerlo, si lo hacían bien, podrían enriquecerse también. Empezaron a aparecer por todas partes casos de éxito de emprendedores triunfadores y leyendas acerca de la viralidad de los contenidos. La retórica del «tú también puedes», como un nuevo sueño americano, ha pasado a ser el motor del sistema a través de discursos que se multiplican en todas partes. Existe incluso una icónica convención de escala mundial, llamada FailCon, que a través de historias de éxito animan a los nuevos emprendedores a aprender de sus errores y a seguir intentándolo.

Todo esto ocurre hoy en internet, hoy que es tan colaborativo y participativo, según siguen afirmando. La lógica que opera por debajo, sin embargo, es muy distinta. Bajo el discurso de la participación, que suena amable y salvífico, internet se aprovecha hoy de algunos de los rasgos menos altruistas y sociales del ser humano.

El primer rasgo del que se aprovecha es el individualismo. Las redes sociales acaban encerrando más el ánimo de competir que el de compartir, a través de una imagen de marca personal que debe ser siempre la mejor a los ojos de los demás. Internet explota el deseo de enriquecerse individualmente, ya sea a través de vídeos, cursos en línea, blogs y bitácoras, pisos de alquiler o coches compartidos. Nos convertimos todos, además, en trabajadores

individuales y sin salario para un jefe anónimo, y claudicamos y le damos las gracias por lo colaborativo que resulta nuestro nuevo empleo del tiempo.

El segundo rasgo es el enmascaramiento con intención lucrativa. Y por ello no sólo debe entenderse la ausencia de firma o el uso de seudónimo, sino la afluencia cada vez mayor de perfiles falsos y fraudulentos que aparecen en redes sociales, que firman artículos y que opinan sobre productos. Más de la mitad de las personas virtuales que circulan por internet son falsas. Y si el enmascaramiento de los usuarios es una práctica tan habitual y extendida en internet no es por casualidad. El corte entre lo real y lo virtual, la posibilidad de crear diversos personajes falsos controlados por una única persona física, posibilita que diversas manos puedan ser alzadas a favor de un único beneficio, habitualmente relacionado con el lucro económico. Internet no es democrático por su propia estructura. Quien así lo crea está cometiendo un error de base. Se asemeja más al funcionamiento de la Bolsa, en la que quien más tiene, más capaz es de controlar su estructura y hacerla fluctuar. Evidentemente, quien controla estas máscaras falsas es también capaz de generar falsos discursos que se propagarán con facilidad a través de otros usuarios que, falsos o verdaderos, quieren sacarle tajada de algo que ha provocado cierto ruido, aunque haya sido mediante personajes diversos controlados por un mismo titerero.

El tercer rasgo, que engloba todos los anteriores, es el de la irresponsabilidad a la hora de emitir informaciones y juicios. El hecho que sea tan fácil escribir en internet, bajo una u otra máscara, el hecho que sea tan fácil colocar un pulgar de aprobación o reprobación, o unas estrellitas de valoración, el hecho que sea tan fácil mostrar la música que se está escuchando o el vídeo que se está viendo, convierte la constante circulación de la emisión de contenidos en una tarea casi obligatoria. Este hecho singular genera un vaivén continuo de trivialidades que acaban situando cualquier

contenido al mismo nivel. Todo pasa a formar parte de ese incesante ruido de fondo. Lo único importante ahí pasa a ser la forma en que se envuelve y presenta, ya no a los ojos de las personas, sino a los ojos de lo que realmente importa para ser visible a los demás: un algoritmo llamado PageRank, propiedad de Google. Lo importante son entonces cuestiones como el número de búsquedas de las palabras clave, que pueden llegar a transformar incluso el propio contenido. La capacidad de comprensión de las personas depende de muchos factores, pero los algoritmos siempre son estúpidos. Escribir para ellos comporta muchas consecuencias.

¿CÓMO AFECTA INTERNET A LA TRANSFORMACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO?

La crisis económica ha puesto de relieve el problema que supone la disminución cualitativa de la palabra «público» en lo que en la modernidad se definió como «espacio público». En tanto que el espacio público se ha vuelto un espacio de consumo y no se puede o no se desea consumir como antes se hacía, la gente se queda en casa, consumiendo lo que fuera de casa no se le ofrece: productos aparentemente gratuitos, suministrados a través de la televisión o internet. Si estos productos se sostienen en un ámbito doméstico de resistencia al consumo, encierro por miedo al desplume que supone cruzar el umbral de la puerta, es porque siguen asentados en unas dinámicas-fundamentos de un edificio que es sorprendente que sigan en pie, y a las que probablemente le queda poco de vida. Las cadenas de televisión gratuitas siguen existiendo gracias a los anunciantes que se resisten a creer que los consumidores no salen de sus casas por miedo a consumir; las páginas web gratuitas se nutren de encuestas encubiertas cuyos clientes siguen creyendo que los visitantes de las páginas web son consumidores en potencia.

En este momento extraño, sin duda de transición hacia no se sabe muy bien

dónde, estos supuestos consumidores en potencia no llegan a transformarse completamente en consumidores en acto, y sin embargo están constantemente abordados en sus hogares por un monstruo informe compuesto de estudios de mercado y de estrategias publicitarias que posibilitan la creación de un simulacro mediático que pasa a ser su universo real. Ante la imposibilidad de vivir el espacio público ni como un espacio de consumo, por falta de recursos, ni como un espacio libre de consumo, por una dinámica social que, ayudada por las instituciones públicas y ciertas iniciativas privadas, lo vuelve inaceptable, la población encerrada en sus casas construye su propio y extraño universo, a partir de los relatos suministrados por telediarios y reality shows, por Facebook e Instagram. La vinculación del individuo con su entorno comunitario queda así borrada, y el ciudadano pierde contacto con la realidad circundante por falta de un espacio en el que circular, en el que compartir los relatos reales con sus conciudadanos. En su lugar impera el espacio del simulacro que conforma, en sus muchas variedades especializadas, espacios de intercambio basados en comunidades imaginadas, controladas verticalmente en una estructura de panóptico que se tambalea por momentos.

¿QUÉ PROBLEMA HAY CON LA HUELLA DIGITAL QUE GENERAMOS?

Google, a través de una cuidada combinación de IPs y cookies, es capaz de conectar elementos de búsqueda con un individuo particular a través del tiempo. A este hecho, Eric Schmidt, antiguo presidente de la compañía, lo denomina positivamente «vivir en un registro histórico», por lo que «se deberá ser más cauto en cómo se habla y en lo que se le ofrece a los otros». La diferencia entre el vigilado y el vigilante queda así reforzada, igual como sucedía con el panóptico de Bentham: cuando no se sabe si la navegación por internet está controlada o no, se impone la autocensura constante. Orwell

tenía razón.

Según Viktor Mayer-Schönberger, hoy Foucault sacaría a colación la memoria digital como un mecanismo efectivo de control panóptico, que da soporte al control en las organizaciones y sociedades jerárquicas, ejerciendo de base sobre la ya existente distribución del poder de la información. Google, en definitiva, sabe más de nosotros de lo que nosotros mismos somos capaces de recordar. Y aunque anuncie que los datos pasarán a ser anónimos tras algunos meses, será todavía capaz de conocer exactamente cuáles fueron las búsquedas y preferencias de un pequeño grupo demográfico en una tarde concreta de hace cinco años. El sociólogo noruego Thomas Mathiesen ha actualizado la noción foucaultiana y la ha denominado «el Sinóptico», la vigilancia de muchos por parte de pocos, en un mundo en el que cada uno se deja hipnotizar, delante de su pequeña pantalla, por la inundación continua de imágenes y sonidos insignificantes.

La memoria es imprecisa, y nos dice mucho más de nuestro estado presente que de lo que realmente ocurrió en el pasado. Por eso, la rememoración del pasado trata más de la interpretación y la reconstrucción que del registro o el archivo. Lo que nos empujaba a sacar fotografías de los eventos «inolvidables» es el hecho de no quererlos dejar a la inexactitud de la interpretación. Las fotografías en las bodas y durante eventos similares, explicaba Jean Baudrillard, eran el ejemplo por excelencia. Pero siempre, por fortuna, quedaba espacio para el olvido: la posibilidad de recortar las fotos, de quemar los negativos.

En la era Google, esta posibilidad ha desaparecido del horizonte. La vida entera se ha convertido en un macroevento que constantemente está registrándose, un evento que si quiere recuperarse desde el relato de la memoria, lo vivencial queda siempre a expensas del registro digital, que se impone como ya lo hiciera el Ministerio de la Verdad en 1984. En este

panóptico digital, el vigilado es ya incapaz de destruir y reinterpretar los registros de su propio pasado, y el control del archivo queda a expensas del vigilante.

Frente a esta transformación, hoy urge reivindicar la importancia de la narración, la historicidad interpretativa que nos explica a nosotros y al mundo en un contexto que tiene sentido en el presente. De lo contrario, corremos el riesgo de quedarnos anclados en un archivo que ya no dice nada de nosotros, porque en lugar de explicarse a través del presente, como lo hace la memoria, cree en la inamovilidad de sus registros pasados como una verdad fundamental.

¿HAY ALGÚN SITIO DONDE PUEDA CONSEGUIR MÁS INFORMACIÓN ACERCA DE LOS PROBLEMAS QUE ACARREA INTERNET?

En los últimos años, afortunadamente, han aparecido bastantes voces que denuncian los problemas de internet. Todas ellas tratan de compensar de una forma u otra el desequilibrio que provoca la omnipresente retórica tecnocrática. Los siguientes libros encierran ideas de mucho interés, y avanzan en la misma línea que algunos de los interrogantes que plantea este mismo libro.

Sobre el poder que Google y sus derivados están ejerciendo sobre el mundo actual, Siva Vaidhyanathan escribió en 2011 *The Googlization of Everything*, y Andrew Keen, en 2015, *The Internet Is Not the Answer*. Acerca de la fe en las nuevas tecnologías como soluciones a todos nuestros problemas, destacan *To Save Everything, Click Here*, un libro de Evgeny Morozov de 2013 y, de una forma un tanto más lateral, *The Utopia of Rules*, escrito por David Graeber en 2015. Sobre la psicología que se esconde tras el uso de internet, cuentan entre los imprescindibles *Alone Together*, libro de 2011 de Sherry Turkle, y *Entre redes y paredes*, de Paula Sibilia, publicado

en 2012. Tanto el ya canónico libro de 2010 de Nicholas Carr, *The Shallows*, como *Pour une écologie de l'attention*, de Yves Citton en 2014, plantean el problema de dispersión cognitiva y de la pérdida de la capacidad de atención. *Delete*, libro de 2009 de Viktor Mayer-Schömbberger, reflexiona acerca de la memoria y el olvido en nuestro mundo digital. Finalmente, para cerrar esta breve selección, Charles Seife plantea, en su libro de 2014 *Virtual Unreality*, el análisis de la decepción y la pérdida de credibilidad de la información digital.

Lecturas sentipensantes

Eduardo Galeano contaba que descubrió la palabra *sentipensante* hablando con un pescador de la costa caribeña de Colombia:

«Ya muy entrada la noche, entre trago y trago, el pescador usó una palabra que iluminó mi camino, el camino que iba a recorrer escribiendo y hablando. Usó una palabra inventada por ellos, los pescadores, para definir el lenguaje que dice la verdad. Dijo: *sentipensante*.»

Sentipensante, que siente y piensa a la vez, que dice con el corazón y la razón. Es probable que Galeano le tomara prestada la palabra (¡y la anécdota!) a Orlando Fals Borda, impulsor de la sociología colombiana, que ya la usaba en los años 70, cuando estudiaba la “cultura anfibia” y el “hombre hicotea” del río Grande de La Magdalena. En Colombia, incluso la sociología se tiñe de realismo mágico...

Sea como fuere, el concepto en seguida nos gustó, porque nos parecía pacificar dos dimensiones que rara vez dialogan entre sí. En el fondo, eso mismo queríamos hacer en la editorial. Publicar libros que nos ayudasen a sentipensar; a razonar y desarrollar nuestra capacidad crítica, pero también a sentir, hacer introspección y empatizar con los demás.

¡Esperamos ir por buen camino ^^!

arpa editores

arpaeditores.com

facebook.com/arpaeditores

twitter.com/arpaeditores